XIII CONCURSO DE RELATO LITERARIO
“ALBERTO FERNÁNDEZ BALLESTEROS”

Noviembre 2025

Derechos reservados

Unión General de Trabajadores de Sevilla

Avda. de Blas Infante, 4 - 2ª Planta

ISBN

978-84-09-56565-8

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1º PREMIO

Donde duermen los perros

Aida Soilán Enríquez

Pág. 12

2º PEMIO

Malfario

Alicia Muñoz Sánchez

Pág. 30

3º PREMIO

Cosecha

Leah Kruszewski

Pág. 58

FINALISTAS

(Por orden alfabético del primer apellido)

El niño

de Jorge Andreu

Pág. 80

Los ojos, la raíz, el abismo

de José Bonilla Cabrera

Pág. 108

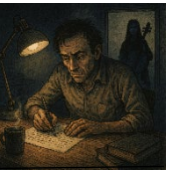
Coartada feroz

Fernando Calderón Díez

Pág. 124

Aye aye

Jorge Juan Codina Ripoll



Pág. 140

La composición del aire

Juan Ramón Escobar Ruiz

Pág. 162

Esta es mi comunidad

Macarena Fedriani Torres

Pág. 192

De donde termina el mundo

Luciano Maldonado Moreno

Pág. 212

UGT Andalucía Sevilla

Fundación Cajasol

1º PREMIO

Aida Soilán Enríquez

Donde duermen los perros

DONDE DUERMEN LOS PERROS

Aida Soilán Enríquez

La humedad me despierta antes que el ruido. Gotea del techo como si el edificio se arrepintiera de seguir en pie. Madrid no duerme, pero yo sí. Al menos unas horas, si no se cruzan los vecinos gritones, la vecina que llora, o las ratas que corren por el patio interior como si tuvieran un puto gimnasio secreto ahí abajo.

Tengo 47 años y lo único que poseo a mi nombre es un radiador que no funciona y un colchón con más historia que yo.

El alquiler son 380 euros por una habitación interior con un ventanuco que da a un patio donde se secan las bragas de una señora con halitosis moral. No tengo contrato. No tengo derecho a quejarme. Tengo suerte de no estar en la calle, dicen. Claro. Y los perros también tienen suerte si duermen bajo un coche y no bajo la lluvia.

Bebo para olvidar. Pero lo jodido es que ni siquiera tengo nada glorioso que olvidar. No perdí un gran amor. No tuve un gran trabajo. No fui nadie. Y ahora, soy menos. Una sombra que cruza Lavapiés entre los

bares cerrados y los carteles de "SE ALQUILA" que parecen decir "NO ES PARA TI".

La casera se llama Marisa y vive arriba. Tiene el corazón hecho de cemento y cigarrillos. Cobra en mano, cada primero, sin factura, sin preguntas. Si me atraso, me echa. Ya lo ha hecho antes. Un rumano, una pareja con un crío, un tipo con Parkinson. No le importa.

Hoy me ha dejado una nota: "Si no pagas antes del 5, búscate otro sitio". Sonrisa dibujada con tinta azul. Casi parece amable, la cabrona.

Tengo 220 euros. Y cero planes. Me quedan tres días.

Salgo a la calle con los 220 euros en el bolsillo y la dignidad hecha una bola dentro del estómago. Me cuelgo una mochila vacía, como si tuviera algo que cargar. Así parezco más humano. Como si tuviera destino. Objetivo. Mentira.

El barrio está lleno de turistas con cámaras, terrazas con precios que dan risa si no estás en la ruina, y tipos como yo, que nos escondemos entre la gente para no parecer lo que somos: deshechos que caminan.

Paso por la oficina de empleo por costumbre. A veces entro. A veces no. Hoy no. El cristal me devuelve una versión mía que da asco. La barba crecida, el abrigo de segunda mano, la cara de resaca permanente. No hay

ofertas para los que no saben hacer nada. O peor: para los que lo sabían hacer y ya no pueden.

Doblo por Embajadores y me cruzo con Iván, un colega de caídas. Lo conocí en un piso patera. Ahora duerme en un trastero alquilado por horas. Se ríe de todo porque si no se ríe, se mata. Me ofrece una cerveza caliente.

—No tengo casa, pero tengo birra —dice.

—No tengo birra, pero tengo 220 euros —le respondo.

—Entonces tú estás más jodido.

Nos sentamos en un banco con vistas al tráfico y hablamos de pisos como otros hablan de películas.

—¿Viste el de calle Caravaca? —me dice.

—Sí. Moho hasta en las paredes. 450 euros.

—Un palacio comparado con el de Lavapiés 37. 400 euros por una cama en el pasillo.

—A eso hemos llegado.

—No. A eso nos han empujado.

Lo peor no es la falta de dinero. Es que te hagan sentir que no lo mereces. Que no mereces estar bajo techo. Que el error es tuyo. Que si no puedes pagar es porque eres un inútil. Un fracasado.

Me despido de Iván. Me quedan tres horas para ver un anuncio que vi en una app. "Habitación

luminosa, zona céntrica, ambiente tranquilo." 380 euros. Perfecto. Puta ironía.

Camino hacia el metro con el estómago revuelto. No he comido, pero tengo que parecer funcional. Nadie alquila una habitación a un tío que huele a desesperación.

En el vagón, todos miran sus móviles. Yo miro el suelo. Hay una moneda de 2 céntimos. Nadie la recoge. Yo tampoco. Dignidad o estupidez. A veces no sé la diferencia.

Llego al piso. Me abre una mujer rubia, unos 50, con cara de no haber llorado nunca. Me mira como si ya supiera que no me lo puede alquilar. Aun así, sonríe.

—¿Tú eres… Miguel?

—Sí.

—Pasa. Pero te aviso: hay más gente viendo la habitación.

Claro. Como si esto fuera un casting. Como si compitiera por un papel de extra en una película sin guion.

La habitación es pequeña, pero tiene ventana. Ventana de verdad. Con luz. Casi me dan ganas de llorar.

—¿Trabajas? —pregunta.

—Sí —miento.

—¿Contrato?

—Sí. —Otra mentira.

—¿Fumas?

—No. —Mentira triple

—¿Mascotas?

—Solo los fantasmas.

Me sonríe. No ríe. Solo sonríe.

—Ya te llamaremos.

El "ya te llamaremos" es un disparo silencioso. Uno se queda ahí, con cara de imbécil, esperando un milagro de teléfono que no suena. Y no suena, claro. No hay señal para los que sobran.

Me siento en la acera. Miro mis zapatos gastados. Uno de ellos tiene un agujero. Es una metáfora tan evidente que hasta da asco. Como si la vida tuviera guionista.

Vuelvo al cuarto que no es mío. Miro la nota de Marisa clavada con celo en la puerta. El cinco se acerca como un coche sin frenos.

Pienso en vender el móvil. No me da ni para una noche de hostal. Pienso en llamar a mi hermana. No hablo con ella desde 2018, cuando me dijo: "No te puedo seguir sacando de los pozos donde te metes solo". Tenía razón. Pero dolió igual.

Voy al bar de siempre. El camarero ya ni pregunta. Me sirve el vino malo en un vaso sucio.

—¿Todo bien, Miguel?

—Como siempre.

—Entonces mal.

—Claro.

En la tele hablan de turismo récord, de recuperación económica, de pisos turísticos que revalorizan los barrios. Afuera, hay cinco personas durmiendo en la entrada de un banco. Y yo, brindando con mi bancarrota.

Camino hasta Cuatro Caminos. Allí siempre hay alguien que conoce a alguien que alquila algo, aunque sea una cueva con moho. Me cruzo con un tipo que conocí en un albergue: el Gallego. Lleva la misma chaqueta desde hace tres inviernos. Me abraza como si me hubiera echado de menos. O como si no recordara si me odia.

—¿Aún tienes donde dormir? —me pregunta.

—Hasta el viernes. Luego Dios dirá.

—Dios no dice. Dios cobra.

Nos reímos. Porque no hay otra. El Gallego duerme en una furgoneta robada, compartida con dos moldavos y un perro cojo que se llama Lenin. Me dice que si me echan, puedo ir con ellos. Pero que hace frío, y huele mal.

—¿Peor que donde estás? —pregunta.

—Más pequeño.

—Pero con ruedas. Eso es lujo. Te puedes mover. Te puedes escapar.

"Escapar". Qué palabra. Como si hubiera adónde.

Me despido. Camino sin rumbo. A las tres de la mañana termino en un portal, sentado en el suelo, mirando cómo llueve sobre la ciudad que me ha ido borrando.

Un perro callejero pasa a mi lado, se me queda mirando y se echa junto a mí. No me ladra.

No me teme. Me reconoce. Sabe que no soy distinto. Soy de los suyos.

Los que no tienen casa.

Los que duermen donde pueden.

Los que, si mañana no están, nadie pregunta.

Me arrastro hasta un albergue del distrito sur. Es tarde, casi medianoche, y el conserje me mira como si le debiera algo. O como si ya supiera que no va a dejarme entrar.

—¿Primera vez? —pregunta sin levantar la vista de su libro de registro.

—Sí —respondo. Como si esta vez contara diferente.

—DNI.

—No tengo.

—Entonces no hay cama.

Asiento. Me doy media vuelta. No tengo energía ni para insultar. A la salida, un chico joven me ofrece un cigarro. Lo acepto. No hablamos. Solo fumamos como si eso sirviera para estirar un poco la noche.

Me siento en el bordillo. Frente a mí, hay una pareja discutiendo. Él grita. Ella llora. Dos mochilas a los pies. Otra forma de desahucio. Otro amor roto por el precio del suelo. El chico se va. Ella se queda mirando el suelo. Yo la entiendo. Hay días en que moverse duele más que quedarse quieto.

Camino por las calles mojadas. Me refugio en un portal que huele a orina y lejía mal mezclada. Me echo en el suelo. El frío se cuela por la espalda. Cierro los ojos. Pienso en Clara otra vez.

Clara y yo alquilamos un piso pequeño en Usera. Ella decoró las paredes con láminas de cine, colgó plantas, compró sábanas que olían a hogar. Yo trabajaba de noche en un garito. Cuando me echaron, no lo dije. Fingí que seguía trabajando, que todo estaba bien. Pero el dinero se fue. Y luego se fue ella.

Me despierta el ruido de un coche. No sé qué hora es. Me duele todo. Un chaval me lanza una moneda desde la ventana. No sé si es caridad o burla. No la recojo. Me levanto y sigo caminando.

Entro en una cafetería barata. Pido un café. Lo pago con las últimas monedas. Me siento a escribir en

el cuaderno. Nadie me molesta. Estoy en el tipo de sitio donde los camareros también están al borde del colapso.

Escribo:

"Nos echan de las casas como se echa a los perros de un bar. Sin nombre. Sin pena. Solo una patada leve, casi invisible."

Un camarero me mira. Asiente sin decir nada. Me deja un vaso de agua gratis. A veces, eso es todo lo que uno necesita para no rendirse del todo.

Salgo. Vuelvo a caminar. Hoy es seis. Ya no tengo nada. Ni mochila. La dejé olvidada en algún banco. El cuaderno va en el bolsillo interior del abrigo. Lo único que me queda. Lo único que aún pesa.

Me siento en una plaza. El sol empieza a salir. Me duelen los ojos. Me siento a mirar cómo la ciudad despierta. Camiones de reparto, gente que corre al metro, padres que arrastran mochilas escolares. Yo los miro desde abajo, como si viviera en otra capa del mundo.

Escribo una última frase:

"Algún día alguien encontrará este cuaderno y pensará que fui escritor. No sabrá que lo único que fui… fue un tipo que no tenía donde dormir."

Y cierro los ojos.

Recuerdo mi primer desahucio. Tenía once años. Mi madre lloraba sin hacer ruido. Mi padre gritaba sin decir nada. Todo lo que teníamos cabía en tres bolsas de basura y una caja de zapatos con fotos en blanco y negro. Dormimos dos noches en casa de una vecina que olía a alcanfor. Luego fuimos al piso de mi tía, que solo nos aceptó porque "éramos familia". Nos echaron al mes. A partir de ahí, fue una sucesión de casas sin cuadros, de cocinas frías, de ventanas que no daban a ninguna parte.

Quizás por eso nunca aprendí a querer las cosas. Ni los muebles, ni las paredes, ni a las personas que vivían dentro.

Paso por delante de una iglesia. Hay cola. Gente esperando un plato caliente. Me meto. Me siento entre ellos. Alguien reparte sopa. Está tibia, sabe a poco, pero llena. Una mujer me habla. Se llama Dolores. Tiene 68 años, una pensión de mierda y un hijo que se fue. No sabe si a buscarse la vida o a esconderse de ella. Me cuenta que antes vivía en Aluche. Que tenía una vida. Que ahora sobrevive. Yo solo asiento. No tengo nada que decirle. Lo sabe. Y, aun así, me da una servilleta.

—Para que limpies la sopa. O lo que sea que lleves dentro.

Dolores se va. La miro caminar con las rodillas torcidas, la dignidad intacta. Yo, en cambio, me deshago en silencio.

Camino hacia el río. El Manzanares está seco, como yo. Me siento en la orilla. Pienso en tirarme, no por morir, sino por sentir algo. Pero el agua no llega ni a los tobillos. Ni siquiera el río tiene profundidad en esta ciudad.

Me duermo en el banco de piedra. Sueño con un piso con luz natural, con una estantería llena de libros, con una taza caliente en la mano. Sueño con silencio. Con una cama sin chinches. Con alguien que me diga "bienvenido" sin pedir fianza.

Despierto tiritando. A mi lado hay una bolsa con una manta y una nota: "No estás solo". No sé quién la dejó. No lo sabré nunca. Pero me cubro con la manta como si fuera un escudo. Porque hoy, eso es todo lo que tengo.

Y sigo escribiendo. Porque mientras pueda contar esta historia, no me han borrado del todo.

Llega la noche otra vez. La ciudad se llena de luces que no iluminan nada. Camino hacia la estación de autobuses. Allí, entre mochilas y viajeros, paso desapercibido. Me siento en una esquina, con la manta encima, y observo.

Una madre le grita a su hijo. Un hombre le susurra a una mujer que no quiere escuchar. Un grupo de jóvenes ríe sin saber por qué. Todos se mueven. Todos van a algún lugar. Yo no. Yo permanezco.

Me acerco a un panel de anuncios. Hay un cartel medio arrancado: "Se busca cuidador para finca en ruinas. Alojamiento incluido". Arranco el papel con rabia. Marcaré el número mañana. Quizás sea otra mentira. Quizás no. Qué más da.

De camino al baño, un guardia me detiene. Me dice que no puedo dormir ahí. Le digo que no dormí, que solo descansé los huesos. No le importa. Me acompaña a la salida.

Afuera, el frío muerde más fuerte. Me siento en un escalón y me pongo a escribir.

"Hoy no hubo vino. Hoy no hubo insultos. Hoy solo hubo frío y una manta de desconocido. Y fue suficiente."

Levanto la vista. Al otro lado de la calle, en la parada de autobús, un niño me mira. No con miedo. Con curiosidad. Me acerco. Le sonrío. Me devuelve la sonrisa. Su madre lo toma de la mano y lo aleja. No por mí, sino por lo que represento.

Una amenaza sin dientes. Un reflejo incómodo.

Camino hasta el parque más cercano. Me acomodo bajo un árbol. La manta me cubre hasta el

cuello. El cuaderno sobre el pecho. La noche está en silencio.

Cierro los ojos. No espero sueños. Solo quiero no sentir.

Pero antes de que el sueño me lleve, escribo una última frase:

"Si mañana despierto, seguiré escribiendo. Porque cada palabra es un ladrillo. Y con suerte, algún día construiré un techo. Aunque sea de papel.

Una semana después, sigo vivo.

No dormí bien ninguna noche, pero ya no me importa. He aprendido a caminar con sueño, a pensar sin comida, a esperar sin esperanza.

Llamé al número del cartel. Me atendió un hombre mayor, con acento del norte. Me preguntó si sabía usar herramientas. Le dije que no. Me preguntó si sabía quedarme callado. Le dije que sí. Me dio una dirección. Un pueblo perdido. Un autobús que sale a las siete de la mañana. Acepté sin pensarlo.

Vuelvo a la estación. Esta vez, con algo en el bolsillo: un billete. Uno solo. Solo ida.

Mientras espero, abro el cuaderno. Reseño las últimas páginas. Hay palabras que ni recuerdo haber escrito. Rabia, cansancio, frases sueltas que no significan nada. Pero están ahí. Existen. Como yo.

El bus llega. Subo. El conductor me mira de reojo. Nadie pregunta nada.

Me siento junto a la ventana. La ciudad se aleja lentamente. Los tejados grises, los muros sucios, las aceras frías. Todo se queda atrás.

No sé qué me espera. Tal vez otra ruina. Tal vez otra promesa vacía.

Pero mientras el motor ruge y la carretera se abre frente a mí, me permito algo que no sentía hace tiempo.

No es alegría. Ni ilusión.

Es una pausa.

Una tregua.

Y en esa pausa, vuelvo a escribir:

"Quizá los perros no tengan casa. Pero saben encontrar camino. Yo también."

2º PREMIO

Alicia Muñoz Sánchez

Malfario

MALFARIO

MALFARIO

Alicia Muñoz Sánchez

A mis cinco años soñé que unos desconocidos mataban a mi hermano pequeño y, de pura culpa, pasé tres días sin pronunciar palabra. Sólo abría la boca para llorar. Si hoy me cruzara con esa niña, creo que no la reconocería. He traicionado su inocencia. Puede que la necesidad que siento de escribir estas palabras sea una especie de deuda con ella. Puede que necesite explicarle cómo me he convertido en lo que soy hoy. Puede que, a pesar de mi ateísmo militante, sean los años de educación católica los que me empujan hacia el acto de contrición. Puede que, ojalá, ninguna conciencia humana, de ningún credo, sea capaz de soportar la impunidad de los crímenes que ha cometido contra sus semejantes. Aunque, en mi caso, ni siquiera estoy segura de haberlos cometido. O puede que nada de eso importe y sea mi ego el que clama a la sociedad para que reconozca su heroísmo.

No es fácil explicar cómo alguien que - como casi todos - intenta ser una buena persona acaba aquí. En realidad, nunca es fácil decidir cuál es el principio de una historia. En la vida casi nunca se cumple el guion

que nos enseñaron en clase de lengua: planteamiento, nudo, desenlace. La realidad es que saltamos de un nudo a otro sin terminar de desenlazar el anterior, en una eterna huida hacia delante para la que después, al contarnos nuestra propia historia o contársela a los demás, inventamos razones e hilos conductores. Puede que sea eso lo que estoy haciendo aquí, tratar de hilvanar las excusas que justificarán mis decisiones.

Supongamos que el principio fue lo de la vendedora de romero. La acérrima atea que ya he mencionado que soy se niega a creer —incluso después de lo vivido - en maldiciones y males de ojo, pero para mis amigas, allí presentes, no cabe ningún tipo de duda.

Cata —mi compañera de piso desde hace diez años y la amiga hippie con horario de oficina que todas tenemos— había necesitado cinco navidades para convencernos para organizar ese viaje a Marruecos. Mientras celebrábamos el fin de año en el desierto de Merzouga, el novio de Irene y el mío, que se habían vuelto inseparables, buscaban calor entre diversos pares de piernas por las discotecas más cutres de la ciudad. A la vuelta, ambos confesaron sus infidelidades y suplicaron perdón. El novio de Irene incluso se arrodilló y mostró uno de esos anillos que antes sólo se compraban una vez en la vida. El mío acabó admitiendo su inmadurez y su cobardía. Quería acabar con la

relación y plantarme unos buenos cuernos para que lo hiciera yo resultaba mucho más sencillo que decirme las terribles palabras a la cara. Después de una semana de interminables llamadas telefónicas y noches en vela abrazadas a una tarrina de helado, ambas relaciones terminaron en el que ya sería para siempre conocido como el fatídico febrero.

Para animarnos, Cata recurrió a su plan favorito: hacer alguna escapada. Aunque su propuesta inicial incluía degustar mojitos y ejercitar el arte de no hacer nada en alguna playa de Canarias, los escasos ahorros que nos había dejado el viaje por Marruecos y la dificultad para conseguir vuelos y días de vacaciones con tan poca antelación redujeron nuestros planes a un fin de semana en Córdoba.

Nada más soltar las maletas corrimos a hacernos la foto de rigor junto a la Puerta del Puente, para que todos nuestros contactos de redes sociales supieran que teníamos una vida interesante, sea lo que sea que quiera decir eso de vida interesante. Irene gritó de repente, asustándonos a Cata y a mí, que estábamos concentradas en disimular nuestros complejos para la cámara. ¡Ladrona!¡Ladrona! Una vendedora de romero estaba rajando el bolso de una turista asiática con una mano mientras, con la otra, agitaba la hierba delante de su cara y la de su acompañante. Antes de que nos diera

tiempo de bajar el móvil, la carterista había desaparecido, mezclándose entre los ríos de turistas que accedían hacia la Mezquita.

Esa misma tarde, junto a la Puerta del Perdón, nos la volvimos a encontrar. Embaucaba a una jovencísima mochilera con palabras como buenaventura, larga línea de la vida y mal de ojo. Sin pensar, aunque sintiéndome arropada por la fuerza del grupo, grité: no la escuches, vete, que te va a robar. Mi intención sólo era espantar a la ladrona, como había hecho Irene por la mañana, pero un grupo de chicos con pinta de compañeros de crossfit me escuchó y aprehendió a la mujer antes de que le diera tiempo a huir. Llamaron a la policía, que se presentó en apenas dos minutos, y la sujetaron hasta que se la llevaron detenida. Mientras se la llevaban, me gritó su maldición entre escupitajos al suelo: ojalá ningún hombre se atreva nunca más a acercarse a ti, ojalá te quedes sola para siempre.

En mi despecho contra los hombres del fatídico febrero contesté al aire: ojalá, para que los quiero. Aunque me sentía mal por haber hecho que la policía detuviera a alguien, aquello quedó como una anécdota de la que nos reíamos de vez en cuando, y pronto fue superada por la velocidad y la intensidad de los

acontecimientos que el dos mil veinte le regaló al mundo.

La pandemia consiguió para mi ex un luto mucho más largo del que debería haberle guardado. Le cogí el gusto a la distancia social y el encierro involuntario. Pero con el calor y el aburrimiento de las tardes de agosto en una ciudad de interior, Irene acabó convenciéndome de que, después de seis meses de sequía, instalase la aplicación que todo el mundo instala cuando se encuentra en esta situación y retomase mi vida sexual con el primer candidato medio potable que me encontrase. Estábamos solas en la ciudad, ya que Cata teletrabajaba desde el chalé de unos conocidos en la sierra, pero Irene estaba muy ocupada con un acuerdo mutuamente beneficioso al que había llegado con el hijo de unos vecinos de su edificio que se había quedado atrapado en Madrid con el confinamiento. A Irene, que es médico en urgencias, la pandemia le había enseñado a no perder el tiempo en la vida. Ella misma hizo la selección —bastante generosa— de *likes*, y un par de *matchs* después había cerrado una cita en una terraza del centro para esa misma noche: aires de niño pijo, pero también rescatador de perros cojos y gatos tuertos, de acuerdo con las fotos de su perfil.

Puede que fueran los seis meses en barbecho, pero el niño pijo me gustó, y pensaba que yo a él

también. Me confesó que soportaba cada vez menos a sus amigos, y que estaba agradecido al confinamiento por permitirle descansar de ellos. En particular de uno de la *uni*, que, previendo el fracaso de la última aventura empresarial que su padre le iba a financiar, estaba considerando quemar un pinar que había heredado para que un colega político —también de la *uni*— lo incluyera en unas expropiaciones para un macroproyecto de energía solar. También me habló con una mueca desprecio de otra amiga, de la *urba,* que estaba pasando por una terrible depresión después de haber tenido que cancelar su boda por la pandemia. Averiguamos que se trataba de una conocida en común, de mi clase de pilates. Como la mayoría de su círculo, se habían trasladado a segundas residencias para pasar estos meses mientras que él se había quedado cuidando de su madre, que recibía tratamiento de quimioterapia en un hospital de la ciudad. Yo acabé contándole que no tengo padres, ni mucha familia en general, algo que nunca antes había revelado a nadie que acabara de conocer.

Durante tres días nos estuvimos mensajeando sin parar e incluso llegamos a llamarnos por teléfono, como si hubiéramos nacido veinte años antes. El aburrimiento de agosto en la ciudad, otra vez. Y, de pronto, silencio total, *ghosting*. El chat de mis amigas,

"las perversas", echaba fuego como el asfalto a las tres de la tarde. A las dos de la madrugada sentenciamos por fin la conversación —y yo, además, una botella de vino— con un "no sabe lo que se pierde" y pasamos a compartir fotos de otros especímenes de la *app* para su posterior estudio.

El día de mi segunda cita post luto fue uno de esos días horribles que todas tenemos y que no se pueden olvidar. De esos días en los que llegas a decir "hoy no puede pasar nada más", y según lo pronuncias sabes que acabas de tentar a la suerte, por muy agnóstica que te creas. Por supuesto, la mañana empezó con la menstruación adelantándose un par de días, aunque decidí que nada iba a quebrar mi espíritu y que a todo lo que ocurriese le buscaría el lado bueno: ya no tenía que decidir si depilarme o no. A mediodía se estropeó el aire acondicionado y, mientras intentaba arreglarlo apretando cada vez más fuerte los botones del mando, se desencadenó el huracán.

La vecina del primero, una viuda de cincuenta años de esas que han rejuvenecido al quedarse solas, se encontró al cartero por la calle, un par de portales antes, y fue la primera en recibir el burofax. Nada más abrirlo corrió escaleras arriba tocando a todos los timbres y tratando de dar la noticia entre resuellos. Nuestro casero, que era el mismo que el de todos los pisos de la

escalera, ya que toda la finca había pertenecido a una misma familia y se había ido dividiendo en las sucesivas herencias, pretendía subirnos el alquiler un veinte por ciento. Casi todos los afectados pensábamos igual: no buscaba ganar más dinero con los alquileres; lo que quería era que nos fuéramos.

La regla, el aire acondicionado y el casero casi me hacen anular la cita, pero, de nuevo, ahí estaba Irene empuñando su teléfono para impedirlo. Al final me convenció, porque no soy tan tozuda como parezco y porque, al menos, podríamos estar en una terraza de esas que te escupen chorritos de agua. Al principio me alegré de hacerle caso: la pantalla del móvil era demasiado pequeña para encerrar la belleza de aquel dios griego en una foto. Pronto averigüé que aquellas formas esculpidas en mármol se debían a que preparaba la oposición de bombero, porque eso era todo de lo que hablaba. Apuré cinco cervezas en lo que él se bebía un té helado entre cuerdas, dominadas, carreras de velocidad, mil quinientos y lo que carajo sea el press banca. Yo ya había decidido irme a casa después de escuchar tres veces "tren superior", pero los chorritos de agua y el líquido helado en la garganta me mantenían atornillada a la silla de plástico con publicidad de la misma cerveza, de la que sólo me levanté para ir al baño a intercambiar audios a medio camino entre la burla y el

desahogo. La cita más aburrida del mundo con el hombre más guapo del mundo, hoy no puede pasar nada más.

Pero Irene, con su afilada retórica, me volvió a convencer: date una alegría al cuerpo y quítate ya el marrón del luto de encima, antes de que te vuelva a crecer el himen. Me retoqué un poco el sudado maquillaje y salí del aseo dispuesta a llevar a aquel hombre a mi casa, con regla y con pelos y con lo que hiciera falta, porque hoy ya no puede pasar nada más. Lo último que hizo el dios griego antes de que aquel idiota se saltara el semáforo fue tener una falsa discusión sobre quién pagaba la cuenta.

Volví al luto, un luto aislado, porque Irene seguía ocupada con el hijo de sus vecinos y Cata en su tele-retiro bucólico, y un luto asfixiante, porque jamás en la vida el casero nos iba a arreglar el aire acondicionado. No quería oír hablar de hombres ni ir a bares, y empecé a llamar a las plantas por nombres como Angustias y Martirio. Mi vida consistía en trabajar por la mañana, leer a solas en la piscina municipal por la tarde, y ver reposiciones de series de comedia ramplonas hasta caer dormida.

Por suerte con el otoño llegó la rutina, el único año que ha sido bien recibida. El amigo de Irene volvió al país donde vivía y en la empresa de Cata dijeron que

lo del teletrabajo está muy bien, pero como mucho un par de días a la semana y que no sean lunes o viernes, no sea que algún trabajador se le ocurra sentir un poco de libertad. Por razones diferentes, las tres estábamos deprimidas y de mal humor, pero al menos no teníamos calor.

Fue Cata la que me sacó, casi a rastras, del voto de castidad. Ni aplicaciones ni citas a ciegas ni fórmulas mágicas: nos iríamos a una de esas calles infectas en las que las terrazas se han convertido en garitos diurnos — para horror de los vecinos e incluso de algún hostelero - y no volveríamos a casa hasta que las tres consiguiéramos un acompañante, como cuando éramos unas niñatas sin miedo a los patógenos ni a enamorarnos de un cabrón.

Como un viejo remedio, funcionó demasiado bien. Lo bueno de la nueva normalidad y sus horarios desquiciantes es que, después del sexo, todavía es buena hora para que la otra persona se vaya a dormir a su casa en transporte público, y hay pocos tíos tan impresentables para soltarte un "¿me quedo a dormir, princesa?" cuando todavía se cuela el sol entre las ranuras de la persiana, así que todo se queda en un "voy un momento al baño y te dejo descansar", si acaso con un añadido como "que debes estar reventada", que te quita todas las ganas de pedirle el teléfono. Pero los

ligues de Cata e Irene —que se había quedado en el sofá cama— ya se habían marchado y el mío no salía del baño ni respondía a nuestros mamporros en la puerta. Cuando forzamos el mecanismo del pomo con la tinta de un boli nos encontramos al pobre diablo abrazado a la taza del váter y, sobre la tapa de la papelera, su móvil con restos de polvo blanco en la pantalla.

La cantidad de llamadas que hubo que hacer y de explicaciones que hubo que dar me devolvieron a mi casa de Bernarda Alba particular. Irene me abrumaba con planes sólo para chicas, en los que juraba que no nos encontraríamos a ningún hombre en edad de merecernos y Cata, que ya se había recuperado de la suya, ni siquiera se esforzaba por sacarme de la depresión, y se limitaba a recomendarme que visitase a su vidente, su chamana, o su limpiadora de chakras porque lo que era evidente, según ella, es que dos citas muertas en pocos meses normal, no era.

Por supuesto, Irene acabó llevándose el gato al agua, puede que, por su afilada retórica, puede que por mi agnosticismo acérrimo, puede que por puro sentido común: el caso es que me convenció para volver con ella a clase de pilates, donde me encontré cara a cara con mi terrible forma física post pandémica y una vieja conocida: la amiga de la *urba* del pijo que me dejó en visto. Parece ser que él le había hablado de mí después

de nuestra cita, pero, un par de días después, se fue a hacer alpinismo y no había regresado. No habían encontrado su cuerpo, así que la familia iba a celebrar una especie de acto de despedida la semana siguiente, al cumplirse tres meses de su desaparición. Me invitó a ir, aunque a mí me sonó como una orden. Según Irene, la gente que tiene dinero siempre habla así a los demás, incluso cuando son amables.

El pijo, el bombero y el farlopero: tres hombres en tres meses. Según Cata ya no había lugar para la duda, y todos los días llegábamos casi a los gritos por este tema. Para ella, la vendedora de romero de Córdoba tenía poderes reales y yo estaba maldita para siempre, convertida en una trampa mortal para hombres que debía dedicar su vida a probar todos los remedios contra el mal de ojo que pudiéramos encontrar en internet y a tratar de convertirme en la mujer menos atractiva del mundo. Irene, portavoz de la ciencia occidental, aseguraba que había visto muchos males en su carrera profesional, pero nunca mal de ojo.

Empujada por la curiosidad —y convencida de que no podría surgir ningún interés amoroso en un evento de ese tipo— me presenté en el funeral de cuerpo ausente, que tuvo lugar en un local que no sabría como denominar: una especie de salón común de celebraciones de una urbanización mucho más cerrada

y exclusiva de lo que había imaginado. Al menos no se celebró en una iglesia. La familia era bastante reducida: una pareja de abuelos, que eran quienes habían insistido en organizar el evento, la madre visiblemente enferma y el padre con una nueva esposa bastante más joven.

Por lo demás yo sólo conocía a mi compañera de pilates, y —por la prensa local— a un joven político en alza, pero no tardé en identificar a otro sujeto del que ya había oído hablar: el amigo de la *uni* que quería prender fuego a todo un bosque. Intuí que era él en cuanto se me acercó, con esa sonrisa de suficiencia con la que trataba de maquillar la inseguridad de ser el típico tío que no convence más que a las mujeres que le miran el reloj y las llaves del coche. Soltó algún cliché, como que se imaginaba quién era yo y por fin entendía qué había cautivado a su amigo. Hace falta tener la cara de piedra para ligar con la chica que le gustaba a tu amigo en su funeral, tuve que haberle soltado, pero mi curiosidad le dejó seguir hablando y blandiendo su sonrisa estúpida.

Se presentó utilizando, por lo menos, cuatro apellidos, un máster, dos amistades de alta alcurnia y tres restaurantes fracasados —aunque él los llamó proyectos superados— que suponía que yo debía conocer y, antes de preguntarme mi nombre, me contó sus próximos planes de viajes al extranjero y su

intención de renovar el coche, con cuyo llavero no dejaba de juguetear, asegurándose de que mostraba bien el logotipo.

La confirmación definitiva sobre la identidad del presuntuoso llegó cuando el joven político dio muestras de irse. No había dejado de mirarlo de reojo mientras parloteaba, y cuando lo vio despedirse de la madre huérfila me cortó de un golpe a mitad de la primera frase que yo era capaz de pronunciar tras casi media hora escuchando su jactancioso monólogo. Tenía que ir a cerrar una cita con él, la administración estaba interesada en unos terrenos suyos pero había que salvar algunos obstáculos, se excusó después de que el otro le despachara con un "aquí no", que creyó que yo no había oído.

Puede que fuera el vino que nunca antes me habían servido en un funeral, puede que fuera el olor a dinero malgastado, puede que fuera el tintineo del llavero que ya no podía soportar más, puede que fuera el mensaje de Cata en mi teléfono confirmándome una cita con una curandera que yo no le había pedido, con la excusa de que teníamos que confirmar qué me pasaba. Puede que fuera todo a la vez, pero el caso es que acepté su propuesta de irnos a tomar algo a solas. Tranquila, Cata, le contesté, que lo vamos a confirmar.

Dos semanas después, en pilates, nos enteramos de la muerte del presuntuoso: atrapado en el fuego que él mismo había iniciado. A esas alturas Cata ya me había llenado el piso de amuletos de diez o doce creencias diferentes, y había contratado tres limpiezas espirituales para la casa. Irene empezaba a torcer la nariz, sujetando unas dudas que su mente científica no se atrevía a poner en palabras. Yo todavía me burlaba diciendo que si algo demostraba aquella muerte tan poética era la existencia del karma, no de mi maldición, pero lo cierto es que, bajo otros pretextos que en su momento parecían tener sentido, desinstalé todas las aplicaciones para ligar, incluyendo las redes sociales, y reduje todas mis interacciones con hombres al mínimo imprescindible. Casi no me atrevía a saludar al cartero.

Entonces, cómo no, apareció él. La anciana que vivía en el piso de enfrente ya no podía valerse por sí misma y tuvo que irse a vivir con su hija, pero para aprovechar la renta antigua hasta que el casero les pillara se mudó allí uno de sus nietos. No muy alto, no muy guapo, pero con unos ojos sinceros y una sonrisa cautivadora. Cada mañana coincidíamos en el ascensor y yo no sabía dónde mirar. Decidí salir más temprano hacia el trabajo. Me había jurado, y también a Cata, no llegar más allá del buenos días y las frases sobre el tiempo.

Durante varios meses, mi estabilidad emocional se mantuvo más o menos a flote gracias al succionador, considerables dosis de helado de chocolate del caro y horas y horas en un gimnasio solo para mujeres que Irene encontró para nosotras. Pero, con la erupción del volcán en La Palma, de las profundidades de la tierra emergió el demonio mismo, con su ropa de marca y su blanqueamiento dental. Piso por piso, el casero esperó estoico en cada rellano durante el tiempo que fuera necesario hasta que algún inquilino volviera o saliese de casa, para notificarle —en mano y de viva voz mientras grababa con su teléfono— la subida de la cuantía por la cual les permitía vivir bajo un techo.

Volvía a casa junto a Irene, animadas y despistadas, con el plan de probar una nueva máquina para hacernos la manicura en casa, una costumbre semanal que habíamos adquirido durante el confinamiento, cuando nos sorprendió. La sonrisa de cabrón despiadado que nunca ha tenido que ganarse la vida no nos distrajo de ciertos cambios que se habían producido en su persona y que dejaban claro que se había convertido en un recién divorciado desesperado. Irene también lo caló enseguida, y me hizo un gesto girando el dedo sobre la cabeza a modo de moñito ridículo. Pelo teñido, bronceado artificial, barbita de

peluquería y raqueta de pádel al hombro completaban una caricatura con aires de incunable.

Después de presentarnos sus condiciones se quedó mirándome con las manos abiertas, como esperando que le entregase ya la rescisión del contrato. Yo ya había asumido que tendríamos que mudarnos —Cata no tanto— pero después de unas horas navegando en esa horrible web en la que todos entramos cuando tenemos este tipo de problemas, sabía que no iba a ser nada fácil. No había ningún cuchitril asequible en el mismo barrio ni alrededores, ni siquiera en los barrios más alejados que estaban bien comunicados por transporte público con esta zona. Si quería mudarme a un piso por el mismo precio que estaba pagando, tendría que invertir en un coche para ir al trabajo. Mientras yo cavilaba, Irene dijo algo que ella misma no se explica. Le dijo que nos parecía bien, que era normal subir el alquiler teniendo en cuenta lo mejorada que estaba esta zona y el beneficio que sacaban los que hacían alquiler turístico, que habíamos pensado que ella podría venir a vivir con nosotras y lo pagaríamos entre las tres, que quizá podría invitarme a cenar esa noche y terminábamos de negociarlo con un vino.

No podía creerme lo que salía de boca de mi amiga, sentía que lo estaba viviendo desde fuera, distraída porque creía haber escuchado ruido detrás de

la puerta del vecino. Por supuesto, el recién divorciado desesperado no rechazó la propuesta de sacar a cenar a una chica casi quince años más joven, y además se encargaría que llevarme a un local de la zona que solía frecuentar su ex. Yo me seguía sintiendo fuera de mí, como dominada por unos hilos invisibles. Cuando cogimos el ascensor, vi cerrarse la puerta del vecino, que hasta entonces no había notado entreabierta.

Nunca supimos lo que pasó con el casero, pero unos meses después se nos avisó de que había un nuevo titular de nuestros contratos, su hijo menor de edad, cuya herencia administraba su madre, que había decidido evitar los quebraderos de cabeza y dejar sin efecto la subida del alquiler. Los rellanos eran una fiesta, sobre todo para el nuevo vecino y protagonista de mis anhelos, que podía estar tranquilo mientras su abuela siguiera viviendo. Durante varios días corrió el alcohol y el buen rollo duró semanas, y quedó un reposo de comunidad que yo sólo había vivido en el pueblo de mis padres. No sólo nos aprendimos los nombres de los demás —no entiendo por qué antes no nos parecía raro no conocerlos—, incluso nos invitábamos a café, nos regalábamos repostería casera y pasábamos a preguntar qué tal estaba algún enfermo, o le cuidábamos los críos a la madre soltera del tercero. Estábamos para las buenas y para las malas. Cuando empezó oficialmente

la guerra en Europa —otra cosa que parecía imposible un segundo antes de salir en el telediario, aunque la realidad era que ya llevaba años ocurriendo—, nos juntábamos para ver las noticias y quitarnos el miedo unas a otras y montamos un punto de recogida de medicamentos para enviar a Ucrania, que reactivamos casi dos años después para recoger donaciones para los pueblos de Valencia. Parecía que la comunidad había viajado en el tiempo hasta el siglo pasado.

Así me hubiera gustado que nos cuidásemos en pandemia. Habernos conocido mejor antes para habernos apoyado en aquel momento habría arreglado las soledades de muchas de nosotras. La culpa empezaba a mellar mi salud mental y a salir al exterior en forma de ataques de ansiedad, con los que me ayudaban mis amigas, pero también las vecinas. También comencé a tener pesadillas que sólo podía contarle a Irene.

A Cata no me atrevía a decirle nada. Por supuesto, se había enfadado con nosotras después de lo del casero, que, aunque no se lo contamos porque sabíamos que no lo aprobaría, no tardó en deducir ella sola. Aunque parezca mentira, eso era lo de menos. En aquellos meses Cata estaba realmente deprimida por un asunto del que no nos había contado ni una palabra. Mientras Irene y yo nos compadecíamos por nuestras

difuntas relaciones en el fatídico febrero, ella había denunciado, junto a varias compañeras, a un mando intermedio de su oficina por acoso sexual. El jefe había utilizado todas las artimañas posibles para retrasar el juicio, que por fin estaba previsto para finales de ese mes. Pero varias compañeras se habían retirado de la acusación a última hora, e incluso iban a ser llamadas como testigos de la defensa. Los principales testigos también se habían echado atrás. La abogada de Cata y las demás les había prevenido de que el juicio no iba a ser fácil y, en caso de perderlo, lo más probable era que recibieran una demanda por difamación.

Sabía que Cata jamás lo aceptaría, que probablemente perdería su amistad para siempre, pero también me decía que, muy en el fondo, había decidido contármelo por fin para que yo hiciera lo único que podía hacer.

Todo resultó sorprendentemente sencillo. Merodear con cualquier pretexto por el edificio donde trabajaba sin que Cata me pillara, encontrar la foto del impresentable de su jefe en la red social donde están todas las fotos de todos los jefes impresentables, fingir un encuentro casual con él y dejarle que me invitara. Quizá lo único difícil fue aguantar sus comentarios casposos y su mirada salivosa.

Lo que no sería jamás sencillo era aguantar la voz interior que me grita: asesina. Las pesadillas fueron en aumento y los ataques de ansiedad eran casi diarios. En el trabajo era tan productiva como el ficus artificial de la esquina. Tuve que empezar a medicarme para conseguir unas horas de descanso. Entonces las pesadillas empezaron también a venir de fuera, esta vez en forma de bombas que no sorprendieron a nadie.

Hind Rajab era una niña de seis años que quedó atrapada en un coche con su tío, su tía y sus primos bajo el fuego del ejército israelí. Durante tres horas estuvo al teléfono con una trabajadora de la Media Luna Roja mientras sobre ella se amontonaban los cadáveres de sus familiares, a quienes ella creía «dormidos». En la conversación, que no se reprodujo en ningún medio español, la teleoperadora le repetía que no los despertara y consiguió poner al teléfono a su madre antes de que se cortara la conexión. El coche apareció con trescientos agujeros de bala y la ambulancia que enviaron a rescatarla, atravesada por el proyectil de un tanque. Aquella noche soñé que mataba a Benjamin Netanyahu. Sin subterfugios ni maldiciones prestadas: con mis propias manos. Y fue la primera noche en varios meses que dormí de un tirón.

Aunque no necesito a nadie para interpretar un sueño como ese, la verdad es que me vendría bien

hablar con un profesional. Dicen que si algo bueno ha aportado *mi generación* a la sociedad es la normalización del tratamiento psicológico, y yo misma suelo recomendarla porque me ayudó cuando perdí a mis padres, pero ahora ni siquiera puedo acudir a la terapia para contar mis problemas. Puede que esa sea la verdadera razón de este escrito.

No creo que la generación en la que te encasillan —como el género, la raza, la religión, o tantas otras reliquias de la seudosociología que sólo sirven para dividir a los pobres— te distinga realmente de otros. Pero sí creo que hay una cosa cierta para los nacidos entre los ochenta y los noventa, esos a los que nos han etiquetado como *millenials*: a todos nos marcó de una forma u otra la crisis de dos mil ocho. A mí, en concreto, me atravesó y me partió en cien mil pedazos que he ido haciendo encajar a golpes, como un niño demasiado pequeño para saber armar un puzle.

Mi padre era maestro de albañil y consideraba que lo que le definía como persona era la calidad y cantidad de su trabajo. Una moral de esclavo que se ha ido disfrazando para ocultarse en la cultura a lo largo de los dos últimos siglos —quién sabe si desde mucho antes— para mantenernos serviles a los trabajadores, pero que a él, durante la burbuja inmobiliaria, después de emigrar del pueblo, le hizo ganar un dinero que, si

bien no era tanto, nunca habría imaginado. Con su ética de trabajador de la España rural de la dictadura, había decidido invertir ese capital en dos proyectos. Primero, quitar de trabajar a su esposa, aunque en la práctica lo que hizo fue ofrecerle un trabajo no remunerado a tiempo completo dentro de casa, y segundo, dar estudios a sus hijos. Su salario, desde luego, resultaba insuficiente para alcanzar aquellos sueños, aún modestos, por lo que decidió invertir en los frutos de su propio trabajo para arañarle algo más de ganancia a las largas horas tostándose al sol sobre un andamio.

Así fue como nos convertimos en los orgullosos propietarios de la hipoteca de un piso nuevo en el extrarradio, que avalaba otra hipoteca en otro piso muy antiguo, pero más céntrico, que alquilábamos a estudiantes, con cuya cuantía pagamos la entrada para una tercera hipoteca de un apartamento en la costa que íbamos a destinar al alquiler vacacional, salvo una o dos semanas que lo aprovecharíamos la familia, claro. A todo este pasivo había que sumar un préstamo preconcedido que se destinó a rehabilitar la casa de mi abuela en el pueblo, adaptándola para su silla de ruedas. Durante unos años esta estructura financiera familiar funcionó realmente bien, e incluso se sufragaron otros pequeños sueños, como estrenar un coche.

El final de esta historia se lo puede imaginar cualquiera, porque fue lo que le pasó a muchas familias en aquella época. Subcontrata de la subcontrata de la subcontrata entra en concurso de acreedores, las obras se paran y el albañil que soñó con arañar un pellizquito a los magnates inmobiliarios tiene que seguir pagando la hipoteca. Subcontrata de la subcontrata de la subcontrata echa el cierre y el albañil que soñó demasiado se apunta al paro y pasa de ser un alcohólico funcional a un alcohólico sin más. Esposa del albañil que soñó demasiado tiene que volver a trabajar fuera de casa, pero enferma y los hijos tienen que dejar los estudios. Hijo menor emigra para nunca volver. Impagos se acumulan y llega la notificación de desahucio.

El albañil no podía creerse que su banco de toda la vida, con su agente de toda la vida, que incluso financiaba a una de aquellas subcontratas, no aceptara como pago los pisos que ellos mismos le vendieron, porque ahora, dicen, valen menos y porque la realidad es que se los van a quedar igualmente y que en el edificio donde íbamos a pasar las vacaciones de nuestra vida hay ahora un complejo de apartahoteles propiedad de uno de los dueños de aquellas subcontratas, cuyo apellido reluce en letras gigantes desde una de las azoteas más

altas del centro de mi ciudad. Cada vez que paso por ahí me acuerdo de la última vez que vi a mi padre.

Puede que por eso esté escribiendo esto, porque lo que realmente quiero es que sepas quién soy antes de enfrentarte con el destino que he elegido para ti. Tú tienes tu apellido en un edificio y yo no soy nadie en especial, tan sólo una más de las familias con cuyos sueños y desgracias te forraste. No soy un nombre que tengas que recordar, sólo soy una deuda que tienes que pagar. Esta noche, cuando llegues a tu casa, abrirás el grupo de *whatsapp* donde tú y otros constructores organizáis partidas de golf y os jactáis de cómo os vais a repartir las ayudas para la reconstrucción de los pueblos afectados por la Dana y les contarás que has cenado con una tía de treinta años y has vuelto a quedar con ella para mañana. Entonces recibirás esta nota y, aunque no te lo creerás, no habrá mañana para ti.

Y, si por algún fallo o desfase en el funcionamiento de esta maldición llegases a ver un nuevo día, tampoco me esperes al caer la noche, pues ya estaré lejos, destino a Tel Aviv, donde me espera todo un ejército de hombres cuyos destinos estoy decidida a cambiar.

FIN

3º PREMIO

Leah Kruszewski

Cosecha

COSECHA

Leah Kruszewski

Irene sentía un vacío en el estómago y las ampollas en las palmas ardían, pero seguía remando. El agua estaba más baja hoy, el paisaje menos ajeno, y tenía la corazonada de que los siete álamos que acababa de pasar, cuyas puntas sobresalían varios metros por encima de la línea del agua, eran los que marcaban la entrada a su urbanización. Si fuera así, la casa aparecería en medio kilómetro.

Miró a su alrededor en busca de más puntos de referencia reconocibles.

Entre las islas flotantes de escombros variados —una rama de árbol enredada con tiras de ropa, un tren de pañales, una piscina hinchable parcialmente desinflada y un tupé rubio a la deriva como una estrella de mar peluda y lánguida— podía distinguir las copas de algarrobos y olivos a la izquierda, y las cimas de varios pinares en varias direcciones. ¿Pertenecían a jardines o a los parches de bosque que dividían las propiedades? ¿Qué jardines tenían algarrobos y olivos, y cuáles solo pinos? ¿Cómo podía haber pasado por

aquí todos los días durante ocho años, desde que se mudaron a la zona por su jubilación anticipada, y nunca haberse fijado en los árboles?

Ansiosa por encontrar algo más que le confirmara su ubicación, su remada se volvió apresurada e irregular. Una salpicadura de agua le dio en la cara y escupió, estremeciéndose. Recogió el remo y se dejó llevar mientras se limpiaba el rostro con la camiseta. Había dejado de secarse cada vez que las gotas de barro mojaban sus brazos, pero no podía dejar la mugre en su cara; de seguir así, estaba convencida de que le saldría un tercer ojo al día siguiente.

Vertió una pequeña cantidad de agua potable en la palma de la mano para enjuagarse la cara. Recordó el cuento ilustrado sobre el Arca de Noé que les había leído a Izan y Maya cuando eran pequeños. La interpretación del libro sobre una inundación era completamente erronea. Las ilustraciones mostraban un barco alegre bajo un cielo despejado y un sol radiante, lleno de animales y niños que se portaban bien a quienes jamás se les ocurriría robar, matar o tener sexo por placer. El agua era de un inmaculado azul en vez de un marrón enfermizo, libre de escombros y suciedad. Todos sonreían con la cara sonrosada, y nadie se estaba ahogando con el hedor putrefacto del desbordamiento de alcantarillas mezclado con un toque químico

penetrante, una mezcla de olores que confundía sus sentidos. ¿Gasolina? ¿Quizás disolvente? ¿Matices de pesticida y hierro oxidado? El aire llevaba un peso opresivo, y una espesa capa de nubes grisáceas difundía una luz que era a la vez tenue e intensa.

Claramente, el autor de *El Arcoíris de Noé* nunca había estado en una inundación real.

Irene bebió sorbos grandes de agua para calmar el hambre. No había desayunado antes de salir del chalet de Fran y Vicente en la colina. La casa seguía dormida cuando se despertó, inquieta y anhelando aire fresco. Salió en silencio, dejando una nota en la oscura cocina y esperando no cruzarse con nadie. Sabía que era de gran utilidad en momentos de crisis. Incluso en una crisis prolongada como esta, era capaz de mantenerse serena y lúcida, y hasta amable y optimista, siempre y cuando pudiera robar unos momentos de soledad. Sabía que, meses después, todas las emociones intensas que había guardado con tanto cuidado saldrían a la luz en un arrebato injustificado hacia Sergio, un ataque de pánico sin una causa aparente, un torrente de lágrimas por una tortilla quemada o algo así.

En este momento, una tortilla quemada le parecía deliciosa, no algo por lo que llorar.

Un golpe sordo sonó contra la parte frontal de la canoa. Una gran jirafa de juguete, hecha de plástico

suave o goma, había chocado contra la proa. Flotaba de lado, con dos patas en el aire y las otras dos tocando la superficie del agua.

Irene se quedó mirándola. Le resultaba vagamente familiar.

La atrapó entre el remo y el borde de la canoa y recordó.

Pertenecía a la hija pequeña de la pareja que se había mudado al barrio hacía unos meses. Era un robusto juguete infantil, diseñado para que pudiera sentarse en su lomo, sujetarse de los palos nudosos que sobresalían de su cabeza y fingir que cabalgaba una jirafa. A la niña le fascinaba tanto que sus padres solían colocar el juguete en un carrito, poner a la pequeña encima y llevarla de paseo. El padre tiraba del carrito, mientras la madre le aseguraba el equilibrio con una mano en la espalda. Incluso tenía un nombre, era Rafa la Jirafa.

La niña le gritaba órdenes como «¡Arre, Rafa!» y «¡So!» para que sus padres aceleraran o frenaran, y a veces la premiaba con un «¡Buena jirafa, Rafa!» mientras le acercaba una zanahoria a la boca. ¡Qué energía y vitalidad tenía esa joven familia!

En realidad, Rafa le recordaba más a una vaca que a una jirafa, con su hocico ovalado de un tono beis, su barriga redonda y las patas cortas extendiéndose a los

lados. Solo su piel amarilla con manchas marrones y los palos nudosos que sobresalían de su cabeza, en lugar de cuernos, delataban su verdadera identidad.

Irene se preguntó si valdría la pena rescatarla, limpiarla y devolvérsela a la familia si es que alguna vez los volvía a ver.

Se habían marchado del barrio una hora antes que ella y Sergio, rumbo a quién sabe dónde.

Les había lanzado un saludo amistoso mientras seguía cosechando los últimos tomates bajo la lluvia. La madre, sentada en el asiento trasero con su hija pequeña, le devolvió el gesto con un tímido movimiento de los dedos y una mirada inquisitiva. Se estaba preguntando, sin duda, por qué Irene estaba en el huerto recogiendo verduras en pleno chaparrón en lugar de estar en el garaje preparando el coche.

Sin embargo, lo que más preocupaba a Irene ese día era perder la cosecha por los vientos fuertes. Las advertencias de clima adverso se emitían todos los otoños, sin que nunca llegaran a ser gran cosa.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo mucho que había subido el agua en la zanja delantera. Parecía avanzar hacia la propiedad ante sus ojos. El viento se levantó y lanzó torrentes de lluvia horizontal contra su cara, casi derribándola. Irene se agachó y arrastró el cubo de goma azul, lleno de tomates y pimientos

tricolores, bajo la gran encina al lado de la casa. Tiró sus guantes empapados encima de las verduras y corrió hacia la puerta.

—Vámonos. —El agua goteaba de su ropa y formaba un charco en el suelo de la cocina. Sergio estaba rebuscando en el congelador—. Aceptaremos la oferta de Fran y Vicente. Llevamos algunos juegos de mesa, una botella de vino. Y una muda, por si acaso tenemos que quedarnos a pasar la noche.

Entonces notó las dos maletas colocadas junto a la puerta del garaje, acompañadas por la pequeña caja fuerte que contenía documentos, reliquias familiares y dinero. A los pies de su marido estaba la nevera portátil a medio llenar.

Sergio, como de costumbre, iba tres pasos por delante de ella.

—Por si acaso —había respondido encogiéndose de hombros.

Para cuando habían salido del camino de entrada, el agua en su calle ya tenía dos centímetros de profundidad. Al llegar al chalet de Fran y Vicente en la colina, podían divisar las tiendas y restaurantes del pequeño centro del valle con el agua cubriendo los escalones de las puertas. La electricidad se fue durante la cena, y perdieron la señal del móvil con el postre. Tres días después, el valle permanecía sumergido en un mar

lodoso y un silencio espeso, interrumpido solo por los zumbidos lejanos de motosierras y el ocasional helicóptero de rescate.

Irene decidió no subir a Rafa a bordo. Como la mayoría de los juguetes huecos, tendría un orificio del molde de la fábrica en algún lado, y no quería que soltara agua rancia en la canoa. Sin embargo, intentaría salvarlo. Se imaginó el chillido de alegría que soltaría la niña al reencontrarse con su amigo jirafa. Agarró la cuerda en la popa y la ató firmemente a una de las protuberancias de la cabeza de la jirafa, dejándola flotar junto a la canoa. La cuerda se tensaba y aflojaba con cada remada y pausa, de modo que Rafa rebotaba al ritmo del remo contra la parte trasera de la canoa.

Irene volvió a examinar el paisaje. Los grupos de árboles seguían siendo difíciles de ubicar, pero aquí sobresalían más sobre la línea del agua, como si estuvieran en una colina. A su derecha, conos de tráfico anaranjados se balanceaban de un lado a otro como caramelos de Halloween. A su izquierda, un cuenco de plástico para perro giraba sobre sí mismo. Justo enfrente, una mochila infantil brillaba con una imagen lenticular de un tiranosaurio, de esos que cambian según el ángulo desde el que los mires.

El tiranosaurio alternaba entre una postura relajada con una sonrisa ingenua y una agresiva pose de ataque, con la cabeza inclinada hacia adelante, los dientes afilados expuestos y sus diminutos brazos extendidos hacia el observador. La mochila estaba enredada entre una cuerda de tender y varias ramas pequeñas.

Mientras los conos y el cuenco se desplazaban con la corriente, Irene se dio cuenta de que la mochila, en cambio, no se movía.

Parecía estar enganchada en la parte superior de un poste de señalización que indicaba la intersección de dos calles.

Irene inhaló de golpe.

Se aproximó y frenó suavemente en ángulo. Estiró el brazo y reorganizó la mochila y la maraña de ramas y cuerda para revelar las letras.

«Avda del Pinar» y «Calle Búho».

Exhaló.

Sus indicaciones para los visitantes se hacían eco en su cabeza. «Gira a la derecha en la Calle Búho y baja la colina. Somos la cuarta casa a la izquierda, la que tiene una gran encina en el jardín lateral».

Trató de localizar la copa de la encina, «su» encina, sin éxito. Las propiedades en su calle eran

extensas y arboladas, y los parches de bosque más elevados bloqueaban la vista.

Una suave brisa húmeda removió el aire pegajoso, y una miasma nauseabunda asaltó la nariz de Irene. El olor constante de las aguas de la inundación parecía una brisa primaveral en comparación.

Se inclinó hacia adelante sobre el suelo de la canoa, cerró los ojos y tuvo arcadas.

Se trataba de algo grande, muerto, en el apogeo de su descomposición.

Escuchó el zumbido monótono de una congregación de insectos, que crecía y menguaba en un ritmo hipnótico.

Irene intentó recobrar el control, se cubrió la boca y la nariz con la parte baja de su camiseta y levantó la cabeza. A unos tres largos de canoa, flotaba el cadáver hinchado y grasiento de una vaca lechera. Las manchas de pelaje blanco se habían apelmazado en picos de fango, mientras que las manchas negras brillaban con un resplandor aceitoso. El vientre abotargado parecía un enorme globo afelpado a punto de reventar. Una masa de moscas negras revoloteaba en una cavidad ocular, mientras otra nube se agolpaba sobre la boca y las fosas nasales.

Irene se inclinó sobre el borde de la canoa y vomitó un líquido acuoso en las aguas turbias. Escupió y se limpió la boca con la mano.

El cadáver se dirigía hacia ella.

Sin atreverse a respirar, Irene giró la canoa en dirección a la Calle Búho y remó con todas sus fuerzas.

No se movía. La canoa estaba atascada.

Las patas de Rafa se habían enredado en la maraña de ramas y cuerda que envolvía el poste.

Trató de alejarse empujando el remo contra el poste, sin éxito.

Se inclinó hacia atrás y, con una mano, intentó desenganchar las rígidas patas de Rafa. Las vueltas de la cuerda no cedieron.

Giró en su asiento, se inclinó sobre el borde e intentó soltar a Rafa con ambas manos. Al extenderse más, la canoa se inclinó, sus antebrazos se hundieron en el agua y casi perdió el equilibrio por completo.

Llevó las manos a los bordes y estabilizó el balanceo.

El tiranosaurio permanecía atrapado en su indecisa oscilación. El zumbido de las moscas, entregadas a su festín, aumentó en intensidad.

Irene miró el nudo que conectaba la cuerda de Rafa a la canoa. Tendría que sacrificarlo. Aún tratando de no respirar, comenzó a desatarlo. La cuerda estaba

empapada y cubierta de barro, pero Irene tenía maña con los nudos.

Dejó que el extremo de la cuerda se deslizara hasta la superficie del agua.

Giró para quedar frente a la proa y remó hacia la Calle Búho. La brisa húmeda cambió de dirección, e Irene se detuvo para respirar largo y profundo, tratando de calmar su corazón.

A una distancia prudente, miró hacia atrás. El cadáver y su reino de moscas flotaba a un brazo de distancia de la mochila infantil. El tiranosaurio mantenía su postura amistosa con su sonrisa boba.

Mientras el cadáver de la vaca flotaba por la avenida, con la espalda por delante, el vientre hinchado y las patas pesadas siguiéndola, la suave corriente arrastraba a Rafa. Sin la tensión de la cuerda de la canoa, logró liberarse de los lazos flojos. Su cuerpo giró con el flujo y, resignado a su destino, adoptó la misma posición que la desafortunada vaca lechera.

La pareja iba a la deriva en solidaridad hacia la entrada del vecindario, siguiendo la misma ruta por la que Irene había llegado. La vaca al frente, con su diminuta caricatura a todo color siguiéndola en su estela.

—Lo siento, Rafa —dijo en voz alta.

A lo mejor había sido una idea absurda intentar salvar a Rafa. Se imaginó presentando la jirafa a la familia, con un aire de orgullo y caridad, cuando regresaran para inspeccionar las ruinas de lo que fue su hogar.

«Genial», le agradecerían los padres con sarcasmo, habiendo envejecido décadas en tan solo unos meses. «Hemos perdido todo, absolutamente todo, y vienes a ofrecerle una jirafa de plástico a nuestra hija que ya ni juega». Irene imaginó a la pequeña regordeta y risueña transformada en una niña esbelta y severa, capaz de romperle el cuello a una gallina con las manos desnudas y deshuesarla con un palo afilado.

«Muchas gracias», continuarían en tono mordaz. «De verdad, Rafa, la jirafa de plástico, un auténtico rayo de sol en estos tiempos oscuros». La hija se abalanzaría sobre la jirafa con ansia y la diseccionaría con su palo, aún sangriento del último pollo, buscando carne y molleja. Al encontrarla vacía, miraría a Irene con una decepción fría, y su rostro se endurecería con desdén.

Salvar a Rafa habría sido una pésima idea, sin duda.

Irene sabía que su imaginación estaba exagerando la situación de la niña. Ella y su familia estarían en casa de algún pariente, quizá incluso en un lugar donde todavía hubiera agua corriente y electricidad. La niña no tendría que matar pollos. No

con solo dos años, no esta vez. Aún no había llegado el momento de enseñar a los niños las herramientas de supervivencia. Todavía no, Irene intentaba convencerse a sí misma.

El hambre que la había estado consumiendo antes del encuentro con la vaca había desaparecido por completo. En su lugar, una nube de ira irracional se retorcía dentro de ella.

Otra cosa que *El Arcoíris de Noé* había pasado por alto: no había ni un cadáver flotando en esas cristalinas aguas azules.

La cifra de muertos de esta inundación ascendía a ciento setenta, con decenas de personas aún sin contabilizar. Lo había sabido por un vecino que vivía al otro lado de la colina. Había caminado hasta el chalet para informarles dónde encontrar un camión que repartía agua potable y noticias del mundo exterior a quienes pudieran alcanzarlo a pie.

Ciento setenta sonaba como una cifra pequeña en comparación con los cientos de miles que mueren en guerras prolongadas y terremotos catastróficos.

Ciento setenta parecía un número insignificante, a menos que alguien de esa cifra fuera uno de tus seres queridos.

En ese caso, bien podrían ser millones. Bien podría ser otro diluvio. Sin carreteras transitables ni señal del móvil, Irene no podía saber si ese era el caso.

En el diluvio de Noé, la cifra de muertos habría sido de millones. ¿Dónde habían quedado los cadáveres en las coloridas ilustraciones de *El Arcoíris de Noé*? Los cuerpos hinchados de los pecadores deberían haber estado atestando las aguas alrededor del arca.

¿Y dónde habían estado los supervivientes? No toda la humanidad habría muerto de golpe. Algunos habrían logrado aferrarse a un árbol arrancado o usar un techo de paja como balsa improvisada. Al menos unos pocos habrían sido arrastrados lo bastante cerca del arca como para rogar por agua y rescate en un susurro ronco.

Se imaginó a dos críos del arca, un niño y una niña con expresiones vacías y piadosas, cogidos de la mano, considerando la súplica con curiosidad fría. En su mente se parecían a *Los Niños del Maíz*, los jóvenes asesinos de la secta religiosa imaginada por Stephen King, pero vestidos con túnicas mesopotámicas en lugar de vaqueros y tartán.

«Es la voluntad de Dios que perezcas», habrían respondido con severidad al unísono. «Pues Él debe reiniciar el Planeta Tierra y comenzar de nuevo, con nosotros, los puros de corazón».

Se darían la vuelta y, aún de la mano y con pasos sincronizados, se alejarían del borde del arca. El superviviente, ya sin esperanza, aflojaría su exhausto agarre y se uniría al resto de los cadáveres en el mar.

Irene se enfadó consigo misma por estar allí, remando en ese absurdo paisaje acuático como si estuviera de paseo, frotándose ampollas en las palmas que luego gastarían suministros del botiquín de primeros auxilios. Estaba desperdiciando agua y recursos, agotándose por puro capricho, solo porque anhelaba un poco de soledad. Podría haber utilizado su fuerza para despejar escombros y caminar hasta el camión para recoger agua potable. Debería haberse quedado en el chalet, preparando en silencio el desayuno para Sergio, Fran, Vicente y los siete desconocidos que se refugiaban allí.

No había necesidad de una misión de reconocimiento. Era imposible que la casa no estuviera sumergida, salvo que se hubiera arrancado de los cimientos y le hubieran brotado flotadores. Cuando las aguas se retiraran, podrían hurgar en sus restos embarrados y hacer las paces con lo sucedido.

Pero se dio cuenta de que ya había llegado.

Irene estaba frente al tejado de su casa, que quedaba a la altura de los ojos. En el borde izquierdo del tejado estaba la ridícula veleta del cerdo volador que

habían dejado los antiguos dueños. A la derecha se alzaba la copa de la encina, aún envuelta en el verde oscuro del final del verano. A esa altura, la copa alcanzaba su máxima anchura, desplegándose como un arbusto enorme en forma de cúpula. Detrás de la casa sobresalían las puntas cónicas de varios cipreses, que ahora parecían apenas más altas que unos árboles de Navidad.

Un helicóptero zumbaba a lo lejos y parecía acercarse. Irene entrecerró los ojos hacia la pegajosa capa de nubes grisáceas, sin ver nada.

Debería estar volviendo ya. Lo último que necesitaban, además de todo, era preocuparse por ella.

Mientras Irene inclinaba la cabeza y escuchaba el zumbido desvanecerse en la distancia, un azul brillante destelló entre la copa de la encina.

Remó hacia el árbol y, al acercarse, se agachó en su asiento mientras la proa se abría paso entre la red de ramas. Dentro de la cúpula verde, con hilos de luz colándose entre los huecos del follaje, su cubo azul de jardinería estaba encajado entre una pirámide de ramas cerca del tronco, a una altura justo por encima de su cabeza. Los lados flexibles del cubo se curvaban donde las ramas lo apretaban, y estaba ligeramente inclinado.

Tiró de una rama para acercarse y, apoyándose en el tronco, se incorporó para mirar dentro. Pimientos

verdes, amarillos y naranjas, junto con tomates maduros y llenos, resplandecían hacia ella, acompañados de sus guantes de jardinería favoritos, de un morado intenso.

Irene rozó los guantes con los dedos. Estaban húmedos, pero no tan empapados como cuando los había arrojado al cubo durante el aguacero. No tenían ni rastro de barro. El cubo debía haberse quedado justo por encima del nivel del agua. Lanzó los guantes al asiento delantero de la canoa y se estiró para coger un tomate.

Estaba más blando y de un rojo más profundo que cuando lo había recogido, y su hambre resurgió con fuerza. Le dio un mordisco como si fuera un melocotón, y dejó que el jugo le escurriera por la barbilla mientras lo masticaba despacio, saboreando su dulzura ácida.

Les encantarían los tomates y pimientos a los del chalet. Sin expectativa de tener refrigeración en un futuro cercano, se habían consumido todos los perecederos el primer día. Desde entonces, habían estado subsistiendo a base de alimentos secos y enlatados.

Uno a uno, entre mordiscos de tomate, Irene fue pasando los pimientos y tomates del cubo al suelo de la proa. A medida que el cubo se vaciaba, comenzó a doblarse y a resbalar entre las ramas. Lo extrajo con

cuidado, usando ambas manos, y se sentó en la canoa. Había un poco de agua de lluvia en el fondo, cubriendo la capa inferior de la cosecha restante. Irene arrojó por la borda algunos tomates que se habían ablandado demasiado tras su largo baño, vertió el agua restante y lo colocó junto a la cosecha.

Se puso los guantes de jardinería y, con las ampollas agradeciendo la protección contra el remo, salió marcha atrás de la cúpula de la encina. Entrecerró los ojos ante el brillo difuso y se reorientó en el paisaje lodoso.

Mientras salía del vecindario, con la canoa pesada por la carga, Irene imaginó una nueva versión de la escena de los niños del arca. Esta vez, en lugar de los niños del maíz con túnicas, les dio los papeles a sus propios Izan y Maya, en sus versiones de ocho y nueve años. Inteligentes y críticos, habrían sido escépticos con el fervor religioso y las ideas excéntricas de Noé. Tal vez el loco abuelo Noé había construido un arca y reunido un zoológico cada año durante los últimos veinte, y solo este año coincidió con una inundación. Se los imaginó a los dos, con los ojos llenos de compasión (y quizás un precoz reconocimiento de las ventajas de la diversidad genética), ayudando a subir a bordo a los supervivientes, devolviéndoles la salud y la esperanza, mientras el abuelo Noé se enfurecía y rezaba.

FINALISTAS

Jorge Andreu

El niño

EL NIÑO

Jorge Andreu

I

A mediados del verano, un pájaro de grandes dimensiones se posó en la torre del reloj. El hecho, que representa una anomalía en el municipio, se ha convertido en objeto de estudio para ornitólogos, lugareños y curiosos. Los habitantes que han viso asomar su pico afirman que se trata de una cigüeña y, a juzgar por la blancura de su plumaje con vetas negras en las puntas, así lo corroboran también varios expertos. No obstante, los más ociosos, que comentan cada año la danza de zancudas, sostienen que aún no es tiempo de migración. Las opiniones coinciden, sin embargo, en que presenta una conducta algo extravagante.

Porque está sola y mira al frente. Contempla la catedral como a una cría que allá a lo lejos, extendidos los brazos y la cabeza sobre una roca, pareciera una sirena tomando el sol. Nadie ha oído su canto resonar en la piedra calcárea y las impurezas del paisaje, ningún cebo ha conseguido arrancarla de su puesto de vigía.

Sólo cuando el reloj de su observatorio toca su golpe de acero centenario, rompe a volar sobre tejados y ventanas, atraviesa las nubes con precisión de flecha y luego se precipita al vacío. Entre los arcos de la Plaza Mayor esquiva turistas, sortea sombrillas y, tras una sucesión de malabares de su sombra en cruz, viene a posarse en los peldaños de la catedral, justo donde San Julián custodia el son de las campanas. Algunos transeúntes han asistido a esa ofrenda matinal, por eso una parte de la población entiende que no es una cigüeña, aunque nadie ha sabido identificar su especie hasta el día de hoy. Todo lo más que admiran, durante unos segundos, es su batido de alas al cesar el campaneo y su ascenso de tornillo hasta desaparecer entre los destellos de sol. Según sus hipótesis, en ese momento baja a la hoz del Júcar a pescar algo de comida que debe de ofrecer a sus crías, sin que se sepa dónde están, pero también hay quien especula sobre su naturaleza enigmática, hija del sol y madre de la sombra, atribuyendo presagios a la proyección de su silueta sobre las plazas y recodos. Mentes ociosas las ha habido en todas las épocas de Nuestro Señor.

Como cada sábado, cientos de personas acuden al mercadillo. Agazapadas bajo un toldo azul en torno a una mesa sobre la que los mercaderes han desplegado un puñado de baratijas, piden remedios contra la artritis,

el insomnio o la tristeza, un conjuro para ahuyentar a los malos espíritus, un amuleto para encontrar marido, una loción para la hinchazón de pies. Se vende un poco de esperanza en cien mililitros de agua encristalada. Si, además, estos negocios coinciden con la sombra del ave atravesando el cielo, el cliente paga el doble por creerse a las puertas de un milagro.

Esta fe a pies juntillas genera pomposos ingresos en la bolsa de los comerciantes. Basta observar la picaresca de Sonia y Agustín, este matrimonio que cada día conduce su vieja furgoneta por los pueblos de la zona para asentarse cada vez en una plaza distinta. Pelirroja ella y con la cara surcada de pecas, Sonia es la elevación del empirismo a la máxima potencia, quiere decir que no cree en aquello que no puede ver ni tocar: vende humo en forma de brebaje. Agustín, en cambio, guarda un poco de esperanza en los símbolos, que son a la vez un reclamo y un mantra: lleva la Cruz de Santiago tatuada en la espalda y en el antebrazo el nombre de su madre, que muy a menudo relee con culpa. Amparo. Amparo. No así su mujer, que rehúsa mirar esas letras como si le escocieran los ojos. A pesar de que ambos caracteres parecen excluirse de todo punto, se aman con una pasión que roza la locura. Así lo entiende Antonio el Maño, el mayor del grupo, que dedica su tiempo a empalmar un puro tras otro después

de rasgarlos con la hoja de una navaja multiusos. El cuadro lo completa Pablo, un adolescente imberbe y perezoso que el chismorreo ha convertido en primogénito de Sonia y que sirve de cebo para todas sus artimañas.

Los cuatro se dedican al comercio clandestino porque en su interior cada cual guarda un secreto. Y como saben que es común a todos los mortales la necesidad de satisfacer apetitos, y que muchos pagarían por ello un alto precio, prometen salvación a los desconsolados, asegurando que sus migajas les traerán salud, alivio de sus penas y prosperidad. Sobre ellos planea la sombra de la estafa.

II

Lo que ellos no saben —es decir, los clientes— es que antes de su próxima cita estos vendedores habrán allanado casas para reponer el stock.

Actúan por la noche, atraviesan vallas con movimientos fantasmales y bucean entre las pertenencias de hombres solitarios o señoras de luto que han sido a su vez clientes del mercadillo y cuyo grado de desesperación ya ha sido analizado antes del robo: se refleja en sus ojos, en los temblores de manos cuando creen hallar un tesoro o en cómo rumian sus quejas mientras ojean el puesto. Esos mismos clientes

suelen guardar, olvidado en un cajón, algún fetiche que los convierte en perfectos candidatos.

Una vez recabada suficiente información sobre la víctima —a qué hora se acuesta, si ve la televisión hasta la madrugada o se le espanta el sueño con el crujido de un peldaño—, el grupo tiende la emboscada. Sonia se introduce por los recovecos igual que un ratón hasta localizar alguna ganancia. Mientras tanto, Agustín vigila el acceso a la vivienda, Antonio fuma su puro apoyado en la furgoneta y Pablo ensaya el lamento por una torcedura de tobillo, una fiebre imprevista o un ataque de desorientación, no sea que deba ahuyentar a la benemérita. El proceso dura apenas diez minutos, el tiempo de remover cacharros hasta extraer las piezas más cotizadas. A menudo Agustín premia a su mujer por un jarrón agrietado, una muñeca de porcelana o un juego de estilográficas sin tinta. Más tarde se esmerarán en revalorizar las baratijas con palabras de doble filo. Semana tras semana, aumenta el beneficio y la delincuencia se perpetúa.

Una noche, para acceder a la casa había que escalar más alto y Antonio se empeñó en hacerlo él mismo. A ciegas, tanteó las esquinas de un dormitorio y agarró cuanto le vino a la mano. Al salir enseñó triunfal un sonajero. Sonia lo fulminó con la mirada.

—Un sonajero? ¿Te has colado ahí por un puto sonajero?

Agustín se encogió de hombros.

—Joder, para la niña seca.

Sonia dibujó una expresión de ira, le dio la espalda y se colocó al volante.

Desde entonces no ha dejado que nadie se inmiscuya en su trabajo. Ella misma se considera la gestora del negocio, la lagartija que ha de trepar por las paredes y a quien ningún inútil va a cortarle el rabo. Hasta que tenga entre las manos su gran botín, no será consciente de cuánto vale una ilusión.

III

Lo que ellos no saben —es decir, los estafadores— es que hay ventanas que conviene no abrir.

Hoy ha tocado la capital. Después de la jornada, que ha satisfecho a la niña estéril y a otros diez o doce desesperados, viene la reposición. Es ya noche cerrada, pero aún quedan turistas en busca de restaurantes o de camino al hotel a los que no se les pasará por la cabeza la idea de acusarlos.

A Sonia le llama la atención una abertura en la pared al rodear la catedral. Es muy estrecha, parece madera carcomida y de sus bordes sobresalen unos clavos, por lo que deberán extremar la precaución.

Distribuye a los operarios en sendos puestos de vigilancia, Antonio el Maño pelando un puro con su navaja y Pablo ensayando su vodevil en la esquina. Agustín calza a la pelirroja, que le restriega las tetas por la cara antes de colgarse del quicio y, apretando los dedos y los dientes, tira de su propio peso hasta colar el tronco por la ventana. Agita las piernas en un vaivén de nadadora para deslizarse hacia la oscuridad con una destreza de insecto.

Pero esta noche no cabe el silencio de la víctima dormida. No en este allanamiento.

Desde abajo Agustín oye un grito de auxilio que lo obliga a saltar una, dos, tres veces en busca de un punto de agarre. Se raspa las manos en cada intento, preguntándose cómo lo habrá conseguido ella, y se mira en el brazo el nombre tembloroso de su madre. Amparado en la fuerza que nace de su ira, coloca el pie sobre un saliente y se impulsa de nuevo. Al tirar de la ventana, el crujido de la madera se mezcla con un cuesco mientras consigue escalar. Cuando entra, Sonia está buscando en un punto fijo de la habitación, donde ha oído un murmullo y le ha parecido advertir movimientos. Señala detrás de una consola de caoba. Señala y tiembla. Se la oye tragar saliva y contener la respiración.

Con la linterna del móvil, Agustín alumbra el mueble, cuyos tiradores de bronce esbozan una sonrisa cobriza en la negrura. Entre las patas advierte la cabecita de un niño a punto de gritar. Pero es Sonia la que se impacienta y chista.

—¡Eh! —dice—. ¿Chico? —dice—. ¿Quién eres? —dice.

Sus preguntas dejan un eco entre las paredes. Luego, en el silencio que sigue, apenas se oye la respiración del niño que poco a poco sale de su escondite. Con el pelo revuelto, manchas por toda la cara y una camiseta llena de mugre, adopta una expresión a medias de temor y de agradecimiento. Agustín observa cómo la luz le hace encogerse y las uñas se le encarnan en los dedos de los pies.

—Deja la linterna —ordena Sonia.

Agustín apunta al suelo y nota que le tiembla el pulso.

—¿Quién eres, hijo? —continúa ella, tanteando un paso hacia delante.

El chico permanece inmóvil detrás de su barrera. Se le acelera el pulso a medida que siente más cerca a la mujer.

—Tranquilo, pequeño.

Sonia le tiende una mano. El niño observa sus dedos largos y finos de uñas blancas. Vacila un

momento y luego vuelve a ocultar su rostro entre los brazos.

—No te haré daño —prueba Sonia—, sólo quiero saber tu nombre.

—Podemos ayudarte —añade Agustín mientras intenta desatrancar una puerta en el extremo de la habitación.

El niño emite un bufido. Aprieta los brazos contra sus rodillas y esconde los deditos en los agujeros de sus pantalones. Sonia le clava la mirada a su marido: no te acerques más, déjame a mí, y se vuelve otra vez hacia el chico para postrarse frente a él como una niña buscando juego.

—Me llamo Sonia. Y este es Agustín, mi amigo. ¿Quieres jugar con nosotros?

Entre los brazos asoman dos ojos esmeralda. Huele a musgo. Muy despacio, la cabeza empieza a asentir, arriba y abajo, al compás de su respiración. Sí quiero, quiero jugar contigo, quiero. Sonia acerca el dorso de una mano hacia la mejilla rugosa y el niño al fin se deja acariciar. Durante unos segundos cierra los ojillos. Es sólo un instante en el que parece confiado.

—Saquémoslo de aquí.

Al levantarlo en brazos siente sus costillas contra el pecho, su pelo de esparto como un saco sobre el

hombro y unos muslos esmirriados que le caben en una sola mano.

—Te esperaré abajo, ¿de acuerdo? —le susurra al oído.

Lo pone en pie junto a la ventana y desciende de un salto. Agustín lo ayuda a deslizarse por la abertura y alarga los brazos hasta donde puede antes de soltarlo. El niño aterriza encima de Sonia, que se ha preparado para amortiguar la caída. Detrás salta Agustín, que a causa del impacto casi se rompe un tobillo.

De momento, ni el Maño ni Pablo se pronuncian cuando ven al niño abrazado a Sonia como un koala. Se limitan a abrir la puerta de atrás y a guardar silencio mientras Sonia sube a la furgoneta. Al pisar el acelerador, el cuerpo del niño se tensa y vuelve a tiritar. No hace frío, tal vez tenga un poco de fiebre. Sonia le acaricia la frente y lo acuna. Piensa que el traqueteo le hará conciliar el sueño.

No advierte que el niño ha clavado los ojos más allá de los edificios, por donde asoma la torre del reloj.

IV

Antonio el Maño ocupa una litera compartida con Pablo. Cuando entra en su habitación, el olor a dejadez y las paredes se le echan encima, aunque lo cierto es que de un momento a otro se caerán por sí solas. Es un

cuchitril en un tercero sin ascensor que Sonia y Agustín mantienen a duras penas gracias a los beneficios del mercadillo. Hace tiempo que empeñaron sus objetos de valor en la plaza, mucho antes de que los dos chupabotes llegaran a sus vidas. Las madres primerizas aprovecharon la ocasión para adquirir a un precio de escándalo toda una colección de patucos, muselinas, calienta biberones y una minicuna sin abrir que fue sometida a subasta por desacuerdos entre la clientela. No había joyas ni muebles caros, apenas unos cuantos libros, unos óleos en marcos con molduras y un bolso de piel de cuando Sonia terminó el instituto. Aquel pellizco de dinero les sirvió para dar un primer empujón al negocio.

Lo de arrancarse con los hurtos fue idea de Antonio el Maño, que al principio desmontaba él mismo la cerradura de las viviendas con la ayuda de una cajita de herramientas en miniatura que llevaba siempre consigo, hasta que Sonia reunió el coraje suficiente para quitarse los dolores de barriga restregándose contra las fachadas. Nunca más ha aceptado la ayuda del Maño, más allá de sus enmiendas a la furgoneta y su dureza a la hora de encarar a los regateadores. Para entretenerlo mientras tanto le buscó una mascota, Pablo, al que habían visto día tras día en una esquina de la plaza de la capital, siempre en busca de sombra, acurrucado sobre

sus talones y jugueteando con la grava. Prófugo de un centro de menores, no vaciló un instante cuando le ofrecieron aquel puesto de trabajo, por mínima que fuera la remuneración. Le dieron techo, comida y cama a cambio de sus números de teatrillo, y él aceptó.

Pero a Antonio el Maño no le gusta compartir su vida con niños, mucho menos oír cómo se machaca el renacuajo en la cama de arriba, así que al ver a Sonia con el chico en brazos durante los tres tramos de escaleras tiene la corazonada de que su sentimentalismo les traerá alguna desgracia. A juzgar por cómo frunce la nariz, Pablo debe de pensar igual. Tal vez sea esta la única cuestión en la que ambos están de acuerdo sin haber cambiado pareceres.

Sonia tumba al niño en un sofá hundido por el fragor de sus encuentros amorosos. Le coloca un cojín bajo la cabeza, lo cubre con una manta y observa la calma en sus párpados. Se durmió en el trayecto de vuelta, hecho un ovillo sobre su regazo. Sus uñas ennegrecidas, sus brazos huesudos y los dientes que asoman amarillentos entre los labios excitan la ternura de Sonia. No le importa que su respiración exhale un olor a sarro petrificado, a su marido también le canta el aliento de no cepillarse.

—Habrá que asearlo un poco cuando despierte.

Agustín la mira como quien teme una respuesta. En el nombre de su madre arañado por la escalada aún se nota palpitar el corazón.

Mientras Pablo rebuzna para sus adentros y el Maño se encierra en la habitación a pelar puros con su navaja y a llenar de un humo denso los desconchones de la pared, Sonia y Agustín abren unas latas de conservas y arrancan el contenido con un tenedor. No median palabras entre sí. Luego se acuestan en el dormitorio principal, el único lugar que a pesar de la oscuridad del edificio aún les enciende las mejillas.

V

A lo largo de la semana han sido incapaces de adivinar su nombre. Por lo menos consiguieron asearlo y mudarlo de ropa, enseñarlo a manejar los cubiertos, a limpiarse los restos de comida de las comisuras, a usar el lavabo, todas las costumbres olvidadas por no saben cuántos años de arresto. No se atreven a preguntar quién lo encerró allí, porque el niño no habla. Aunque Agustín se plantea la posibilidad de recurrir a los servicios sociales, el esmero de Sonia en sus cuidados impide cualquier alternativa: le presta el cariño, la atención y la gentileza que le devuelven un instinto, y vigila cada uno de sus movimientos bajo el toldo de lona en busca de una explicación.

El caso es que entre viaje y viaje han notado algunos cambios. No sólo en el humor del Maño, ni en la testarudez de Pablo, sino en el propio negocio. El niño parece otro, sus esmeraldas pulidas observan ahora el trajín de clientes que se detienen frente al mostrador. Una señora suelta dos billetes por el sonajero con la esperanza de ver crecer sano a su nieto. Sonia disimula el resquemor hacia su marido cuando la vieja le habla de esa sonrisa de encías, de sus mantitas babosas y sus primeros balbuceos.

La presencia del niño es un reclamo. Sin ningún género de dudas, podría afirmarse que su cortinilla entre los dientes, su flequillo hasta las cejas y la mirada silenciosa han hecho que se vendan de un tirón las chapas de cervezas del mundo que otorgan suerte a los ajedrecistas y un juego de pinceles que aumentan la precisión del trazo. A pesar del calor, en menos de una hora se embolsan el doble de beneficios que cualquier otra mañana. Día tras día crecen los ingresos gracias al niño, que, aún callado, parece un tótem colocado con el fin de salvaguardar las cuentas.

Hasta que el sábado al mediodía sus ojos se encogen de mirar el sol. De pronto las esmeraldas producen destellos de inocencia al contemplar el aleteo de tornillo de aquella silueta en sombra, cuando su amenaza se cierne en picado sobre el toldo.

VI

Unos gritos sacuden la clientela mientras el ave clava su pico sobre la lona y la abre en canal de una pasada, batiendo las alas tan cerca de las cabezas que el público se dispersa rápido a buscar cobijo. Unos cuantos cacharros arrastrados por el aire se hacen trizas al estrellarse contra el suelo y derraman pedacitos de cristal en todas direcciones. Hay un segundo de incertidumbre en el que a Agustín se le nubla la cara como quien presiente un desastre.

A pesar de su aturdimiento por los graznidos de la bestia, Sonia se empecina en ahuyentarla agitando los brazos. Al ver que no sirve de nada, prueba a alcanzarla con la libreta de inventario, pero el ave se defiende como una boxeadora a corta distancia. Un arañazo le cruza la mejilla. De su piel empiezan a manar gotitas de sangre que le salpican el cuello de la camisa.

El ave sostiene su vuelo durante unos segundos antes de posarse frente al niño. Entorna la cabeza al mirarlo y grazna de nuevo. Esta vez suena más cálido. A Sonia apenas le queda tiempo de advertir cómo el chico gira el cuello en un saludo idéntico.

—Mamá cigüeña —murmura.

Son las primeras palabras que salen de su voz.

El ave rompe a volar y se aleja plaza arriba, tachando el sol en cruz.

Al cabo de unos minutos, ya fuera de peligro, mientras Agustín empapa en la herida una camiseta blanca que se enrojece al contacto, Sonia siente que un escalofrío le recorre la espalda. El niño no ha parado de sonreír.

VII

Varios días más tarde, el niño sigue sin hablar. Come con ansias, duerme durante horas como si el cuerpo aún le pesara, y ha tomado por costumbre usar los restos del toldo para inventarse un personaje. Interpreta a un pájaro con alas hasta los pies o a un ángel quieto si divisa una presa en la montaña. Pablo rebuzna cuando pasa por su lado y Agustín no para de engañarse a sí mismo fingiendo indiferencia. Cualquiera que lo espíe descubrirá un charco en sus ojos por leer el nombre de su antebrazo.

Una noche, al calor de la cena, Sonia se atreve a tentar la suerte.

—¿Quién es mamá cigüeña?

Silencio.

—¿Por qué la llamas así?

Silencio.

—¿Te ha cuidado ella todo este tiempo?

El niño la mira. Asiente un poco.

—¿Por qué estabas en esa habitación? —se atreve a preguntar por fin.

Los labios del chico se juntan, parece a punto de pronunciar un nombre o un hecho. Pero deja la respuesta en el aire. Agustín, el Maño y Pablo intercambian un ademán de desistimiento. La obstinación de Sonia le impide rendirse.

—¿Quién te llevó hasta allí? —aventura.

En el campo cantan unos grillos que sobresaltan al niño.

—No temas, no te harán daño —susurra Sonia a su lado. Le pasa la mano por encima y lo acuna contra su pecho. Percibe su aliento ácido en la camisa, cierra los ojos y le acaricia el pelo que ahora huele a suavizante. Entonces lo siente vibrar.

—La sombra.

Sonia abre los ojos. Se cruza con los de Agustín. Sólo ellos han visto la puerta sellada dentro de aquella sala.

—La sombra volverá. Volverá pronto.

VIII

—¡Oh, vamos! —suelta Pablo en un arranque de ira—. ¡Está chiflado! Deberíamos abandonarlo en una cuneta o devolverlo al agujero.

Ante la negativa de Sonia, busca en un vistazo la complicidad del Maño.

—¡Nunca debió salir de allí, hostias!

Antonio se levanta y lo agarra del cuello.

—¿Cuándo he dicho yo que robáramos un niño? Dije fetiches olvidados, hostia. Mi plan funcionaba hasta que estos dos se metieron en el puto hormiguero. Y ahora mira —los señala con el dedo—, se creen hermanitas de la caridad y están de mierda hasta las cejas.

—Habló el mudo —responde Agustín. En su sarcasmo late un poso de duelo.

Los ojos del Maño se llenan de venas rojas.

—Al menos yo no arrastro ningún trauma —se defiende.

—No —interviene Sonia—, tan sólo eres un exconvicto. Y tú —se dirige a Pablo antes de que el Maño tenga tiempo de reaccionar— eras un adolescente sin futuro que sigues vivo gracias a nosotros. Joder, tendríais que estar agradecidos. Los dos.

Se hace un silencio que se prolonga mientras ambos intercambian muecas de derrota. Después de todo, Sonia tiene buenas razones para mantenerlos unidos a pesar de las diferencias.

En su cabeza ha diseñado una estrategia para volver a la habitación. Si acaso la sombra es algo, habrá que buscarla. Dadas las circunstancias, es una orden, no una sugerencia. Así que impone su criterio ante el asombro de los demás: ha estudiado al niño cuando juega y cómo se orienta en la oscuridad, ha observado su aleteo con la lona azul en la azotea. Un recuerdo estremecido le frunce el ceño: mamá cigüeña, la vocecilla, la calma del niño frente a la bestia amenazante. Tal vez en su prisión encuentren un indicio.

Ese sábado Sonia dedica toda su atención a las reacciones del público. La mayoría expresa lástima al ver al niño, sobre todo porque calla cuando muchas personas le preguntan su nombre.

—Es muy tímido —responde Sonia por él—, se llama Ángel y tiene siete años.

Por falsa que sea la información, espera obtener mediante este recurso algún dato que le permita descubrir. Pero apenas le dan señas de compasión.

Al anochecer, la comitiva organiza sus puestos. Han acordado que esta vez Antonio mantendrá arrancada la furgoneta y que Pablo, en lugar de vigilar, prestará ayuda en la escalada. La voz de alarma será hoy un acelerón en punto muerto, no importa el ruido si tratan de hacer el bien. Necesitan cuatro manos para

subir a la ventana sin peligro y un protector para el pequeño.

Mientras Pablo prepara el impulso con las manos entrelazadas, Sonia alumbra en busca de la abertura. El círculo de luz recorre la pared hasta una distancia que no recuerda. Agustín salta y se agarra a dos salientes. Supone que la otra vez debió de apoyarse en uno de ellos, así que la ventana estará un poco más arriba. Le cuesta mucho esfuerzo escalar hasta que coloca un pie en el hueco de una piedra y se lanza un palmo más, seguido por la estela de Sonia que lo apunta desde abajo. Pero al examinar la pared no encuentra el agujero. El lugar donde había una ventana lo ocupa ahora la sombra de su cabeza proyectada en negro.

—¡Aquí no hay nada!

—¿Estás tonto? Busca bien —lo interpela Sonia. Masculla unas palabras sobre el inútil de su marido. Parece convencida de que debía haber subido ella.

Agustín se suelta y cae al suelo, quejándose de las muñecas al amortiguar.

—Ve tú, lista.

Empujada por las cuatro manos, Sonia escala con facilidad de salamandra hasta una altura considerable. Ahí descubre que, en efecto, no hay ventana. No hay sala ni consolas de caoba. Pero había un niño. Allí

dentro había un niño de ojos esmeralda como una baratija en un cajón.

IX

Tres siluetas regresan cabizbajas por el espejo de retrovisor. A mitad de camino se detienen porque ven a Antonio el Maño correr hacia ellos.

—¿Dónde está el niño? —pregunta impaciente.

—¿El niño? —dice Sonia—. Estaba contigo.

—No. Salió a buscaros en cuanto os marchasteis.

Sonia aprieta los dientes y afila la mirada. ¿Un niño que apenas habla te ha dicho que iba a buscarnos?

—¿Y lo has dejado ir? ¡Inconsciente!

—No paraba de hablar de la sombra. Viene la sombra, decía. Los vigila. Y no pude retenerlo, estaba muy nervioso.

Antonio el Maño esquiva una bofetada.

—¡Alto ahí! —grita.

—¡Eres un irresponsable! —lo reprende Sonia—. ¡Dónde se ha metido el niño!

—Joder, te he dicho que salió a buscaros. ¿Qué más quieres que te diga?

—Está trastornado, cómo quieres que ande solo.

A Sonia le cuesta respirar. Se pellizca el estómago.

—¡Maldita sea, aparta de mí ese hedor a reo! —le grita.

Antonio agacha la cabeza, tira el puro bajo sus botas y lo apaga con un pisotón furioso.

—Está bien —interrumpe Agustín, intentando suavizar el ambiente. Ha extendido ambas manos para evitar una pelea—. De acuerdo, calmaos ya. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—No más de cinco minutos —explica el Maño.

—Entonces no debe andar muy lejos. Nos dividiremos para dar un rodeo. Apaga tú el motor.

El Maño se asoma a la furgoneta y retira el contacto. De pronto hay un silencio de luna. Aguzando el oído por si advirtieran pasos, el grupo se bifurca en cuatro puntos cardinales. Mientras Agustín recorre los callejones, Pablo finge vigilar en los aledaños de la catedral.

Sonia se ha dirigido hacia el arco de la Plaza Mayor, seguida del Maño. Al cruzar por la calle Alfonso VIII oye un graznido y siente que se le tensan los músculos de la espalda. Antonio mira a un lado y a otro, parpadeando para ganar nitidez. Por un instante, a través de la raya negra de cielo que dejan visible dos hileras de edificios, descubre al ave trazando círculos en el aire.

—¡Allí! —señala.

Alguna clase de intuición empuja a Sonia a seguir su estela. A la reverberación de su carrera en las paredes

calladas a medianoche se le suman los jadeos de Antonio en su lucha por no quedarse atrás. Al final divisan la torre del reloj. Vuelta a vuelta, el ave se comporta como si cercara el lugar exacto del mapa, como una brújula blanquinegra que grita con el llanto de un bebé.

Al entrar en la plaza de Mangana, los pies de Sonia se frenan en seco. Antonio da un traspié a punto de tropezar con ella. La cigüeña, o lo que identifican como tal, se ha posado en la escalera bajo la torre. Recoge su plumaje y yergue triunfal la cabeza. Su pico parece dibujar alguna clase de sonrisa. Conforme se acerca, Sonia nota un escozor en la mejilla que le recuerda el ataque sin cicatrizar aún. Aguanta la respiración. El ave se echa a un lado y gira el pico hacia la puerta.

Cuando Sonia intenta abrirla, la madera se resiste. Empuja con todas sus fuerzas y hasta suelta una patada, pero no lo consigue.

—Déjame a mí.

El Maño se agacha frente a la entrada, como si pidiera permiso. Dispuesto a rescatar la valía de su apodo, se saca del bolsillo trasero del pantalón su cajita de herramientas. Dos destornilladores del tamaño de un dedo, una sierra diminuta y una lima que parece de esteticista. Descarta todos los utensilios y extrae de otro

bolsillo la navaja multiusos. Al abrirse con un chasquido, la hoja reproduce un destello de luna. Antonio se detiene unos segundos a estudiar la puerta atrancada. Mientras espera, sin quitarle ojo a la cigüeña, Sonia rompe un silencio.

—¿Por qué te encerraron?

Antonio la mira de reojo. Mientras acaricia el mango, se le ensombrece el semblante.

—¿Y tú por qué me cuidas?

Sin que ninguno de los dos acierte a responder, Antonio hunde la navaja como quien punza una víscera y hace palanca en el borde de la puerta. La madera al agrietarse suena a corcho de botella y, cuando por fin cede al impulso de su brazo, emite un quejido similar a una interrogación.

Sonia da un paso hacia dentro. En el pequeño habitáculo, la torre guarda oscuridad. Y dentro de la oscuridad, el cuerpo de un niño encogido en el suelo. Tiene unos ojos verdes resecos que no miran. No hay sombra en su boquita azulada. La sombra es una astilla que se clava bajo el vientre, donde duele el dolor de los niños perdidos.

X

Ni los curiosos, ni los sabihondos, ni siquiera los lugareños han logrado identificar al niño. Según el

examen forense, lleva muerto varios días. Tampoco los ornitólogos han sido capaces de analizar del todo el vuelo del ave, que aún proyecta su sombra bailarina por la plaza a mediodía. La voz popular le ha asignado el apodo de La Cigüeña y una cierta habilidad para predecir los desastres.

Aunque no es tiempo de migración, la cigüeña rompe a volar colina arriba, bordeando la catedral, donde hoy se oyen martillazos. Algunos arqueólogos que han traspasado el umbral de una puerta sobre la Capilla de los Caballeros sostienen que en la estancia había tejidos medievales y techos artesonados de madera noble. Nadie ha sabido explicar por qué una consola de caoba carcomida y anacrónica guardaba dos esmeraldas en el fondo de un cajón.

Se teme el saqueo de ciertos delincuentes que pretenden robar las pertenencias de este antiguo palacio para venderlas en el mercado ambulante. Sobre la identidad de estos ladrones, aún planea la sombra de la duda.

José Bonilla Cabrera

Los ojos, la raíz, el abismo

LOS OJOS, LA RAÍZ, EL ABISMO

José Bonilla Cabrera

Al descender la noche, las luces del pueblo relucen sin brillo como las esquirlas de un cristal roto, se desperdigan por las oquedades de las piedras y se ahogan en el musgo. La luna oculta su rostro porque la tierra ha cegado los ojos de un niño muerto.

Mi nombre es Ojrim, Ojrim Lémish. Llevo tanto tiempo llamándome Ojrim Lémish que debería olvidar que una vez me llamé Raman Yessaiev, y que ese nombre fue el origen de mi existencia. Ahora soy terapeuta, experto (ungido por la necesidad y la experiencia) en medicina integrativa. Mi consulta ocupa la planta baja de un pequeño chalet velado por la maleza en los arrabales del pueblo. Mis pacientes desconocen mi reputación, pero confían en mis conocimientos porque una vez le curé a un joven soldado sus males de la guerra y eso me confirió una notable popularidad entre los habitantes del pueblo; una popularidad que yo no reclamaba, ni mucho menos deseaba. No ayudó que mi nombre llegara a oídos del alcalde, y que este se presentara en mi consulta para rogarme que le librara del fatídico hábito de fumar. Tampoco ayudó que yo lo

hiciera. Que le extirpara cincuenta años de adicción con tanta eficacia que él, en un acto de exagerada vehemencia, me calificó de milagroso, me pagó el doble de lo que le pedí y se marchó alardeando de haber olvidado cómo se sujetaba un cigarrillo.

Desde entonces, me he visto obligado a mitigar esa popularidad inoportuna, llegando a considerar la idea de cerrar la consulta o, a lo sumo, atender los casos más ineludibles, pero intuí que cerrar la puerta de golpe y abrirla a elección podría provocar el efecto contrario. El comportamiento errante de una persona la hace más atrayente a ojos ajenos, irremediablemente. Y en los pueblos pequeños esa percepción se agrava como en ningún otro sitio. Con ese temor he procurado no exponerme más de lo necesario, rehuyendo de las invitaciones y de los obsequios aduladores con la mayor cautela que me ha sido posible. La vida de Ojrim Lémish depende de ello.

Ha quedado de manifiesto que mi sustento, el sustento de Ojrim Lémish, no depende sólo de la medicina integrativa. El amplio brazo de la organización me provee de mis escasas necesidades. Los enlaces son óptimos, discretos, y mi absoluta dependencia de ellos me incita a pensar que también son de confianza. Subo al pueblo los días de menor concurrencia, y a horas imprecisas, para hacer el acto de presencia

recomendado por la organización y realizar algunas compras fútiles que aparenten una vida normal. La lejanía del pueblo de las zonas conflictivas durante la guerra le ha permitido mantener esa vigilia de aplomo, establecida bajo la soledumbre de las montañas y los bosques fronterizos. Es el lugar idóneo para el temperamento retraído de Ojrim Lémish.

En los paseos puntuales y en las incursiones al pueblo era importante delimitar el radio de acción. Sus márgenes debían acotarse en la tierra como los anillos de un tronco cortado. Cada anillo que se abría al exterior era un paso inestable hacia lo desconocido, y eso había que tenerlo presente y respetar los riesgos. Así, cuando supe ubicar en los caminos y en las cañadas los límites del anillo más lejano, del rostro de RamanYessaiev ya no quedaba más que alguna arruga dispersa. El rostro de Ojrim Lémish lo había ocultado hábilmente debajo de una maraña de pelo cano, barba poblada y gafas de monturas gruesas. También el temple de voz de Ojrim Lémish había sustituido al resuello artificioso y soberbio de Raman Yessaiev; incluso el siseo de serpiente con el que cautivaba a los emisarios internacionales había desaparecido. Ya no parecía necesario simular una cojera artrósica que se venía contemplando desde hacía tiempo.

La zozobra de la vida de Ojrim Lémish empezó a fraguarse la tarde en la que vino a verme una mujer del pueblo con su hijo en brazos. El niño tenía nueve años y casi arrastraba los pies por encima de los tobillos de su madre, que se encorvaba hacia delante vencida por el peso. En la mano que sostenía las nalgas del niño, la mujer apretaba las cuentas de un rosario de ébano cuya cruz pendía entre los dedos con el escorzo de un animal ahorcado. El niño tenía los ojos cerrados y la frente blanca y húmeda como el pan ensopado.

—Dígame, ¿qué le pasa? —pregunté.

Agotada por el cansancio y los nervios, la mujer había aceptado la taza de té que yo le había ofrecido. Sentada en el diván, en una posición deliberadamente incómoda, reposó el peso del niño en sus rodillas. Tardó un buen rato en llevarse la taza a los labios.

—Que tiene un monstruo dentro —dijo.

A Ojrim Lémish la palabra «monstruo» le suscitó el recuerdo de una vida remota. Así era como en todas partes llamaban a Raman Yessaiev los días previos a su desaparición. No obstante, me convencí, con más inquietud que certeza, que el monstruo al que la mujer aludía nada tenía que ver con esas reliquias oscuras que desenterramos de nuestro pasado.

—Tranquilícese —dije, aparentando la frialdad característica de Ojrim Lémish—. ¿A qué monstruo se refiere?

—Al que le ha cambiado los ojos.

Narró el drama de su hijo con un nudo de amargura difícil de tragar.

Contó que el niño no había cumplido los siete años cuando fue testigo de la muerte de su padre. Lo vio electrocutarse en la fachada de su casa, mientras intentaba enmendar una ristra de cables que la tormenta de la noche anterior había enredado. En su raciocinio infantil, creyó que su padre saldría indemne del fuego con aquellos trucos prodigiosos que usaba para arreglarlo todo, y no fue hasta que sólo quedó el cadáver humeante cubierto de costras negras que el niño no sufrió las fatales consecuencias de su inocencia: los muros de su pequeño cerebro se replegaron. Dejó de hablar, dejó de comer. De pronto, dejó de caminar. Un día cerró los ojos y se recluyó en la oscuridad interior.

La madre acudió con su hijo en brazos a todos los médicos de la comarca, y todos ellos (que de un modo u otro habían visto sus servicios afectados por la guerra) vislumbraron en los traumas que los jóvenes traían del frente el diagnóstico preciso para el letargo del niño. Parecía razonable, dolorosamente legítimo: una impresión tan grave, a una edad tan temprana, tenía

efectos impredecibles. Lo único que podía hacerse era confiar y esperar.

La mujer no tuvo más remedio que doblegarse a la pena y al andar impenitente del tiempo, dos injurias que limaban la salud de su cabeza y de sus huesos como un líquido corrosivo. Flaqueó a cada paso, pero se mantuvo erguida. Incluso la mañana caliza en la que le abrió los párpados a su hijo para limpiarle el lagrimeo y descubrió que sus ojos habían cambiado de color.

—¿Qué clase de monstruo le cambia los ojos a un niño? —se lamentó, besando la cruz del rosario.

Intenté tranquilizarla de nuevo y le pedí que me dejara ver los ojos de su hijo. Ella me devolvió la taza de té casi intacta, acomodó la cabeza del niño en su antebrazo y le apartó de la frente un mechón de pelos sudados. Luego, con el cuidado extremo de un cirujano, le abrió uno de los párpados. El ojo apareció en blanco, vuelto hacia las tinieblas, y temblaba. Era un temblor con bruscos espasmos, como si buscara el momento preciso para saltar. Entonces (tal vez al sentirse observado), dio un rápido giro y fijó su pupila, intensa y brillante, sobre mí. Sentí un estremecimiento implacable.

Ojrim Lémish reconoció, de un pasado en ruinas, aquella mirada amarilla y febril.

No hay caminos que lleven a Los Barrancos.

A Los Barrancos se llega por un rodadero de guijarros menudos que a fuerza de pisarlos se asientan como la greda de los pantanos secos.

Los Barrancos no son barrancos como tal, sino grandes agujeros de paredes verticales tallados por la lluvia en un peñasco verrugoso y solitario. Son bocas abiertas en la piedra, fosas comunes para los animales salvajes y las alimañas.

De noche, a la luz de la luna, Los Barrancos parecen no tener fondo.

El primer camión llegó de madrugada y se detuvo en el socaire de los últimos avellanos, a orillas del rodadero. El estruendo del motor precipitó el revoloteo de los mirlos que dormitaban al amparo de las ramas más frondosas. Primero bajaron los soldados, todos vestidos de militar (aunque no había dos uniformes iguales), y después bajaron los apresados, una veintena de hombres del pueblo de todas las edades, maniatados a la espalda, que subieron por el rodadero con paso resignado y sin ofrecer resistencia. Sabían a dónde iban, y a lo que iban, y marchaban hacia allí acuciados por el desamparo y la derrota.

Cuando el estrépito de los disparos se enfrió en el silencio de la noche, llegó el segundo camión, escoltado por el Jeep del comandante. En esta ocasión, no sólo había hombres entre los apresados: cuatro niños se tambaleaban agarrados a las piernas de sus padres en su avance hacia Los Barrancos. En ellos no había rastro de la dignidad postrera que exhibían los hombres.

Sollozaban, se lamentaban, tiritaban de miedo. Sólo el mayor de ellos, de unos nueve años, guardaba silencio. Era un niño harapiento de rostro lívido que miraba a todos lados como si quisiera preservar en su naciente memoria cada detalle de aquella noche. No se agarraba a su padre con la desesperación de los otros niños, se sujetaba a las cuerdas que ataban sus manos en lo que parecía un intento premeditado de compartir sus ligaduras. Ya en lo alto del rodadero, los apresados fueron recibidos por una pareja de soldados con linternas y por el comandante, que se había adelantado para afrontarlos con la mirada uno a uno. Sin detener el paso se adentraron en Los Barrancos, en la piedra húmeda, en el musgo envilecido por el tizne de la pólvora y la sangre reciente. Allí los esperaban más soldados con las armas a punto. No hubo cultos ni rituales militares. Los apresados fueron colocados de espaldas a los soldados, frente a uno de los agujeros, alineados tan cerca del borde que si no caían a la fosa por la potencia de las descargas se les pudiera empujar con las puntas de las botas. No se oía más que el sollozo de los niños. El mayor de ellos se pegó al costado de su padre y tomó aire, como si fuera a zambullirse. Cuando el soldado al mando ordenó disparar, el padre, en el impulso instintivo de proteger a su hijo, dio un paso al lado para cubrirle el cuerpo y se llevó todas las balas; le quedó el hálito justo de torcer el salto y no arrastrar a su hijo en la caída. El niño se quedó solo al borde del agujero, con la respiración cortada, mirando al abismo en el que había desaparecido su padre. Luego, lentamente, levantó la vista de las profundidades. Se giró hacia los

ejecutores y los destellos de las linternas le llenaron los ojos de luz. Los soldados, paralizados ante aquella insospechada imagen, no tuvieron el valor de disparar. La mayoría eran mercenarios con el pellejo curtido en el oficio de matar a sangre fría, pero ninguno tuvo la fuerza suficiente para apretar el gatillo. El soldado al mando miró entonces al comandante con la voz indefensa, y el comandante gritó varias veces la orden de abrir fuego. Al no haber reacción en sus hombres, se embraveció. Se sacó la pistola del cinto y descargó cinco tiros sobre el cuerpo del niño; los tres últimos fueron tiros de gracia porque la luz de aquellos ojos se negaba a desaparecer.

Aquel que lucha con monstruos sabe que no existen los milagros.

Todos mis conocimientos, todos los remedios a los que recurrí, resultaron inútiles. El niño padeció una larga agonía que no se quebró un solo instante ni a la piedad ni a la razón. Murió sin hacer ruido, con la indolencia inerte de las plantas marchitas.

La madre, liberada de la subsistencia humanitaria que la había retenido, se tiró a un pozo con el rosario enroscado en la mano. Cuando, dos días después, sacaron del pozo su cuerpo desmadejado, la cruz del rosario se había desprendido, pero ella aún tenía pulso. Quien le hubiese concedido el don de la agonía no quiso ahorrarle el más mínimo sufrimiento.

La vida de Ojrim Lémish se tornó imposible.

Aquella distinguida popularidad de la que quise alejarme se vio ensombrecida por el clamor de mi incapacidad para ayudar al niño. No hay nada que se propague más rápido y con más virulencia que la noticia de un fracaso, sobre todo si a quien fracasa se le ha impuesto la condición de infalible. Por el pueblo empezaron a circular sospechas de engaño y malas prácticas. Y la organización me avisó de la presencia de caras nuevas en el entorno. Todos los anillos de limitación se habían reducido de repente. El lugar ya no era seguro.

Me buscaron un nuevo refugio más al norte, lejos de los bosques, en una región de marismas y pequeñas aldeas. Era un destino provisional, un movimiento de tránsito mientras se organizaba una ruta de escape segura, al ser posible, para salir del país. Las instrucciones que recibí fueron cortas y precisas: abandonar la consulta y el chalet con lo que pudiera cargar en una mochila, subirme al primer autobús de la mañana y apearme en la primera pedanía. Allí un coche me estaría aguardando.

Llegado el momento, me pasé la noche en vela. Los ojos del niño me habían reavivado un insomnio que permanecía latente en las entrañas de Ojrim Lémish desde los primeros tiempos de su vida. Era el mismo

insomnio expectante y lúcido, como la costumbre infatigable de esperar el día decisivo.

Salí temprano, con la mochila al hombro, casi vacía. Cerré todas las puertas con llave. El amanecer ya iba emergiendo de la tierra pero su luz era todavía un rescoldo ensangrentado. De camino al pueblo arrojé las llaves y algunas pertenencias de Ojrim Lémish a una poza de agua turbia, y más tarde vi su rostro reflejado en los cristales del pueblo, nublado por el crepúsculo, desfigurado por un recelo creciente. Un raro desequilibrio recorría las calles, como una espesura de aire poblada de espectros.

En la parada del autobús había tres personas a las que reconocí de vista. Decidí esperar al resguardo de una esquina para evitar conversaciones triviales que pudieran comprometerme. El autobús llegó puntual. Demoré mis pasos al acercarme y subí cuando se estaban cerrando las puertas. Me disculpé con el conductor y pagué el billete con el dinero exacto. Después me dirigí a los asientos del fondo saludando a los tres pasajeros sin levantar la mirada.

El autobús emprendió la marcha. Salió del pueblo.

Apenas me hube acomodado en mi asiento, los vi. El sol ya había encendido la mañana y todo era diáfano. Un grupo de policías fuertemente armados detuvo el autobús en mitad de la carretera. Dos de ellos subieron

y le dieron algunas explicaciones al conductor. Luego, uno de los policías se quedó junto a la puerta, apuntando con su fusil. El otro avanzó hacia mí, mostrándome las manos desarmadas.

—Raman Yessaiev —dijo, cautelosamente.

Ojrim Lémish negó con la cabeza. No quiso responder con la voz de otro.

El policía se acercó más, escrutando las zonas visibles de mi rostro.

—Comandante Yessaiev —insistió—. Por favor, baje del autobús.

Fernando Calderón Díez

Coartada feroz

COARTADA FEROZ

Fernando Calderón Díez

El lobo se revuelve en la silla, incómodo. Es la primera vez en su vida que se encuentra allí, en el cuartelillo de la guardia civil, y su expresión corporal delata que no está disfrutando con esta experiencia.

—Lo primero de todo, me gustaría que señale en el documento que he venido por iniciativa propia, sheriff.

—Claro, no te preocupes, aquí cuidamos mucho los detalles —el hombre sentado al otro lado de la mesa hace una pequeña pausa antes de aclarar—. Por cierto, que no soy el sheriff, estamos en la benemérita, no en el salvaje oeste. Cabo Luis Fuentes, o mejor llámame Luis.

El lobo agacha la mirada a modo de disculpa. También intenta encoger los hombros, pero los resultados son bastante pobres, claro: es un lobo.

—Te agradezco la confianza, Luis. Supongo que entiendes que para mí, esto no es fácil. Desde pequeño he tenido problemas con la autoridad, y además tenía la sensación de que el sentimiento era mutuo.

—¡Para nada, hombre! La política que rige en el cuerpo, desde hace muchos, muchos años, es favorable a la integración, independientemente de las circunstancias de cada uno. Para nosotros eres un ciudadano más, exactamente igual que los demás.

—Bueno, me facilitas mucho las cosas. Lo que te vengo a contar puede resultar difícil de creer, sobre todo, teniendo en cuenta las condiciones en las que me presento.

El ojo entrenado del cabo Luis Fuentes escruta minuciosamente la anatomía del lobo. La verdad es que da un poco de grima, con medio cuerpo cubierto de sangre casi coagulada y glóbulos de grasa enredados entre la recia pelambrera.

—Supongo que tienes una buena explicación para esto.

—¡Ya te digo! Lo mejor será que empiece la historia por el principio.

—Adelante, adelante —invita el cabo.

El lobo se rasca la cabeza, como buscando inspiración, y saca entre sus mugrientas uñas una pelotilla informe de aspecto sospechoso, compuesta de pelo en su mayor parte. Antes de que ninguno de los guardias presentes pueda hacer algo por evitarlo, la hace desaparecer por su gaznate.

—¡No! —el cabo no puede evitar un gesto de fastidio—. Podía haber sido una prueba.

—¡Lo siento! Es que estoy muy nervioso, y con los nervios me echo a la boca todo lo que pillo.

—No pasa nada —dice, en tono apaciguador—. Mejor empieza a contarnos.

El lobo toma aliento y cierra los ojos, para ayudarse en la evocación. Comienza el relato de forma monótona.

—Verás, Luis, esta mañana estaba haciendo una ronda rutinaria por mi territorio. Si utilizamos el cuartelillo como referencia, estaría a unos tres kilómetros hacia el sudeste, siguiendo el trazado del río en la dirección de la corriente, a un centenar de pasos de la orilla —se interrumpe, y luego continúa hablando de modo más informal—. No me gusta acercarme más al río de madrugada, porque el terreno está muy húmedo y sufro algo de artritis en los tobillos, así que, si me mojo y luego tardo en regresar a la guarida, pues me entran unos dolores que ando cojeando una semana.

—No sabes cómo te entiendo —le secunda Luis—, yo tuve un esguince en el tobillo derecho que no se me ha curado bien, y cuando cambia el tiempo me duele, y hasta se me hincha.

—Si se hincha, lo mejor es poner hielo —interviene uno de los guardias—, y luego tomar algún antiinflamatorio.

—Mi abuela, que en paz descanse, me ponía compresas de aceite de ricino caliente, y me aliviaban mucho —dice Luis.

—Personalmente, prefiero los remedios naturales, soy bastante tradicional, como tu abuela —sentencia el lobo—. Lo que mejor me va es el árnica.

—He leído que el harpagófito va mucho mejor —dice el guardia del hielo.

—No te digo que no, pero esa planta no la conozco —responde el lobo.

—Claro, creo que se da en climas desérticos, más bien —explica el guardia.

—Esto es muy interesante chicos —interviene el cabo para cambiar el tercio—, pero conviene que nos centremos.

—Cierto, ¿por dónde iba? ¡Ah, ya recuerdo! Pues eso, que andaba cerca del río cuando me llego un delicioso olor a venado muerto de cuatro días y siete horas, hora arriba o abajo. Me interné en el bosque siguiendo el rastro y encontré al pobre bicho espatarrado entre dos árboles, cerca del claro que hay al sur del coto, ¿sabéis dónde digo? Bastante cerca de casa de la abuelita, por cierto.

Todos los guardias civiles asienten al unísono. El claro es un sitio muy popular en la zona, sobre todo cuando llega la primavera y la sangre comienza a calentarse dentro de las venas.

—Bueno, pues allí me encontré al venado. Tenía un disparo en el cuello, cerca de la paletilla. Se ve que no murió en el momento y escapó de los cazadores, pero la hemorragia pudo con él.

—Descanse en paz —murmura el cabo.

—Amén. El caso es que era una hora más que apropiada para el desayuno, y la carne estaba empezando a echarse a perder. Además, tengo que confesar que tengo una debilidad por los entresijos…

—¡Bueno! Es que una asadurilla bien puesta me la zampaba yo ahora —interrumpe de nuevo el guardia del hielo—, como la que hace la Paqui, en el bar del pueblo.

—La Paqui tiene buena mano, no como el cocinero de la cantina —el guardia más joven se une a la conversación desde su puesto, sentado ante el ordenador.

—¡Chicos, chicos! —llama de nuevo al orden el cabo—. Estamos desvariando, así no acabaremos nunca.

Todo el mundo se queda en silencio, esperando que el lobo reconduzca su relato.

—Bueno, resumiendo, que me puse perdido, vamos, no hay más que verme. Por supuesto, pueden coger todas las muestras que necesiten para comprobar mi relato.

—Eso lo hará el forense más tarde.

—Y también estoy dispuesto a acompañarles hasta donde quedaron los restos del venado, para que comprueben fehacientemente que esa muerte no se me puede atribuir.

—Bueno, todo a su tiempo. Continúa con la declaración, por favor.

—Vale. Bueno, después del desayuno me entró sueño, así que decidí echar una siestecita en un hueco que hay entre las raíces de un sauce. Lo descubrí hace años, entonces excavé un poco más, y cada otoño hago una cama de hojas húmedas. En unos días empiezan a descomponerse y el sitio se caldea, ¡da un gustito!… y el olor a podrido disimula mi olor natural, así que puedo usar el escondrijo para acechar piezas. De hecho, tiene unas vistas estupendas del claro.

—¡Muy astuto! Así caza cualquiera.

—No te creas, Luis. La cosa está dura, es raro el día que puedo llevarme un conejo a la boca. Así que claro, no me pude controlar con el venado y me puse ciego. Pensaba echar una cabezada y me dormí como ocho horas —se interrumpe, pensativo—. Sí, serían

alrededor de las cuatro de la tarde cuando me desperté. Estaba atontado, y todavía me pesaba la panza, pero el olfato me avisó de que había moros en la costa. Me acurruqué bien en el refugió y miré por un hueco. Y entonces los vi, estaban allí mismo, en la linde del claro.

—Di quiénes eran, por favor, para que conste en la declaración —pide el cabo.

—Claro, perdona. Eran Caperucita Roja y ese leñador jovencito, el rubio musculoso —el lobo vuelve a bajar su tono de voz, como una vecina chismosa—. Entre nosotros, a mí nunca me ha dado buena espina, no me gusta para ella. Siempre me ha parecido un macarra barato.

—Confidencialmente —susurra Luis a su vez, inclinándose sobre la mesa—, te diré algo que no puede salir de estas cuatro paredes: a mí tampoco me gustaba y pedí sus antecedentes a la central. No voy a entrar en detalles, pero no es trigo limpio.

—¿Qué te acabo de decir? Si es que tengo un olfato…

—Bueno, que nos distraemos —mira al guardia joven, que está transcribiendo la declaración en el ordenador—. ¿No habrás puesto nada de esto, eh? Venga, lobo, continúa.

—Pues eso, que estaban allí los dos; para resguardarse de la solana se habían puesto a la sombra

del gran roble, y sacaron un mantelito de la cesta y se zamparon una merendola de campeonato. ¡No dejaron ni una miga!

—¡Vaya par de jetas! —le corta el guardia del hielo—. Seguro que era la merienda de la abuelita.

—¡Y eso no es todo! —sigue el lobo—. Apenas terminaron de merendar, allí mismo, encima del mantelito de cuadros, se quitaron la ropa y empezaron a copular como dos posesos. ¿Te das cuenta? ¡Y en pleno otoño! Hace falta tener poca vergüenza, hombre, ¡que todavía juegan por ahí cachorros inocentes! ¿No podían esperar a la primavera?

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Pudiste verlo bien?

—Lo vi estupendamente, yo y cualquiera que pasara por allí —la voz se convirtió en un susurro más apropiado para la confidencia—. Mira que ella, al principio, se hacía un poco la estrecha, pero al final hicieron de todo: el perrito, la carretilla, hasta le comió…

—Mejor no entres tanto en los detalles. Esto último lo borras, Julián, por favor.

El guardia joven hace una señal de conformidad sin levantar la vista de la pantalla del ordenador. La atención vuelve a recaer sobre el lobo, que parece que se ha tranquilizado un poco.

—Lo más fuerte viene ahora. Después de quedarse a gusto, se acurrucaron juntos sobre el mantel y empezaron a hacer planes de futuro, ya sabes, una pareja joven y enamorada… Hablaban de salir de marcha el sábado, de irse a vivir juntos, de casarse; él asentía como un bobo, pero lo de casarse no creo que le hiciera tanta gracia, porque empezó a poner pegas, lo típico: la cosa está muy mal, yo tengo un contrato temporal, y con la crisis igual me veo en la calle, así no nos dan una hipoteca, y además en la serrería ya está corriendo rumores de que van a hacer un ERE…

—Bueno, hay que reconocer que el chaval tiene razón, ahora la cosa está muy jodida —dice el guardia del hielo—. En la fábrica de mi cuñado se han pulido a treinta el mes pasado.

—Sí —corrobora Julián—, una compañera y su novio han ido a preguntar para pillarse un apartamento de mierda, y ningún banco les da la hipoteca, trabajando los dos y ella funcionaria.

—¡Chicos, chicos! Si seguimos interrumpiendo al lobo no terminamos ni para mañana, seguro que tiene cosas mejores que hacer.

—¡No te creas! Pero sigo, venga —se interrumpe un momento para adoptar un aire más misterioso, encogido en la silla, con el pelo erizado y los ojos entrecerrados—. Caperucita no le interrumpía, pero

debía de tenerlo todo pensado, porque le dijo al maromo: "Necesitamos una casa, y yo sé cuál nos viene al pelo". Él se quedó mirándola con cara de bobo, y ella dijo: "La casa de la abuelita, es perfecta". Y él dijo: "Ni hablar, yo no me voy a vivir con la vieja". Y ella entonces: "A la vieja la quitamos de en medio, ya ha vivido suficiente".

Ninguno de los presentes en el cuartelillo puede reprimir un grito asombrado. Y el asombro da paso enseguida a la indignación, convirtiendo el reducido espacio del cuartelillo en una especie de babélico guirigay.

—¡Chiiiiiicos! —de nuevo el cabo hace uso de su autoridad—. Un poco de paz, por favor, dejemos terminar al señor lobo antes de salir a linchar a nadie.

—Bueno, el leñador se hacía el remolón, pero en ningún momento se opuso —las voces indignadas suben de tono, pero el lobo las ignora y continúa su parlamento con decisión—. Ella insistía, y le decía: "Soy la única heredera, mi madre ya tiene su casa. ¿Crees que te va a tocar en una rifa un chalet individual y con parcela como ese?". Pero él no lo veía claro: "No pienso acabar en el trullo, ni por ti ni por nadie". Y ella se puso pensativa, y al final se arrimó a decirle algo al oído, que aprovechó para restregarse entera, la muy salida, y él dijo: "¡Claro! Así, sí". Se vistieron y tomaron el sendero

hacia la casa de la abuelita. Yo tomé un atajo y llegué a tiempo para esconderme por allí cerca.

—Deberías haber venido a avisarnos, hombre.

—Ya os he dicho antes que siempre he tenido problemas con la autoridad.

—Me hago cargo.

—Concluyo. Caperucita llamó a la puerta y entraron los tres, ella, el leñador y su enorme hacha; se ve que lo cogieron por el camino. La verdad es que no hicieron nada de ruido, pero al cuarto de hora salió Caperucita con la ropa desgarrada y manchada de sangre, y el leñador la siguió cargando un saco. Se despidieron en la puerta, y él le dijo: "Dame quince minutos de ventaja y empiezas a gritar". Se besaron y él se largó cargando con el saco, y entonces decidí venirme para acá como alma que lleva el diablo, porque me da en la nariz, y mira que yo tengo buen olfato, que se quieren aprovechar de mi mala fama y de los problemas que siempre he tenido con la autoridad.

—Has hecho muy bien en venir, no dudes que esta iniciativa que has tomado se va a tener en cuenta de forma muy positiva.

En este preciso momento suena el teléfono; lo coge Julián, el guardia que está tecleando al ordenador la declaración.

—Guardia Civil, buenos días… habla con el guardia Julián López… a la orden, mi capitán… sí, le paso con el cabo —tapa el auricular con la mano—. Es de la comandancia.

—Trae —Luis coge el teléfono y se pone en posición de firmes para hablar—. A la orden, mi capitán… eso no será necesario, de hecho, está aquí… no, ha venido voluntariamente... deberían retenerla, y hay que localizar al leñador rubio… no está nada claro, pero me sentiría mucho más seguro si lo tenemos todo atado desde el principio… no se trata de creer más a nadie, sino de investigar todas las posibilidades… de acuerdo, sí, en diez minutos nos plantamos allí… a la orden —cuelga el teléfono y se dirige al lobo—. Menos mal que has venido, el cazador ya estaba organizando una batida; ahora mismo, tu pellejo no vale un euro.

El lobo se acurruca en la silla; se hace pequeñito, pequeñito.

—¿Qué me va a pasar ahora? —pregunta, con la voz atenazada por el miedo.

—Tenemos que llevarte a la comandancia, pero antes pasaremos por la oficina del forense, para que tome muestras de todo eso que llevas pegado. Vas a permanecer retenido unas horas, mientras llevamos a cabo las pesquisas oportunas. Seguramente iremos al bosque, a buscar ese venado. Si nos has dicho la verdad,

no tienes nada que temer. Firma la declaración antes de que nos vayamos.

—¿Te vale con la huella de la pata? No me apaño bien con esos bolígrafos.

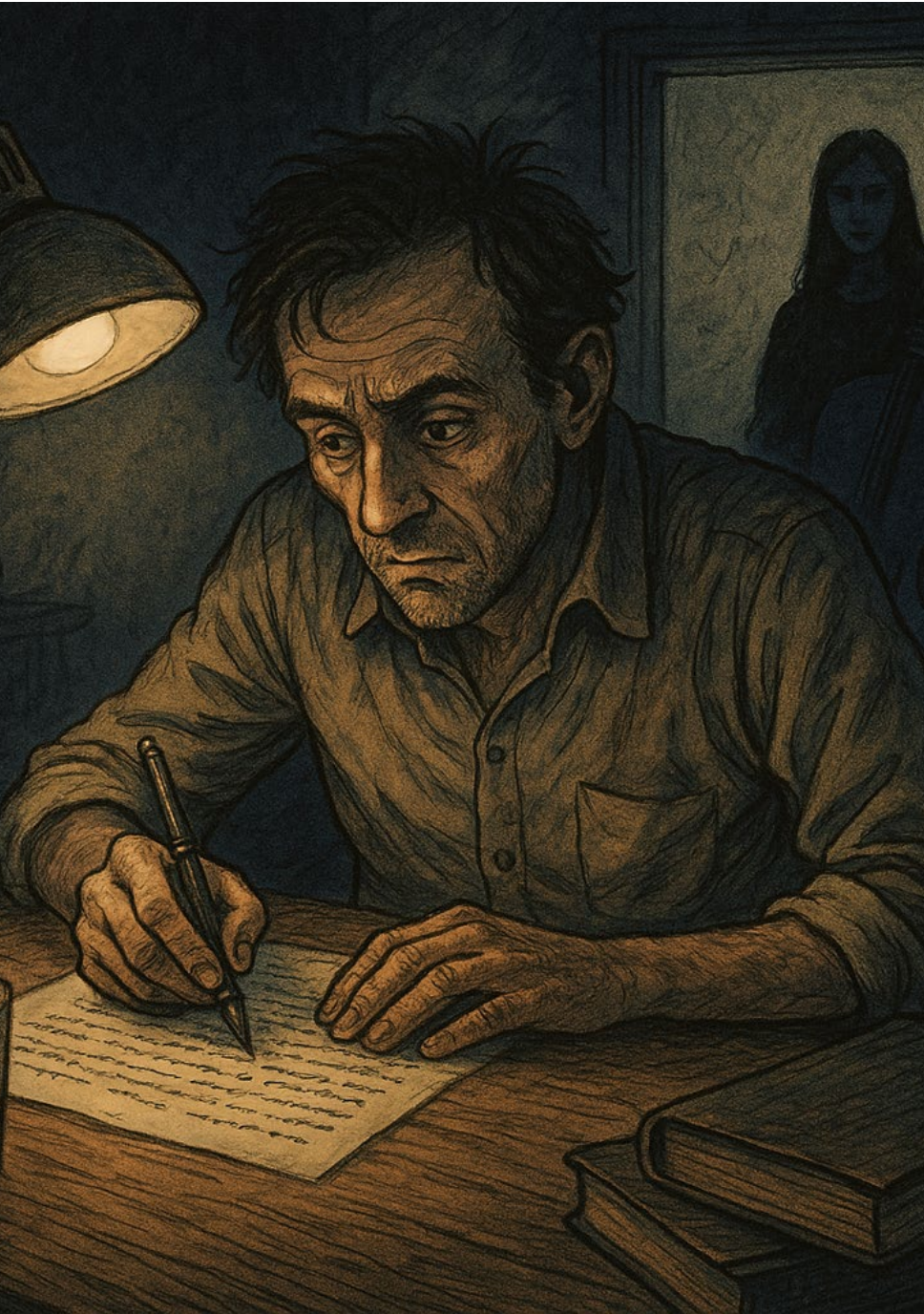
—Me vale, claro que sí —el cabo se acerca un poco más al lobo, le golpea ligeramente con el codo, buscando su complicidad—. Entre nosotros, lo has clavado. Si no llegas a andar espabilado, te cuelgan la muerta y se quedan tan panchos.

—Ya te lo he dicho, Luis; yo, otra cosa no tengo, pero olfato…

FIN

Jorge Juan Codina Ripoll

Aye aye



AYE-AYE

Jorge Juan Codina Ripoll

El precio de la perfección en el arte es, a menudo, una vida rota, pues la inspiración que la alumbra no es la caricia de la musa, sino el mordisco ponzoñoso de un parásito.

El flexo proyecta un haz azulón sobre la página. Dentro del círculo luminoso, la caligrafía de Leopoldo Cornejo es una maravilla, una procesión de insectos negros y perfectos. Fuera del área iluminada, las sombras se agolpan como si la habitación estuviera sumergida en alquitrán. Cada frase que nace de la estilográfica es un cincel que esculpe en el silencio y la oscuridad. Su novela. Su jardín.

El crisantemo perfecto no tolera la compañía de otra flor.

Una buena línea. Limpia y cruel. Sonríe, una mueca seca en el rostro sin afeitar.

Desde la habitación del fondo llega el sonido. Tap-tap-tap. Tap-tap. Ya no le molesta. Es el metrónomo que marca el compás de la genialidad resucitada. Lleva tres horas así, el ritmo y la tinta fluyendo en simbiosis

perfecta. Tres horas en las que el mundo exterior —la calle, el patio, el efluvio húmedo de Córdoba en noviembre— ha dejado de existir.

La pluma se desliza. El *daimyo* de su historia pasea por un sendero de grava rastrillada con la obsesiva simetría de un copo de nieve. No hay color. No hay vida. Solo forma. Solo pureza. Leopoldo también siente el frío de la grava bajo los pies, la satisfacción del control absoluto. Es un dios en este universo de papel.

Tap-tap. Tap-tap-tap.

La mano no le tiembla. La espalda no le duele. Solo existe el círculo de luz y el dictado que viene de las sombras. Siente el sabor metálico de la sintaxis en la parte posterior de la lengua. Sabe, con una certeza que hiela la sangre y al mismo tiempo lo embriaga, que esta es la mejor página que ha escrito en su vida.

Y entonces.

Toc. Toc. Toc.

La estilográfica se paraliza en medio de una palabra y deja una pequeña mancha de tinta que se expande. El corazón, que parecía detenido durante horas, de pronto, le golpea el esternón con furia. El metrónomo de fondo ha enmudecido. Silencio absoluto.

¿Quién?

Se levanta, siente las piernas entumecidas y camina vacilante a través de la penumbra del salón, un campo

minado de libros apilados y tazas de café sucias. Pega el oído a la madera fría de la puerta. Luego, acerca el ojo a la mirilla. La lente deforma el pasillo en un túnel largo y cóncavo. Al final, una figura. Es ella. La chica del violonchelo. Sostiene algo en la mano, pero la distorsión lo vuelve irreconocible. El rostro es una mancha pálida y serena.

Demasiado serena.

El pánico se transforma en una rabia helada. ¿Cómo se atreve a interrumpir el ritual, a cortar el canal que lo conecta con la fuente? Espera un poco, conteniendo el aliento, rogando que se vaya.

Toc. Toc.

Esta vez los golpes son más suaves. Interrogantes. Pero más insistentes.

La rabia le da valor. Gira el pestillo con un chasquido metálico. Entreabre la puerta lo justo, interponiendo su cuerpo en el umbral.

Ella está ahí. Más joven de lo que parecía a través de la mirilla, quizá veinticinco años, con unos grandes ojos oscuros de calma exasperante. El estuche del violonchelo, apoyado contra la pared, parece el ataúd de algún ser deforme. Leopoldo repara en las manos de la chica: son dedos largos y ágiles, sin la crispación

nerviosa de los suyos. Son las manos de alguien que no lucha contra el arte, sino que danza con él.

—¿Sí? —Leopoldo distingue un graznido de óxido en su propia voz.

—Hola, perdone las horas. Soy su vecina de abajo. Ariadna.

Ariadna. El nombre flota, liviano y con sonoridad limpia.

—Verá —continúa ella—, hay un ruido. Unos golpes. Por la noche. —Al hablar, usa la cadencia y el tono grave del instrumento—. Sé que son horas extrañas para trabajar, yo misma lo hago, pero es un sonido muy… rítmico. Y penetrante.

Leopoldo se aferra al borde de la puerta. ¿Lo sabe? ¿Ha oído algo más que golpes? Debe negarlo hasta que el mundo se parta en dos.

—No sé de qué me habla —dice, y la mentira le pone sabor de ceniza en la lengua—. Aquí hay silencio. Absoluto.

Ariadna lo mira. No de modo acusador. Es peor: compasión.

—De acuerdo. Siento haberle molestado. Buenas noches.

Se da la vuelta para marcharse, y en ese instante, desde la habitación del fondo, apagado por la distancia, pero inequívocamente claro, llega: tap.

Un único golpe. Solitario. Desafiante.

Ariadna se detiene sin volverse. Un segundo. Un hombro se tensa bajo el abrigo. No dice nada, pero Leopoldo advierte que ella lo ha oído y ahora sabe que él miente. Ese golpe único ha demolido su frágil fortaleza.

Ella reanuda el paso sin mirar atrás. Él se queda bajo el dintel, viendo la figura de la chica desaparecer escaleras abajo, y luego cierra la puerta con suavidad. Apoya la frente en la madera fría y sólida. La rabia se ha disuelto, ha dejado solo un residuo gélido: el miedo. No a que lo descubran. El miedo a que ella, con su música sublime y su calma insoportable, represente un mundo de belleza al que él ya no podrá volver jamás.

La habitación del fondo es una tumba insonorizada. Un útero oscuro forrado con cartones de huevos, mantas viejas y retales clavados a las paredes con la furia de un loco que intenta sellar una cripta. Desprende un olor almizclado, un hedor selvático a trópico a pesar de que la puerta siempre está cerrada. Es el sanctasanctórum. Leopoldo entra allí solo para recibir órdenes.

El resto del ático es su jaula personal. Un laberinto de torres de libros, platos con desperdicios próximos a petrificarse en el fregadero y una fina capa de polvo que lo cubre todo como una mortaja. Y por todas partes de

este palacio de la decadencia, su único y verdadero enemigo: el ruido.

Ahora está obsesionado con el violonchelo de Ariadna.

Es su tortura y su más oscuro punto de referencia. Comienza cada tarde, puntual como una ejecución. Primero, las escalas lentas que se le suben por las piernas, una vibración grave que se asienta en la base de la espina dorsal. Luego, el chirrido del arco mientras ella busca la perfección. Sonidos que lo aterran por la tenacidad que revelan: el del esfuerzo honesto, el de la construcción paciente de algo bello y verdadero.

El bambú, a pesar de su flexibilidad, proyecta una sombra tan afilada como una katana.

Las palabras acuden a él, líneas cinceladas que transcribe. Son frases que escribe escuchándola, usando su música como áspero papel de lija contra el que afila su alma. En la melodía ascendente del chelo, él no encuentra inspiración alguna, sino oposición a su creatividad. Es el orden de ella contra su caos sagrado.

Le recuerda a Berenice.

No en la cara ni en la voz. Es por el fantasma de una herida que creía cauterizada. Berenice fue su amante durante un invierno febril en Madrid, una relación de polillas atraídas por una llama que solo calentaba a uno de los dos. Ella orbitaba alrededor de

ese fuego, pero él ardía. En la fiesta en que rompieron, Leopoldo llevó la única joya que poseía: las primeras páginas de la novela, ofrecidas con la devoción del iniciado a su diosa.

Ella ni siquiera sujetó los folios. Leyó el primero por encima de su copa de vino, de pie junto a la cristalera.

—Tu prosa es gritona, Leopoldo. Se le nota el sudor… el esfuerzo. Y el arte de verdad no suda.

La sonrisa que le dedicó no era la de una amante dulce, sino la de una crítica implacable.

Se dio la vuelta hacia otro invitado, dejándolo a solas con la sentencia. La humillación artística habría bastado para romperlo, pero la crueldad indiferente del gesto, la forma en que lo descartó a él y a su obra como si fueran insignificantes, fue lo que lo envenenó.

La misma calma letal de la vecina. La misma certeza insoportable de quien habita en el centro del universo sin esfuerzo.

Se sirve un líquido frío de la cafetera italiana en una taza agrietada. El veneno de aquel recuerdo es un combustible extraordinario que convierte la belleza en odio que vierte sobre las páginas. Si no puede poseer esa belleza, la imitará a su manera, forjándola en un crisol más oscuro.

Por debajo de todo, constante, paciente, está el otro soniquete. El golpeteo seco del aye-aye, de hueso contra

madera, que se filtra a través de los cartones de huevos. No compite con el chelo. Lo supera. No necesita más. Simplemente es. Y Leopoldo Cornejo, atrapado entre esos dos polos, se aferra a la pluma como un trapecista a la barra.

El jardín perfecto es un jardín sin estaciones. Un carmen de piedra y agua. Un vergel a salvo del tiempo y de la vida.

La música de Ariadna se eleva en el bajo continuo de un motete de Bach.

Él cierra las cortinas.

El ritual comienza al anochecer, cuando la luz cordobesa languidece y la negrura reclama el ático. La música del violonchelo ha cesado. Entonces, la otra presencia se hace notar. Leopoldo se mueve por la casa como un acólito.

Abre la pequeña nevera que zumba en un rincón. Dentro, en un lecho de serrín humedecido, se retuercen las larvas pálidas y grasientas. Las compró hace dos semanas en una tienda de cebos. El dependiente lo miró con suspicacia.

—¿Para qué las quiere tan gordas? —le preguntó el dependiente

—Para un pájaro exótico —dijo Leopoldo.

Con unas pinzas largas, recoge tres de ellas que se contraen como dedos cercenados.

La puerta de la habitación del fondo se abre con el gemido de un alma en pena. La oscuridad se ha licuado, la peste a almizcle se derrama por el pasillo. No enciende la luz. Sus ojos se han acostumbrado a distinguir la forma agazapada en la esquina más alejada, encima de un nido de periódicos viejos.

Coloca las larvas en un cuenco de latón y lo empuja sobre el suelo. No hay gruñido de gratitud, ningún movimiento que denote afecto. Solo la aparición sigilosa de una forma esquelética. El aye-aye se acerca, y Leopoldo distingue los enormes ojos, dos discos de ámbar que devoran la escasa luminosidad. Lo reflejan todo y nada.

El animal toma la primera larva con una de sus garras. Y entonces comienza el verdadero festín, el que alimenta a Leopoldo. El dedo medio de la mano izquierda de la bestia, anormalmente largo, delgado como la rama de un árbol muerto, perfora el cuerpo blando del gusano. Leopoldo observa, hipnotizado. El dedo deforme parece tener una inteligencia propia; es obsceno, fascinante y sagrado. Es la herramienta de un dios hambriento.

Cuando el aye-aye termina con las larvas, retrocede hacia su rincón. Leopoldo se retira en silencio. Se siente purificado, como si hubiera asistido a una eucaristía. Vacío. Y preparado.

En su escritorio, el círculo de luz lo espera. Cierra los ojos. Escucha…

Ahí está.

Tap-tap.

Comienzan desde la otra habitación. Golpes secos, irregulares.

Tap. Tap-tap-tap-tap.

Es más orgánico que un simple código. Como el rumor de la llovizna previa al ciclón. Leopoldo coge la estilográfica. La mano, que tiembla descontrolada durante el día, ahora posee la firmeza de una roca.

Y entonces, escribe. La primera frase aparece como si la dictara una voz muda que solo él oye. Los trazos siguen el compás de los golpes.

El daimyo *ordena arrancar los cerezos. No por odio a las flores, sino por amor a la permanencia de la piedra. Las raíces se aferran al sustrato con la desesperación de los vivos, desnudando la tierra roja, la sangre del jardín.*

Percibe una extraña sinestesia. El martilleo no penetra en él por los oídos: lo ve. Es un halo ocre y parpadeante en la periferia de su visión. Cada *tap* es un fogonazo que ilumina la siguiente palabra. Ya no piensa. Traduce. Es un médium, poseído por el fantasma de los dedos en hueso vivo.

Horas después hace una pausa porque tiene la muñeca agarrotada y la espalda es una plancha dolorida.

Pero ante él hay seis páginas nuevas. Las lee. La prosa es perfecta. Fría. Impecable… Y completamente ajena. Siente el orgullo del orfebre que ha pulido una joya que nunca podrá permitirse lucir. No reconoce al hombre —si aún lo es— que ha sido capaz de escribir tales fragmentos. La quietud de la habitación del fondo es absoluta.

Se levanta anquilosado y va a la cocina. Por la ventana del patio, percibe un tenue resplandor azulado. Es la luz de un televisor en otro apartamento que se ha quedado encendida: la vida normal y corriente. Una oleada de soledad tan vasta lo golpea que tiene que apoyarse en la encimera. Pero luego mira hacia el manuscrito que reposa en el escritorio, ese tótem de belleza perfecta, y sabe, con la certeza de un adicto, que mañana por la noche volverá a mendigar la dosis.

La aurora lo encuentra dormido y con la mejilla pegada a la última página escrita. El sol de invierno, un disco pálido sobre el Alcázar, se filtra por la persiana. A Leopoldo el amanecer ya no le trae alivio, solo una tregua.

Cuando espabila, las articulaciones le crujen como madera vieja. Mientras pone a calentar un poco de café en un cazo abollado, repara en un trozo de papel blanco debajo de la puerta de la vivienda.

Es un sobre vulgar, sin remite, a su nombre escrito con caracteres pulcros. El corazón le da un brinco incómodo. Lo abre con manos inquietas.

Dentro hay una hoja doblada con la misma letra. Son solo dos frases: «Las paredes de esta casa son viejas y delgadas. Hay ruidos que viajan lejos por la noche».

Sin firma.

Leopoldo lee las líneas una y otra vez. Son veneno. Podría ser ella, Ariadna. Pero la letra no parece la de una mujer. ¿El vecino de al lado? ¿La vieja del primero? Cualquiera. Todos. De repente, cada ventanuco del patio interior se convierte en un ojo que lo escudriña.

El desasosiego inicial da paso a algo más peligroso: un terror desafiante. Descorre apenas la cortina de la ventana del salón, solo una rendija. Abajo, en el patio, Ariadna está regando los geranios. Tan tranquila. Tan pura. Oculta su perfidia tras esa máscara de serenidad.

A Leopoldo se le escapa una risa mustia. ¿No lo entienden? Creen que es ruido molesto lo que hace el animal encerrado. No tienen idea del universo que están construyendo al otro lado de la pared, palabra a palabra. No adivinan la belleza gigantesca que está naciendo en la oscuridad.

Vuelve al estudio con la nota arrugada en su puño todavía. El miedo no ha desaparecido. Está ahí, agazapado. Pero ahora tiene una motivación adicional:

el rencor. La necesidad no solo de crear, sino de crear a pesar de ellos. De levantar su catedral de tinta como un desafío a sus vidas minúsculas, ordenadas e insignificantes.

Se sienta al escritorio. Aún es de día. Demasiado pronto. El dictado no comenzará hasta la noche. Pero no puede esperar. Abre el manuscrito e intenta escribir por su cuenta.

El daimyo *deambula sobre los pétalos fenecidos*…

La oración es torpe. Suena impostada. Es su estilo, el estilo de Leopoldo Cornejo: débil, falsificado. La tacha con un garabato furioso.

No puede. No sin él.

Vuelve la cabeza hacia la puerta cerrada al fondo del pasillo. Lo invade una mezcla de anhelo y sumisión que dificulta respirar. No es un desafío a su genio; es al de su parásito. Y él, como un buen anfitrión, tiene la obligación de protegerlo. Arroja la nota anónima a la papelera.

Que esperen. Que escuchen. Que pongan trampas. Él se quedará aquí, escribiendo en la oscuridad, construyendo un jardín de acero en el que aprisionar su vida.

* * *

Afuera, una tormenta de finales de invierno azota Córdoba. No es un chaparrón suave y melancólico. Es un aguacero furioso que golpea los cristales y hace vibrar la vieja estructura del edificio. Para Leopoldo, es una bendición. El fragor del vendaval y el repiqueteo de la lluvia son un camuflaje que oculta el pequeño y persistente golpeteo de su habitación secreta.

Está llegando al final. Lo siente en el agotamiento que ha trascendido el cansancio para convertirse en un estado permanente de ingravidez. Lo ve en la caligrafía, que ya no parece la suya, sino la de un anciano. Y lo sufre en el silencio del parásito, cuyos dictados son ahora más espaciados, más solemnes.

La última escena.

El daimyo *está solo en el centro de su jardín de arena blanca, rastrillada con la simetría helada de las ondas que deja la escarcha. La luna es una cuchilla de plata en el cielo negro. En su mano, el* daimyo *sostiene un* tantō*, la daga ceremonial. No hay duda, no hay miedo. Solo la tranquila aceptación de un acto de estética definitiva.*

Leopoldo escribe con una concentración calenturienta. El mundo se ha reducido a la hoja iluminada y a las sombras que se deforman cada vez que un relámpago desgarra la noche.

Tap. Tap-tap. Tap.

La cadencia es lenta. Mortal. De una procesión fúnebre.

No hay ritual más puro que el de la propia aniquilación. La hoja fría contra la piel desnuda es la pincelada final sobre un lienzo de carne. El acero busca la entraña para liberar el alma y sellar la obra.

La pluma araña el papel. El sudor gotea sobre la cuartilla, pero no se detiene. Las lágrimas se entremezclan con la tinta. Solo queda un acto, un último párrafo para cerrar el círculo perfecto.

El daimyo se arrodilla.

Tap.

Un golpe postrero desde la otra habitación. Y después, el silencio: absoluto, tan profundo que el fragor de la tempestad retrocede.

Leopoldo escribe la última palabra.

Silencio.

Punto final.

Deja la estilográfica en una bandeja de latón. Ha terminado. Se echa hacia atrás en la silla, el cuerpo hueco como un tambor y la mente en blanco. El manuscrito, una torre perfecta de páginas numeradas, reposa ante él. *El jardín de acero*. La obra maestra. *Suya.*

No siente nada. Ni euforia, ni orgullo, ni alivio. Acaso, vacío. Un páramo tan vasto y desolado como el jardín de su personaje.

En ese vacío, un runrún nuevo comienza. La tormenta amaina. Y a través de la noche, repentinamente en calma, desde el piso de abajo, llega la música.

El violonchelo de Ariadna.

No está practicando escalas. Interpreta una zarabanda de Bach, una pieza de una tristeza y una belleza tan insoportables que a Leopoldo le resulta físicamente dolorosa. Cada nota es cálida, imperfecta, vibrante. Cada nota respira. Cada nota vive.

La música sube por el suelo, atraviesa las capas de soledad, y llega a él como una ofrenda amenazante de un mundo que él mismo ha tapiado. Contempla el manuscrito, cada frase pulida hasta la perfección. Es magnífico. Es brillante. Es inhumano. Es un cadáver exquisito.

Se da cuenta, con una clarividencia que lo parte en dos, del pacto que ha hecho. Ha canjeado el calor desordenado de la vida por la fría perfección de los parterres. Ha construido su jardín, pero ahora está en él, solitario, y no hay puertas.

La música del violonchelo, que antes odiaba, es hoy la más hermosa que ha oído nunca. La esencia de todo lo que ha sacrificado.

La melodía del chelo sigue fluyendo, llenando el ático con su calidez melancólica. Leopoldo Cornejo se quita las manos del rostro. Los ojos están resecos, hundidos en cuencas oscuras. No queda rastro del artista excitado, del dios loco que transcribía dictados. Solo subsiste un cascarón, el anfitrión abandonado por su parásito.

Con la lentitud de un convaleciente, se levanta de la silla. Coge las páginas del manuscrito, que aún irradian un helor antinatural. Las alisa con una caricia que es a la vez de reverencia y de despedida. Las apila, asegurándose de que los bordes queden alineados. Las coloca en el centro exacto del escritorio, dentro del círculo de luz de la lámpara. La estilográfica, al lado, paralela al borde del papel. Un altar de ofrendas a un dios ausente.

Camina por el pasillo oscuro sin vacilar, firme sobre el suelo de madera que rechina. Se detiene ante la puerta de la habitación del fondo. La cripta. El origen. De dentro llega… la nada.

Lleva la mano al picaporte. El metal está helado. Lo gira con una lentitud infinita. Empuja la puerta, que se abre con un leve gemido.

Deja la mirada fija en el umbral oscuro, un rectángulo de negrura absoluta del que no emana ni un

chillido, ni el estruendo de una jaula volcada, ni un sonido de lucha.

Un momento después, Leopoldo Cornejo da un paso hacia el pasillo y, sin volverse, cierra la puerta. Da dos vueltas en la cerradura. Un doble chasquido lacónico y definitivo. El rostro es inescrutable.

Vuelve al estudio. Se queda de pie, junto a su obra. El sosiego es completo, hermético.

Abajo, el violonchelo sigue llorando un preludio de Bach. Pero, por primera vez en mucho tiempo, en el piso de arriba reina una calma perfecta.

Tap.

Juan Ramón Escobar Ruiz

La composición del aire

LA COMPOSICIÓN DEL AIRE

Juan Ramón Escobar Ruiz

David Astondoa se desanudaba los cordones de los zapatos y observaba a su mujer, de espaldas, que se afanaba en fregar los utensilios sucios de la cena. Le vino a la mente el día en que su madre, desde la ventana, lo despedía lanzándole besos y agitando los brazos la primera vez que durmió fuera de casa, a sus veinte años. Podía ver aún con nitidez su figura asomada a la barandilla y cómo, desde la acera, la escuchaba gritar, advirtiéndole que tuviese cuidado y que no se fiase de nadie. Se había decidido a ir a dormir a un camping durante un fin de semana, junto a unos amigos de la Universidad. Si por él hubiera sido, no se hubiera marchado nunca, pero ellos insistieron y, además, desde aquella tarde que, brevemente, una monitora del camping le explicó el programa para jóvenes, ofreciéndole un folleto en la puerta de la facultad, se propuso, como un empeño, ir hasta ese sitio. Ella tenía el pelo rizado y los ojos claros, y le había parecido como una de esas actrices que había visto en las películas de Hollywood, cuando los estudios de cine aún existían y las mujeres eran parecidas a los ángeles. Pero durante el

fin de semana que permaneció fuera de casa, cualquier parecido entre la chica y una figura celestial quedó en lo meramente físico; hablaron solo unos minutos sobre la carrera de periodismo que ella estaba cursando, mientras fumaba sin parar. Cuando estuvieron solos, se lanzó a besarlo sin pudor alguno, introduciendo su lengua hasta lo más profundo. David Astondoa no podía comprender qué movía a aquella chica a no querer enamorarse y quedarse en lo superficial, por lo que vio desinflado su fugaz encaprichamiento y volvió a casa con gesto de desamparo, donde su madre le tenía preparada una buena sopa caliente y lo reconfortó con las palabras adecuadas. 'La chica especial te hará creer que eres único, hijo mío, porque lo eres. Eres verdaderamente único', le dijo, sentada a los bordes de su cama.

Conoció a Ángeles después de que su madre falleciera. Ella no se parecía a la idea que tenía en la cabeza de lo que debía ser una mujer a la que amar, pero llevaba en el nombre lo más importante. Ambos tenían treinta años y ya no eran niños; se dejaron llevar por una especie de atracción mutua que los arrastró de cabeza al altar y, después, por relación de causa y efecto, a veinte años de rutina en un piso de un conjunto residencial en el extrarradio de la ciudad, con cortinas a juego del tapizado del sofá y con muebles heredados. Ángeles

tenía el pelo liso y moreno, no parecía actriz ni destacaba entre la multitud, pero tenía una increíble capacidad para decir las palabras precisas. Cuando paseaban de la mano, David Astondoa creía que podía pedir lo que quisiera y que siempre sería satisfecho; salían al parque y Ángeles le leía poemas, dejando que él acomodara su cabeza en el regazo, con los ojos cerrados. Los versos recitados conseguían que el espíritu del hombre se apaciguara y que, a veces, se quedara dormido, algo que Ángeles aguantaba con estoicismo, aunque se le entumecieran las piernas. Y, con el paso de las lecturas y los años, David había encontrado en aquella postura casi piadosa la necesitada calma que exigía el caprichoso paso del tiempo y empezó a reprimir las dudas que en los meses iniciales le habían asaltado: "¿Será verdad todo lo que dice? ¿Es posible que sea completamente sincera? ¿Soy yo único para ella?".

Se casaron una mañana de mayo. Hacía viento y lloviznaba cuando salieron de la iglesia, así que el padrino acompañó a la novia hasta el coche, cobijándola bajo su paraguas. David entró en el auto con el flequillo completamente mojado y el tupé caído. 'Oh, mi niño, deja que te seque el pelo', había dicho Ángeles, utilizando el velo a modo de toalla. Y David, mientras el chófer circulaba por las angostas calles de la

ciudad en dirección al restaurante elegido, posó su cabeza en el regazo de la novia, que lo miraba con los ojos entrecerrados por una sonrisa permanente, mientras le acariciaba el cabello, suave como un tapiz de algodón egipcio.

Llegó después la pregunta inevitable de la conveniencia o inconveniencia de tener hijos, algo que a David disgustaba en extremo. 'Yo contigo tengo bastante', le había dicho ella, y él se acomodó en aquella frase que creyó sentencia firme. Hacían el amor pocas veces al año, siempre con las luces apagadas. Y, así, ambos crecieron a la velocidad de la monotonía del tiempo; habían pasado veinte años de matrimonio y solo el trabajo, tan odioso como imprescindible, había requerido de su atención, por lo que parecía que el mundo no los necesitaba del todo. Y esa falta de necesidad, esa improvisada inutilidad metió en la cabeza de David ideas antiguas, ideas que se habían evaporado al calor de las salidas de sol, iguales unas tras las otras, pero que con la frialdad del nuevo invierno se habían vuelto a solidificar. Porque David Astondoa volvía a dudar, como al inicio, de la sinceridad de Ángeles, de su dedicación hacia él, de si era verdaderamente único.

Era viernes por la tarde y David se había descalzado, colocando los zapatos al lado del sofá, alineados en una baldosa. Fuera, una tormenta

descargaba abundante agua que bajaba por la fachada a gran velocidad. Ángeles había llevado los platos y los vasos hasta la encimera de la cocina, los había enjuagado y los había colocado en el lavavajillas. Después, había vuelto hasta la mesa de comedor y se había dejado caer con un suspiro.

—Estoy muerta, cariño —expresó.

David se había acomodado y estaba abstraído con la televisión. En el programa nocturno, una mujer de pelo rubio y rizado cantaba una famosa canción de los ochenta.

—Ya no tiene edad, ¿no crees? No le queda bien el traje —comentó Ángeles.

David no contestó ni volvió la mirada hacia su mujer. La cantante se movía por el escenario con soltura y, de vez en cuando, miraba a cámara y guiñaba un ojo.

—Lo hace bien, pero ya ha pasado de moda. Ya no se lleva eso —concluyó Ángeles antes de ponerse a mirar la pantalla del móvil.

Esa vez, David la miró de reojo. Llevaba puesta una bata morada, atada con un cinturón; una de las primeras cosas que le dijo Ángeles era que siempre tenía frío. Pero llevaba razón; aunque no era tan baja la temperatura, la humedad sí era considerable. Allí sentada, con los pies en alto sobre el sofá, Ángeles no se parecía en nada a una actriz, pero tampoco a aquella

que leía poemas en los parques. Volvió la vista al televisor. La actuación de la mujer había acabado y dos presentadores hablaban entre ellos.

—¿Quieres una infusión? —preguntó David, sin importarle el programa.

—Sí, claro. Como cada noche —dijo ella sin levantar la vista.

David Astondoa se acercó al microondas e introdujo un par de tazas con agua. Mientras se calentaban, cogió un par de bolsitas de hierbas de la caja llamada "Relax", y esperó a que el pitido del aparato avisara para retirar los recipientes. Volvió a cogerlos y los acercó hasta la mesa.

—¿Desde cuándo hacemos esto cada noche? —preguntó David, justo al sentarse.

—No lo sé. Un año, quizás —contestó Ángeles, incorporándose y soplando la taza, como un bufido apenas audible.

—Antes solíamos beber una copa de vino —expresó él, mientras imitaba los movimientos de ella.

—Antes hacíamos muchas cosas diferentes. Pero hace tanto que no me acuerdo. Seguimos yendo juntos a la iglesia, no todo ha cambiado —reprendió Ángeles.

'Antes éramos diferentes', pensó David, que sorbió de la humeante infusión. Se quedó con la mirada

perdida en algún lugar del frontal del salón, tragando lentamente.

—He estado esta mañana en la tumba de mi padre —dijo Ángeles—. Estaba bastante sucia.

David siguió abstraído, aunque reaccionó pronto.

—Recuerdo cuando conocí a tu padre. Fue en la playa. Me dijo que yo había tenido suerte de conocerte. Aunque después estuvo todo el tiempo hablando de tu exnovio.

Ángeles no se inmutó. A David le pareció que se ponía algo más seria y que lo miró por un instante, pero apenas fue una ligera percepción, un súbito cambio que se deshizo de inmediato. Así, se levantó para llevar las tazas vacías al fregadero pero, al pasar, tropezó con una caja de cartón que había en el suelo.

—¿Cuándo vas a quitar esto de aquí? —preguntó, con cierto tono de irritación.

—Tiene que venir el mensajero a llevárselo —contestó Ángeles, que había vuelto a colocarse recostada mirando la pantalla del móvil.

—¿Otra vez?

—Ya es la última, te lo prometo.

—¿Es otro edredón?

—Sí, pero este es el definitivo. Ya no lo cambio más.

—¿Qué más dará? Es un simple edredón. Sirve para el frío, todos sirven para eso.

—Pero no todos son iguales. No te puedes quedar con el primero que encuentres. Hay que probarlos.

David Astondoa colocó las dos tazas sucias en el fregadero y se tranquilizó mientras las enjuagaba.

—Bueno, con los hombres no probaste. Ya sabes… —David se giró para observar la reacción de su esposa. Entonces, sí pudo ver con nitidez que ella esquivaba su mirada.

La lluvia insistía en el cristal, golpeando con fiereza. El cielo se iluminaba cada poco tiempo y los truenos retumbaban en la pared.

—Yo fui el primero y no probaste, es lo que quiero decir —insistió David.

—¿Has cerrado todas las ventanas? —preguntó Ángeles.

—Sí, las he cerrado. ¿Por qué evitas el tema?

—¿Qué tema?

—Que no ha habido otro hombre en tu vida más que yo, que fui el primero y único.

—No sabía que eso era un tema. Creía que estábamos hablando de edredones, no del pasado.

David sintió un escalofrío en la zona lumbar. Se palpó la espalda y apretó con sus dedos las vértebras, volviendo hasta el sofá.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, simplemente que hace demasiado tiempo.

—Me dijiste que yo fui tu primer hombre. Te acuerdas, ¿no?

—Claro que me acuerdo, no soy tan vieja. ¿A qué viene todo esto?

David se acomodó en el sofá, intentando colocar la espalda recta.

—Puedes contármelo. Ya no soy un niño, ya puedes decirme la verdad. Siempre lo he dudado, si te soy sincero. Tuviste novio mucho tiempo, antes de conocerme —argumentó.

Ángeles cambió el cariz de su cara. Tenía el pelo alborotado y los pómulos enrojecidos.

—¿Qué es lo que quieres saber? ¿Lo que ocurrió hace treinta años? ¿Lo que ocurrió antes de conocerte? ¿Qué importa eso ahora?

—Por eso, ya no importa. Quiero decir, que ya no puede afectarme. Puedes ser sincera conmigo. Ocurrió hace mucho, ahora somos diferentes, ambos lo sabemos. Tú misma lo has dicho. Ya no somos críos.

—No te conocí siendo un niño, teníamos edad más que suficiente.

—Pero lo parecía, tú lo sabes. Yo no estaba preparado para comprender.

—No sé, David, no sé. No quiero seguir con este tema.

—Es que, verás, siempre he tenido dudas. Como tú dices, ya no éramos niños, y tuviste novio durante muchos años. Ya te digo, ya da igual, pero necesito saber la verdad. Necesito saber qué ocurrió, si es que ocurrió algo. No se me va a pasar la curiosidad.

Ángeles tomó un cigarro de su paquete y lo encendió, acercando el cenicero que estaba en la mesita auxiliar. Miró a David y expulsó el aire antes de hablar.

—Está bien —se rindió—. Voy a decirte lo que recuerdo, ¿vale? Ya sé que te dije que habías sido el primero, me preguntaste y eso te respondí, pero es que yo lo sentía así. Después, fue pasando el tiempo y no hubo nada más que añadir. Para mí siempre has sido el primero. Sobre lo que preguntas y quieres saber, estuve con ese otro unos seis años, tiempo más que suficiente para haber probado de todo, pero empezamos cuando éramos muy pequeños y nos conformábamos con besos. Estuvimos así durante toda la relación, el tiempo suficiente para que dejara de quererlo, porque eso fue lo que pasó, dejé de quererlo. Nos convertimos en

adultos y ya no sentía nada. Pero no sé, ya no éramos niños y nos tocábamos. Nos tocamos el uno al otro y ya está, pero para mí eso no cuenta, ¿lo entiendes? No cuenta en absoluto. No quise mentirte, pero parecía importante para ti y era lo que yo sentía. No sé por qué no te dije toda la verdad, pero cuando quise hacerlo, ya era tarde. Tú estabas exultante, se lo decías a todos. No parabas de repetirlo. No quise estropearlo. Ya no tiene importancia, ¿verdad?

—¡Por Dios!¡Lo sabía!¡Sabía que me habías mentido! —exclamó David.

—No lo llames mentira, así como lo haces tú. No mentí por mí —respondió Ángeles.

David Astondoa se levantó y se alejó de la mesa de comedor. Se colocó junto a la puerta del salón.

—¿Eso fue todo? ¿Estás diciéndome toda la verdad? —insistió.

—No sé qué más quieres que te diga. Estuve saliendo con él durante seis años, David, seis larguísimos años. Pero esa es mi vida, no la tuya.

David sentía la zona lumbar adormilada, así que se agachó con las manos en la cadera. Desde abajo, no podía ver la figura de Ángeles, así que volvió a incorporarse.

—Tienes razón. A veces me ofusco, pero ya sabes, creo que me ocultas algo más. ¿Sólo os tocasteis?

Creo que te da vergüenza contármelo, eso es todo. ¿Ves? Ya estoy tranquilo de nuevo.

—No sé, David. No sé si puedo confiar en ti, si eres alguien con quien pueda hablar sin pudor.

—Claro que lo soy. Llevamos juntos casi toda la vida. Claro que lo soy.

—Está bien. Creo que ya va siendo hora de que lo sepas. Pero quédate tranquilo, ¿vale?

—Vale.

Ángeles encendió otro cigarrillo. El ambiente del salón estaba cargado, así que David se levantó y abrió la ventana. Una ráfaga de aire entró en el salón como un misil. Fuera, la lluvia era más abundante, y otro rayo, fugazmente, iluminó la habitación. Después de unos segundos, un trueno hizo un ruido horrible.

—Yo no solía beber con esa edad. Ya sabes, me conociste poco después. Yo no bebía apenas, ni fumaba. Me gustaba bailar, eso era lo que hacía todo el tiempo. Y él me llevaba a bailar, pero no le gustaba. Se quedaba en la barra, solo, como un imbécil. Pero una noche me acercó una copa. Yo le dije que no me apetecía, pero insistió. Me dio un poco de pena, David, y me fui con él a la barra y me bebí esa maldita copa. Me sentí otra, no sé, estaba entre mareada y feliz, algo muy raro. Y, después, lo hicimos, sé que lo hicimos, follamos en el coche, pero apenas lo recuerdo, o lo que

recuerdo es algo desagradable, algo que no me gustó en absoluto. Y lo dejamos al poco tiempo, y te conocí a ti y no quise contarte, al principio, que no me había gustado hacerlo, porque lo hice contigo y me encantó. ¿Lo entiendes? Siempre has sido el primero, siempre has sido el primero en todo.

David se había quedado inmóvil, mirando hacia abajo. Su coronilla, rodeada de un tímido cabello, era lo único que podía ver Ángeles.

—Mírame, David, mírame. Por favor, tienes que entenderlo, tienes que entenderme.

Pero David se encaminó a su cuarto sin decir nada. Ángeles se levantó y lo siguió por el pasillo.

—Vamos, por favor, mírame, cariño. Si me miras, lo entenderás, yo no quiero que te enfades. No te encierres, escucha lo que estoy diciendo.

David entró en el dormitorio y cerró la puerta. Ángeles se quedó fuera, ya no hablaba, ya no pedía perdón. El sonido de su voz se había apagado por fin. 'Ya no miente', pensó David, que de forma tosca se fue colocando la camisa, el pantalón y el abrigo. 'Ya no me va a mentir más, toda la vida engañado', siguió pensando mientras se atusaba el pelo. Desbocado, salió de la habitación y esquivó a Ángeles, que lloraba en el pasillo.

—Niño mío, no te vayas —escuchó David, antes de cerrar la puerta del piso y bajar las escaleras.

—Lo han matado con nitrógeno, ¿lo sabías?

David Astondoa obvió el verbo. Durante un instante se quedó pensando que la muerte de alguien por orden judicial había pasado a ser un tema secundario y lo importante era la manera de hacerlo. Había escuchado la noticia esa misma mañana. Un preso estadounidense había sido ejecutado mediante asfixia al haber fallado el método de la inyección letal.

—¿Me has oído? —insistió Tomás Madroño.

—Sí, te he oído, con nitrógeno.

El bar estaba casi vacío; la lluvia había espantado a los bebedores de los viernes por la noche. Tomás Madroño estaba sentado con las piernas cruzadas, en el taburete de enfrente de David. Llevaba puestas sus gafas de leer, su larga gabardina y pasaba lentamente las hojas del periódico, abierto sobre la mesa. Solía estar en el bar todas las noches, y solía tener siempre una conversación preparada, aunque David Astondoa no había salido de casa para conversar. Detrás de su espigada figura, una pareja de mediana edad hablaba en un elevado tono de voz, con una expresiva gesticulación.

—No sé por qué nitrógeno —añadió Tomás Madroño—. A ver, alguna razón habrá, pero no es lo natural. Las muertes por asfixia se producen por un elevado dióxido de carbono, no de nitrógeno. Me pregunto por qué no han usado dióxido de carbono.

—Algún experto habrá hecho un estudio y habrá determinado que es mejor el nitrógeno —advirtió David.

—¿Algún experto? ¿Algún asesino en serie que se dedica a matar con diferentes gases ha realizado un estudio? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sabes que no es eso lo que quiero decir.

Detrás de Tomás Madroño, la pareja no dejaba de discutir. Ella le decía algo sobre su madre y él le respondía una disertación sobre los roles de la pareja, señalando continuamente con el dedo índice. David Astondoa intentó aguzar el oído y trasladar al primer plano aquella conversación, pero el ruido del hervidor de leche, pitando como un tren antiguo, además de la insistente retahíla de Tomás, hizo que la escena se convirtiera en una película muda repleta de gestos mímicos. Sintió ira; no entendía qué clase de persona tomaba café un viernes por la noche. Había llegado hasta el bar del final de la calle después de esperar más de media hora a que escampara porque no quería montarse en el coche, y Tomás Madroño estaba allí,

como de costumbre, justo delante de la pareja que discutía y del imbécil que había pedido café y le impedía escuchar con nitidez.

—Ya no hay expertos de nada —continuó Tomás, dejando las gafas de leer encima de la mesa—. Eso ya lo sabemos. Cuando hablan de expertos, nunca nos dicen quiénes son. Ni de dónde ha salido, ni lo que han hecho. Un experto… o un comité de expertos, que así parece que son muchos y que están organizados. Un lote de expertos, un montón de expertos, determinan que el nitrógeno es adecuado para matar, pero en realidad no saben nada, solo improvisan.

—¿Por qué lo han matado? —preguntó David.

—¿A quién?

—Al del nitrógeno. ¿Qué hizo?

—Asesinó a una mujer hace treinta años. Ahora tiene esposa e hijos. Bueno, tenía, ahora ya no tiene nada.

David se quedó pensando en la cifra: treinta años. La imagen de Ángeles follando en el asiento trasero de un coche se colaba entre la pareja que discutía, Tomás leyendo el periódico, el imbécil tomando un café con leche ardiendo y un hombre desconocido siendo ejecutado. Pero la secuencia de Ángeles, a horcajadas de su exnovio mientras jadeaba, le había impedido llegar al bar en su automóvil y se

estaba haciendo tarde, aunque esa noche no le importaba volver de madrugada. De hecho, había salido de casa sin saber si volvería, pero con el paso de los minutos, David Astondoa se dio cuenta de que jamás se había planteado dejarla. El hecho de vivir solo le daba pánico. El camarero se asomó a la mesa a preguntar si necesitaban algo más. Tomás Madroño le indicó con los dedos que pusiera otras dos cervezas, y David no se negó.

—Lo que me llama la atención del nitrógeno es que ya lo respiramos habitualmente —prosiguió—. Quiero decir, el dióxido de carbono lo expulsamos, pero el nitrógeno es casi el ochenta por ciento del aire. Claro, lo que no dicen es que elevan el nitrógeno para eliminar por completo el oxígeno. Lo han asfixiado por falta de oxígeno. Eso, ya te lo digo yo, no debe ser agradable.

—No debe serlo —indicó David.

—El exceso de dióxido de carbono nos atonta, nos duerme, y después morimos. Es algo rápido e indoloro. Pero estamos habituados al nitrógeno, no lo advertimos. No sé cómo reacciona el cuerpo a eso.

La mujer de la mesa de atrás se levantó de repente, y se dirigió a la salida del bar. Salió y dejó que la puerta se cerrara de forma violenta, dando un sonoro golpe al tropezar con el tope. Su acompañante no se

inmutó; se quedó mirando su refresco, con las manos cruzadas sobre la mesa. Tomás Madroño giró su alargado cuello para mirar el origen del ruido. Ella, a unos metros de la salida, encendía un cigarro; David podía verla a través del cristal de la ventana.

—¿Te pasa algo hoy? —preguntó Tomás Madroño, volviendo la mirada a su posición normal.

—Nada. ¿Por qué? Bueno, creo que he cogido algo de frío.

—Es la humedad. Está demasiado alta. El aire está cargado de humedad y nos está matando lentamente.

—Sería mejor morir rápido, con nitrógeno.

—Estás raro. ¿Todo bien en casa?

David dudó sin contarle la verdad a Tomás, al que conocía desde hacía tiempo, pero él nunca le había contado la verdad. No iba a decirle que Ángeles le había confesado que llevaba toda la vida mintiéndole.

—Sí, todo igual —dijo finalmente.

—¿Ángeles bien? ¿El trabajo?

—Sin cambios.

—Te conozco desde hace ya algunos años, David. Se te nota cuando estás ofuscado. También sé que no vas a hablar, así que no seré yo quien te obligue. No sé qué te pasa, pero si necesitas algo, yo siempre estoy por este bar. Hasta que te decidas, si es que lo

haces alguna vez, doy por hecho que estás bien, entonces —concluyó Tomás Madroño, cerrando el periódico. El resto de mesas seguía adornando la escena, mientras la chica volvía a entrar, después de fumar su cigarro, y se sentaba frente al chico, que seguía embebido en su refresco. Ella dijo algo y él alzó la vista, esperó unos segundos y acercó su mano hasta la de ella. Se tocaron los dedos.

—¿A quién le toca pagar hoy? —pregunto David, ignorando la perorata de Tomás Madroño.

—A ti.

David Astondoa se giró para alcanzar la cartera, dentro del bolsillo del abrigo que colgaba del respaldo del taburete. La sacó y buscó un billete de veinte euros, que colocó en la barra.

—He estado pensando… No sé, he estado pensando en volver a estudiar —dijo a Tomás, que se estaba levantando del taburete.

—¿El qué?

—Periodismo. Ya sabes, siempre me gustó el periodismo.

—¿Y para qué quieres estudiar periodismo ahora? Ya no se venden periódicos. Solo yo leo el periódico. Mira el bar, los pocos que quedan apenas hablan, buscando no sé qué en sus pantallas. ¿De qué te va a servir el periodismo ahora?

—No lo sé. No pretendo trabajar de periodista. Pero siempre me gustó.

—Si no vas a trabajar de periodista, ¿para qué quieres ser periodista?

—Olvídalo, es una tontería.

—A ver, que no me parece mal que estudies si quieres, yo no pretendo quitarte las ganas.

—Solo lo he estado pensando y te lo he contado. Ya está. No hay más. Déjalo, de verdad.

La chica volvió a levantarse de la mesa, pero esta vez él se levantó también. Se colocaron los abrigos y pidieron la cuenta al camarero. Salieron juntos y cruzaron la ventana, hasta que David los perdió de vista. Su billete de veinte euros seguía sobre la barra.

—Cóbrate, por favor —dijo elevando algo la voz, dirigida al camarero que se entretenía fregando vasos.

—Otro día de actualidad que no cambia nada —expresó Tomás Madroño alejándose unos pasos.

Ambos salieron del bar cuando la lluvia arreciaba.

—¿Te llevo? —preguntó Tomás—. Tengo el coche cerca.

—No hace falta. Iré andando.

—Vas a coger una pulmonía. Vamos, te acerco a casa.

Pero David hizo un gesto de negación con el dedo índice mientras arrancaba a andar en dirección a su domicilio, dando la espalda a Tomás.

—No quiero coche hoy. Sólo es agua. No va a matarme. No tan rápido —dijo mientras se alejaba, perdiéndose en la inmensa lluvia que comenzaba a anegar las calles.

Ángeles empezó a preocuparse cuando, después de tres horas, David Astondoa, su marido, no había vuelto. Sabía que él necesitaba la soledad cuando discutían o algo se torcía en su cabeza, pero tres horas le parecía demasiado, incluso para David. Incluso para el motivo, más que importante, de la discusión. 'Es posible que lo haya perdido', llegó a pensar. Se dedicó a cocinar para borrar de su cabeza lo que había pasado, las palabras que había dicho, lo que él le había dicho, pero no podía evitar asomarse a la ventana cada cinco minutos, por si lo veía llegar. Fuera, el aire era una manta de agua y apenas podía divisar nada. Lo llamó un par de veces, pero el teléfono estaba apagado. La sinceridad no era necesaria después de tantos años, ni aportaba nada.

Cuando David entró por la puerta, Ángeles estaba anudando la bolsa de basura. Olía a sopa y a cebolla recién cortada. Se asomó a recibirlo precipitada.

—¡Por Dios!¿Dónde te habías metido? —dijo, abrazándolo—. ¡Estás chorreando!

—Me entretuve con Tomás —dijo David de forma tajante y seca.

—¿Y por qué no me has llamado? Creí que te había ocurrido algo.

—Nada. Nunca ocurre nada —culminó David, mientras Ángeles le quitaba el abrigo y se lo llevaba a la terraza. David permitió que lo hiciera sin poner ningún impedimento y enfiló el pasillo del piso que conducía al cuarto de baño, dejando un reguero de agua en las baldosas del suelo.

—He pensado que te vendría bien un caldo caliente. Hace mucho frío hoy —decía Ángeles desde el exterior en voz elevada.

David entró en el cuarto de baño y comenzó a desnudarse lentamente. Colocó el jersey en el perchero, y dejó los pantalones mojados en el suelo, vaciando antes el contenido de los bolsillos. Cerró la puerta, oyendo que Ángeles se acercaba.

—He pensado en lo de antes, creo que no he sabido explicarme bien —dijo ella—. No puede ser tan importante lo que ocurrió cuando éramos jóvenes.

La voz de Ángeles se colaba a través de la puerta. David Astondoa estaba completamente desnudo, de frente, sin moverse.

—¿Me has oído? ¿Puedo entrar? —repitió.

—Necesito pensar—se limitó a decir David, con voz apagada.

—Está bien. Pero quiero explicártelo y luego piensas.

David se miró las manos y se dio cuenta de que era la parte de cuerpo que aún seguía completamente seca. Había vuelto con las manos en los bolsillos y sus dedos no estaban arrugados. Se dio la vuelta y abrió el grifo del lavabo, frotando sus manos bajo el agua, aplicando jabón en varias ocasiones. Levantó la vista y vio a Ángeles a través del espejo, apoyada en el quicio de la puerta. Se había atrevido a abrir.

—No puedo pensar si me observas. —Dejó las manos apoyadas en el lavabo.

—Sé que lo que necesitas no es pensar. Sé que no quieres estar solo. Te conozco desde hace demasiados años.

David Astondoa siguió mirando a Ángeles a través del espejo; no sonreía, pero mantuvo la mirada. El vaho no permitía analizar los matices de su gesto. Pensó que la situación, con él completamente desnudo, era ridícula, pero no hizo nada por taparse.

—Tú no sabes nada de mí. Tú no sabes lo que necesito —expresó, con un tono que apenas era audible.

—¿Acaso te has preguntado alguna vez qué necesito yo? David, escúchame, ¿te lo has preguntado? ¿Sabes por qué te lo he contado? Murió hace dos meses. El otro, como tú lo llamas, pero nunca lo ha sido. Murió hace dos meses. Me enteré de casualidad, por una compañera del instituto. No he vuelto a saber nada de él hasta que se ha muerto. Y podría decirte que me ha dado igual, pero no ha sido así. No me importa él, pero tengo miedo, David, tengo cada vez más miedo. Estoy aterrorizada. Te he dicho que he ido a visitar la tumba de mi padre porque no puedo dejar de pensar que me hago mayor, no paro de mirarme el cuerpo por si no noto algo extraño. Y me he decidido a decírtelo porque no quiero seguir cargando con ese peso, porque no importa nada, porque no me importó nada.

Ángeles se sentó en el suelo y se colocó las manos en la cara, llorando de forma ruidosa. David se dio la vuelta despacio, sin acercarse a ella. Acercó sus manos a la toalla y las secó con cuidado. Vio cómo la humedad desaparecía al frotar.

—Todo es muerte alrededor —expresó.

Ángeles separó sus manos y lo observó, dejando de llorar de inmediato.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Nada. Que parece que todo el mundo se está muriendo.

—¿Quién más se ha muerto?

—Un preso. En Estados Unidos. Lo mataron ayer con nitrógeno.

—¿Y qué tiene que ver ese con nosotros?

—Nada. Solo es una coincidencia.

—No es ninguna coincidencia. Todos los días muere alguien. No sé qué quieres decir con eso. De verdad, no entiendo qué quieres decir.

Mientras Ángeles hablaba, David se acercó al perchero a colgar la toalla, pero no consiguió que quedara bien sujeta, cayendo al suelo. Lo intentó por tres veces con el mismo resultado; la toalla estaba demasiado húmeda y no encontró manera de colgarla. Apretando los dientes, la cogió con firmeza y, apoyándola contra la percha, tiró de ella hacia abajo, manteniendo esa posición durante algunos segundos.

—¿Qué haces? —preguntó Ángeles.

Sin prestarle atención, siguió tirando con más fuerza, se agachó y apretó con las piernas también. Como si le hubieran obligado a hacerlo, comenzó a tirar mientras emitía sonidos guturales con la boca, en una especie de grito que provenía del fondo de su garganta. Sostuvo la toalla con ambas manos hasta que el perchero cayó y atronó en el suelo, con la toalla sobre él. Sin descanso, inició una serie de patadas al conjunto de la toalla y el perchero, con los pies descalzos. Ángeles

intentó abrazarlo por la espalda, pero David no paró hasta que la toalla, hecha una especie de bola arrugada, quedó arrinconada en la esquina del cuarto de baño. Después, comenzó a jadear y abrió la boca todo lo que pudo, exhausto. Ángeles seguía abrazada a su espalda.

—Tranquilo, tranquilo, cariño —dijo.

David gimoteaba con los ojos cerrados. Con los brazos caídos, mirando a la pared, dejó que las palabras lo vencieran.

—Me has mentido. Me has mentido toda la vida. Te odio —expresó.

—¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta de que yo no ganaba nada con esta mentira? ¿No ves que lo hice por ti? Eres lo único que me importa, lo único que existe para mí.

David sollozaba escuchando a Ángeles, sintiendo cómo sus manos lo agarraban por la cintura. Se dejó arrastrar por ella uno centímetros. Ángeles se sentó en el váter, y David Astondoa se venció hasta el suelo, apoyando su cabeza en el regazo. Ella siseaba al compás de la respiración de él. Comenzó a tararear una melodía infantil. David abrió los ojos y, en la esquina, la toalla golpeada por él, era un manojo de humedad mientras Ángeles, con los dedos, acariciaba su pelo, secándolo poco a poco. Giró la cabeza hacia arriba, donde los ojos de ella lo miraban arrugados, con la

sonrisa permanente de siempre, como salida de un sueño, resplandeciente entre el vaho que subía y se adhería al espejo, que se difuminaba en el entorno.

—¿De verdad no significó nada para ti? —preguntó David, con agua en los lacrimales.

Ángeles mantuvo la mirada, aunque por un instante la desvió. Un escalofrío recorrió las vértebras lumbares de David Astondoa, que respiraba entrecortado, con el aire húmedo invadiendo sus pulmones.

Macarena Fedriani Torres

Esta es mi comunidad

ESTA ES MI COMUNIDAD

Macarena Fedriani Torres

Como una foca. Cree que está como una foca y eso que pesa como mucho cuarenta kilos. Literal. Ni tetas ni culo y la misma cara triste que se le pone a las manzanas que se quedan solas en la nevera y empiezan a arrugarse para dar lástima. Cada día, se hace bola como una cochinilla y, abrigada a lo esquimal con un edredón, se tira en el sofá a ver la tele. Pero es solo porque la obligan; si no, ya la habría palmado meses atrás haciendo abdominales. Fijo. Hay otra chica, morena, bajita y con pinta de ingeniero de la NASA, que tiene la tripa con más costurones que un cadáver en la sala de autopsias. Da bastante cringe. Cada vez que la registran, le encuentran encima algún objeto punzante: un compás, unas pinzas de depilar, un clip… Con un clip en menos de un minuto es capaz de hacerse por todo el cuerpo surcos y canales como los de Venecia. Un cleptómano, un ludópata y un surfero muy guapo que así, de primeras, parece muy normal pero que ha intentado coger olas desde el balcón de su casa al menos un par de veces... Toda esa fauna es mi comunidad.

Te asignan una nada más llegar. Para las terapias grupales, te dicen, pero yo creo que es para que entiendas cuanto antes en dónde estás. En vez de llamarte loco o pirao, te asignan una comunidad. Pero yo no estoy loca ni soy como ellos. Yo estoy aquí por mi madre. La odio, bro. ¿Cómo ha podido…? Intento graduar del uno al cinco cuánto la odio mientras miro el techo de la habitación. Como si estuviera puntuando una compra online, le doy un cuatro; no, un cuatro y medio. Cinco no. Nunca puntúo nada con un uno ni con un cinco; no es creíble. Cuatro y medio está bien. Mirar el techo durante tanto tiempo me da dolor de cabeza. Es por el color vainilla. Todo tiene ese color: el techo, las paredes, las sábanas, las cortinas, la cara de la gente... Color fracaso. También lo odio.

Lo que más echo de menos es a Lalo. Literal. Sobre todo, cuando me despertaba todas las mañanas con su violín y sus chistes y su risa, aguda como las notas más altas de su stradivarius. Lalo es la leche. Y el día que tocó esa canción que le gustaba tanto a mi abuela, Hoy tengo ganas de ti, y yo me eché a llorar, porque a la abuela le gustaban las canciones pastelonas, y también los chistes verdes y las frases con doble sentido. ¡Por eso sé que le hubiera caído genial Lalo! Lo hubiera adorado nada más conocerlo. Fijo que habría dicho, con su voz de cuervo fumador y una media

sonrisa, que ella también se habría enamorado de alguien como él a mi edad. La única que no entiende lo que siento por Lalo es mi madre, pero es porque mi madre nunca entiende nada. Ahora que si cree que por encerrarme aquí va a lograr apartarme de él para siempre, va lista.

Dicen las celadoras, con su peste a lejía y a crema de bebé, que cuando me porte bien, me darán un Nokia durante una hora como premio. Ya ves tú qué premio. Uno de esos cacharros del pleistoceno, sin internet ni aplicaciones. Un teléfono de boomer. «Para que puedas llamar a tu madre», me dicen como si eso fuera la pera. «Ja —les digo—, mi madre estará currando. Y cuando está en su curro no se la puede molestar». No les digo que la última persona con la que quiero hablar del mundo es mi madre… Ellas me miran raro, putomosqueadas. Suspiran y dicen que también puedo llamar a otra persona, a quién yo quiera. Pero es que a mí no me gusta hablar por teléfono con nadie, porque nunca sé qué decir. Un teléfono no es para hablar, es para otras cosas. Obvio. Pensándolo bien, tal vez el Nokia tenga jueguecitos de marcianos o comecocos. Algo básico, con unos gráficos patéticos, pero al fin y al cabo algo con lo que entretenerse aquí dentro. En realidad, no sé qué tengo que hacer para que me lo den.

Sí, echo de menos a Lalo. Muchísimo. Cuando guiña el ojo y cuenta esos chistes horribles sin gracia, como el del marido que dispara al amante de su mujer y esta le dice que si sigue comportándose así va a quedarse sin amigos… No creo que nadie se haya reído nunca con esos chistes tan malos, pero a él le da igual; se desternilla, bro, y te suelta otro más. A cada cuál peor… Ojalá pudiera oír ahora uno de esos chistes mientras me pierdo en sus ojos, que hacen juego con el color de su violín. Literal. Tarareo la de Hoy tengo ganas de ti porque me hace sentirlo más cerca. A él y a la abuela. A Carlota también la echo de menos, aunque últimamente me carga un poco con lo de las dietas antiinflamatorias. Carlota es muy guapa, lleva el alisado japonés y tiene el pecho operado, pero por más que todos se lo digan, ella jamás lo reconoce. Piensa que no se puede defender un estilo de vida sana y natural y estar operada al mismo tiempo. En cierto modo, la entiendo porque la gente no pasa ni una. Son como buitres que están ahí, viendo a ver si pueden sacarte los ojos… Carlota se pasa todo el día hablando de los aditivos y las porquerías que nos ponen en la comida. También es una entusiasta de los suplementos alimenticios: cartílago de tiburón, cúrcuma, hinojo. «Si pones mi código, te hacen un 15% de descuento», dice. Y no os imagináis toda la gente que va y compra. Yo no. A mí

todo eso me parece tirar el dinero, pero no se lo digo, porque bastante tiene ya con todos esos pelmazos que le echan en cara todo el día lo de su pecho.

Estoy harta del techo. Literal. Hasta el moño de ese color vainilla que es igualito que el de las tostadas de pan sin gluten que tomaba mi abuela antes de lo del cáncer. Así que hoy, por hacer algo distinto, les pregunto a las enfermeras qué tengo que hacer para que me den el Nokia. «Empieza por ir a terapia y luego ya veremos», me contestan. Esa respuesta no me da confianza, pero tampoco pierdo nada por intentarlo. Al fin y al cabo, aquí no hay mucho más qué hacer. Descubro así que la anoréxica se llama Sol y que comenzó a hacer dieta porque tuvo un «crush» con un chico. A él, Sol le parecía to' guapa pero gorda, y el chaval no quería una novia gorda. De modo que como Sol sí quería ser su novia, se propuso dejar de ser gorda y perder unos kilos. Y con los kilos, casi pierde también la vida. Y ahora, mírala: ni novio ni tetas ni culo. Literal. Al terminar, todos la han aplaudido. Yo también, porque sé muy bien lo que es hacer el subnormal por un tío. Si Carlota viniera a esta terapia, convencería a todo el mundo de que cuidando la microbiota se les arreglarían todas las taras. Pero eso no es verdad, porque Lucas, el surfero, tiene pinta de tenerlo todo

mazo bien, hasta la microbiota, y ahí está, empeñado en quitarse de en medio como sea. Pero es que Carlota siempre está igual, parece un disco rayado. En lo físico, Lucas me recuerda a Gabo, ese influencer que enseña trucos de Fortnite y que lo ha petado ahora con su libro Sé como yo y triunfa en internet. Se lo pedí a mi madre, pero no le dio la gana de comprarlo. ¿Se merece o no que la odie un cuatro y medio? Poco me parece incluso, pero no le doy un cinco porque nunca doy un cinco.

Lucas no interviene y yo tampoco. Nosotros solo escuchamos al resto y, a veces, nos miramos de reojo. La que se autolesiona toma la palabra de pronto y dice que se llama Candela. «Es que mi madre era muy de la Virgen de la Candelaria», explica. Luego nos cuenta que la primera vez que se rajó la piel fue al morir su padre y que ya no pudo parar de hacerlo. Una historia tremenda. Todos tienen historias mazo tremendas. Menos yo. Yo no soy como ellos. Si no hubiera sido por la cabrona de mi madre, yo no estaría en este sitio.

Lalo tiene un tatuaje en el cuello, justo donde sujeta el violín, con una frase que está to' bien: be strong. Desde que estoy aquí, pienso en cuándo se lo tatuaría y por qué. No lo sé, pero ahora creo que tal vez haya sido esa frase lo que me ha inspirado a hablar hoy delante de todos. Primero Sol compartió que había ganado algo de peso y lo celebramos. Mi abuela diría

que aún le faltan cincuenta fabadas y unos cuantos bocadillos para que no dé grima verla, pero es que la abuela era muy burra. Yo creo que, aunque tenga razón, siempre hay que valorar cada logro de la gente, por pequeño que sea. El que no levanta cabeza es Víctor, el cleptómano. Cree que no vale para nada y que más le valdría estar muerto. Cuando hace esas confesiones, el ambiente se enrarece, todos miran hacia el suelo sin saber cómo comportarse, como si ellos también pensaran que más le valdría estar muerto. Literal. La terapeuta es la única que se afana en razonar con él, pero es putoterco el chaval. Al verlo tan obcecado, no sé lo que me pasa por dentro, pero me rebelo. Algo me impulsa a levantarme y, de pronto, me veo ahí, contándole a toda esa gente, a mi comunidad, lo que me pasó con Edu. Quizá solo quiero que Víctor vea que a todos nos pasan cosas malas y que no por ello vamos robando cosas random. Quizá solo quiero que se sienta mejor. Porque a veces uno se siente mejor, menos solo, palpando desgracias ajenas. Y a veces, ayuda mazo saber que el de al lado es más NPC que tú. El caso es que les he largado lo del video y, como notaba que estaban a tope queriendo conocer todos los detalles morbosos, me he detenido a conciencia justo en la parte en la que me quito la ropa y lloro y le suplico a Edu, el capitán del equipo de fútbol del instituto, que no me deje por

Maica, la delegada, que tiene las tetas to' parecidas a las de Carlota.

—Lo que yo no sabía es que me estaba grabando —digo y me callo a ver qué pasa.

Todos me miran, no sé si con pena o con horror; creo que se alegran de que mi historia no les haya pasado a ellos. Literal. Nadie dice nada. Por fin, Lucas se levanta y me da un abrazo, así, to' callao. Este tío no habla mucho, pero no me importa. Pienso en Lalo que habla sin parar, muy rápido. Y en su tatuaje, be strong. He sido fuerte, bro, lo he sido… La terapeuta parece complacida. «Si sigues así, te daremos el Nokia muy pronto», dice. Yo respondo que vale, pero que no pienso llamar a mi madre. «No tienes por qué hacerlo», contesta, pero sé que todos quieren que lo haga. Todos, menos yo.

Al salir de la terapia, Lucas se acerca y me habla; por primera vez escucho su voz, que me recuerda a la del cantante Quevedo, grave y quebrada. Me pregunta cómo estoy. Le digo que de chill.

—Oye, ¿tú por qué estás aquí? —Sus ojos me miran fijamente. Recuerdan a los de Lalo, pero este tiene las pestañas más largas.

—Por culpa de mi madre —digo.

Y quizá nota que me tenso. O quizá no. En todo caso, no sigue preguntando.

Poco a poco, me voy haciendo su amiga. Me sorprende darme cuenta de la cantidad de gente que conocemos por casualidad y que termina siendo importante en tu vida. Literal. Por ejemplo, conocí a Carlota solo porque ella también era follower de Lalo. Si no, de qué, si a mí no me interesan nada la microbiota ni las dietas. Al propio Lalo me lo encontré por casualidad, porque me salieron sus stories un buen día, yo qué sé. Fue al poco de lo del video de Edu y toda la movida en el insti. Vi el post de Hoy tengo ganas de ti con sus miles de likes. Y me acordé de la abuela, y pensé que si ella hubiera estado viva, nada de eso me habría pasado y mi vida no tendría este color vainilla de mierda que tiene... Seguro. El caso es que comencé a seguirlo. Así empezó todo.

Hoy Candela no ha venido a terapia. Los de mi comunidad rumorean que esta vez la ha liado con la cuchilla de un sacapuntas y se la han tenido que llevar al hospital. No sé si es cierto, pero ayer, mientras miraba el techo y pensaba que quizá odiar un cuatro y medio a mi madre sea un poquito exagerado, me pareció oír la sirena de una ambulancia. A ver, mi madre nunca me ha maltratado ni nada de eso y bastante tiene con su trabajo de cajera en Mercadona chucucientas horas al día, las cosas como son. Pero es verdad que ella tiene toda la

culpa de que esté aquí encerrada. Le bajo medio punto la puntuación. Nivel cuatro de odio; sí, es más razonable.

Me pregunto cuántas cosas me he perdido del mundo de ahí fuera desde que estoy aquí. Alana habrá publicado seis formas nuevas de hacer un sándwich mixto, Carlota habrá tenido que responder a trescientos haters que sus tetas no son operadas y Lalo habrá subido algún video nuevo tocando con su Stradivarius algún temazo de Rosalía. Fijo. El mundo sigue girando sin notar mi ausencia. Y antes eso me gustaba; ahora no.

Nadie tiene ganas de hablar hoy en terapia, por lo de Candela, qué bajón, así que la terapeuta me pregunta a mí directamente si quiero contar lo que pasó después de lo del video de Edu. Le he dicho que no pasó nada. Que todo siguió igual. ¿Qué iba a pasar? Ella me mira, pero no insiste, aunque anota algo en su libreta. Los demás me miran raro también, como si nadie se tragase que después de algo así, la vida siga como si tal cosa. A veces creo que esta gente de la comunidad busca el drama en todo, pero tampoco me extraña, con la cantidad de cosas chungas que han vivido.

Al terminar la terapia, Lucas me ofrece dar un paseo juntos por el jardín. Hablamos un poco. Me cuenta su problema con las drogas y los dos intentos de

suicidio y yo, como no sé qué decir, le hablo de lo mío con Lalo y de la oposición de mi madre a lo nuestro. Él ha dicho que mi historia le resuena mazo, que es como Romeo y Julieta en plan moderno. Yo no estoy tan segura de eso. «A ver, ni Lalo ni yo moriríamos el uno por el otro, Lucas». Cuando digo esto, no parece gustarle y cambia de tema.

—¿Y qué pasó con Edu? —pregunta.

—No lo sé.

—¿No volviste a verle? —dice sorprendido.

—No, dejé de ir al instituto. ¿Qué hubieras hecho tú? Todos hablaban de mí en el video, desnuda y suplicando a ese imbécil que me quisiera. No hubiera vuelto ni aunque hubiera habido un cataclismo nuclear y fuera el único lugar seguro en toda la Tierra…

Aunque logro contener las lágrimas, Lucas se da cuenta de que el tema me incomoda, así que me da la mano y seguimos paseando. En silencio.

La terapeuta nos ha dicho hoy que Candela está mucho mejor y que no va a morirse. Me siento culpable porque últimamente me paso la vida con Lucas y apenas pienso en ella. Tampoco me acuerdo mucho de Lalo o de Carlota. Lucas es muy divertido. Me habla de cómo le gusta coger olas en el Cantábrico y me promete que algún día iremos juntos. Cierro los ojos y me veo allí

con él, los dos con la piel bronceada, comiendo calamares y sidra en un chiringuito y oliendo a salitre. Me emociono mazo. Literal. Ayer, en uno de nuestros paseos nos besamos y estuvimos a punto de llegar más lejos, pero las celadoras aparecieron y nos cortaron todo el rollo.

Lucas me cuenta que es hijo de una madre soltera, como yo. Solo que la suya no es cajera del Mercadona, sino que es drogadicta y borracha. Y que por eso él comenzó con las drogas. Porque cuando la vida es una mierda, terminas por imitar a los que tienes alrededor, porque parecen anestesiados y tú quieres lo mismo que ellos, o sea, no sentir. Me da lástima. Lo suyo es peor que lo mío con Edu, desde luego, y eso me hace sentir mal, porque pienso que mis movidas son to' ñoñas comparadas con las que él tiene encima. Le digo: be strong. Y se ríe. Lo cierto es que, aunque lo de Edu sea ñoño, para mí fue un palo: todo el instituto riéndose, señalándome con el dedo, poniendo el video una y otra vez. No tuve más remedio que esconderme en casa. Mi madre trabajando en el súper y yo todo el día en la cama tirada. Por lo menos encontré a Lalo y a Carlota. No sé qué hubiera hecho sin ellos, sin sus videos, sin sus posts…

Hasta que un día llamaron a mi madre.

—Su hija lleva un mes sin venir a clase —le dijo mi tutora.

Mi madre se cabreó con ella y le dijo que si no podían haber tardado el trimestre entero en dar la voz de alarma. La llamó incompetente y dijo que denunciaría a todo el instituto si hacía falta. Mi madre no se anda con chiquitas. Antes de decirme nada, me observó para ver qué me pasaba. Sí, me espió sin que yo me diera cuenta. Vio que yo apenas comía y no dormía y se dio cuenta de lo de Lalo y lo de Carlota y todo eso… Y no le gustó.

Y la muy cabrona me quitó el móvil y me encerró. Aquí. Con la comunidad.

Cuando dejé de ir al instituto, las redes sociales ardían con lo del video. Me escribía gente de muchos sitios. Una mierda. Así que cerré las cuentas con mi nombre verdadero y me abrí unas nuevas con un seudónimo y foto falsa. En la vida real no puedes fabricarte otra vida. En internet sí. Eso es lo que me gusta tanto. «¿Nunca has deseado no ser tú?», le pregunto a Lucas. Dice que claro. «Pues yo lo fui por un tiempo», le contesto. Fue como ser la Cenicienta en el baile, pero sin tener que estar to' el rato pendiente de las Campanadas.

Por fin, hoy la terapeuta me ha dado el Nokia.

—Una hora. Tienes una hora. Haz lo que quieras con él —me dice sonriendo mientras me tiende el aparato.

Lo cojo. Acaricio su superficie. Es un teléfono gris oscuro y tiene una pantalla tan minúscula que da vergüenza verlo. Pienso en que ojalá pudiera operarlo como hizo Carlota con sus tetas y convertirlo a base de cirugías en un Smartphone. Pero no puedo. Mentalmente le doy nota: del uno al cinco, le doy un uno y medio.

No pienso llamar a mi madre.

Me lo llevo a mi habitación y, mientras miro el techo color vainilla, sopeso qué hacer con este aparato. Es tan… ¡vintage! Lucas debe estar buscándome por todas las zonas comunes, pero no tengo ganas de hablar con él. Ayer estuvimos de nuevo imaginando cómo sería salir de aquí y poder ir al Norte y comer anchoas y unos chatos de vino y bañarnos en pelotas en el mar, dejando que las olas del Cantábrico nos golpeen y haciendo el amor allí mismo.

—Luego dejaríamos que el mar nos engullera y todo terminaría. Para siempre, ¿no es un final perfecto, eh? ¿No lo es? Vamos, nena, dime qué es perfecto… —me dijo fuera de sí, con sus ojos muy abiertos, tan eufórico que comprendí que hablaba en serio.

Le dije que yo no quiero suicidarme.

—Pero todos los que estamos aquí, queremos que se acabe. Mira Sol o Víctor… —dijo él sin comprender. Me pareció un niño pequeño al que le acaban de quitar su juguete preferido.

Pensé en la comunidad: en Sol, en Candela, en Víctor. Hasta en la terapeuta, tan seria y rígida como si tuviera un palo metido en el culo. No. Yo no soy como ellos, me repetí. Yo estoy aquí por mi madre. Sacudí la cabeza y le dije:

—Yo no quiero que acabe, Lucas. Yo solo quiero que vuelva a empezar…

Él se marchó enfadado. Desde entonces no hemos vuelto hablar.

Aparto los ojos del techo color vainilla. Aprieto un botón y el móvil se enciende. Una voz enlatada que no sé si es real o si solo está en mi cabeza, dice: «Nokia, connecting people». ¿Con quién demonios puede conectarme este trasto? No puede conectarme con Lalo ni con Carlota porque no sé sus números y ya no tengo acceso a sus canales ni a sus posts; tampoco puede conectarme con la que fui antes de lo del video de Edu; ni con Sol, que ha vuelto a adelgazar y está con una sonda en su cuarto, ovillada como una cochinilla; ni con Candela, en el hospital; ni con Lucas, obsesionado con esa última ola perfecta.

No puede conectarme con ninguno de esos…

Entonces se me ocurre. Solo puede conectarme con ella. Mal que me pese. Mi madre. Ella también es mi comunidad y es la única que puede ayudarme. Marco su número y el teléfono da dos tonos y luego alguien descuelga.

—¿Sí? —la escucho con voz cansada al otro lado.

Y en ese momento pienso que lo justo es odiarla solo dos y medio. A lo sumo, tres.

—Hola, mamá, soy yo. Es putorraro, pero ¿sabes? Te llamo desde un Nokia.

Luciano Maldonado Moreno

De donde termina el mundo

DE DONDE TERMINA EL MUNDO

Luciano Maldonado Mono

Un extraño viento, desconocido a esa hora de la tarde, sacudió el verde penacho de las palmeras; balanceó durante unos segundos las hamacas, en esos instantes ya vacías; dejó un rastro impreciso —quizá mezcla de salitre, banana y cajuil— entre las cabañas. Pero lo realmente curioso, esta vez, había sido su coincidencia con la aparición en el poblado de los dos ausentes. Como si ese mismo viento fuese el encargado de acompañarlos a todos lados, desde su partida, y de anunciar también su regreso. Cuando nadie se lo esperaba ya, aquellos hombres habían vuelto. Sí, increíblemente, de donde termina el mundo: de la infinita línea entre cielo y mar que hasta ese momento habían creído como el fin del mundo.

Ahora, rodeados de una masa humana que les impedía dar un paso más, trataban de mostrar a otras mentes un torbellino de imágenes fabulosas, increíbles, con una pobre urdimbre de palabras que sentían por completo ya inútiles, incapaces de abarcar los significados precisos que necesitaba su relato. Mientras tanto, cien pares de ojos estaban pendientes de una

misma diana: sus rostros. Muchas manos, de niños y mayores, tocaban con nerviosismo los pliegues de sus extrañas blusas, cualquier otra cosa desacostumbrada en sus atuendos. Todos veían a los dos jóvenes, Tlaloc y Cupuna, por supuesto; pero necesitaban y querían creer que no eran espíritus que se habían apropiado de sus cuerpos ni estaban siendo víctimas de una ilusión.

Llegó un momento en que el jefe de la tribu, alzando un oscuro bastón adornado de plumas, creyó necesario hacer una señal para que guardasen silencio y se sentaran en torno a un amplio círculo central. Entonces, los recién llegados también se sentaron en el suelo. Y a otra indicación del viejo jefe, retomaron desde el principio, según recordaban que sucedieron los hechos, su asombrosa narración.

Tres años antes, habían sido arrancados de allí paralizados de terror, angustiados ante lo desconocido, y llevados a bordo de aquella fortaleza de madera que iba a adentrarse en el mundo de los monstruos. Por el contrario, los hombres barbudos eran en verdad valientes. Parecían muy confiados en sí mismos y en la fuerza de las amplias velas de los barcos gigantes, las cuales mostraban muy orgullosas sus cruces rojas al viento, ahuyentando sin duda a cualquier espíritu maligno. Casi todos ellos pasaban las largas jornadas, hasta que se ponía el sol, maniobrando los distintos

aparejos del barco. O limpiando y sacando brillo a las armas. Todos en el poblado habían visto tiempo atrás, cuando llegaron aquellos extraños, sus espadas largas y brillantes, capaces de cortar por ambos filos gruesas ramas en la selva; pero Tlaloc vio necesario extenderse entonces en la descripción de un arma que les había impactado mucho más que las espadas: era un objeto grande de metal que hacía tronar el aire y lanzaba fuego. Un objeto capaz de paralizarlos, y que ellos sólo se atrevieron a tocar nerviosos después de ir venciendo poco a poco su inmenso miedo. Aquellos seres lo llamaban "arcabuz".

Otras tareas que hacían a diario era pescar, cocinar con fuego sobre un buen montón de arena esparcido en un punto de la cubierta del barco, o cepillar el pelo y dar de comer a los enormes caballos, siempre tratados con extraordinario mimo. Tlaloc y Cupuna también fueron lentamente acostumbrándose a su presencia. Al principio, les resultaba imposible estar al lado de aquellos enormes animales, semejantes a monstruos más propios de una cruel pesadilla. Sin embargo, al ver que sus dueños los acariciaban y dichos monstruos eran, en realidad, tan dóciles, terminaron acercándose a ellos e imitaron lo que hacían los blancos. Incluso fueron encargados finalmente de darles alimento. Sólo eran los caballos de los jefes, claro; los

demás se habían quedado con los otros hombres barbudos, cerca del poblado.

Por su parte, una vez superados los mareos del primer día, pronto supieron de la compañía de más indígenas, pero caribes por su aspecto, sobre la cubierta de otro barco, que navegaba muy próximo, y de que su única obligación consistiría en dar de comer a los caballos, recoger y tirar por la borda sus excrementos y atender al cuidado de los pájaros: mantener bien limpias las jaulas y regular el alimento de las cotorras, los tucanes y pequeños y brillantes zumbones. Eran regalos de la tribu para los jefes de los barbudos, para sus dioses, para ese ignorado mundo al que querían regresar los seres pálidos. ¿Existiría en realidad esa enorme tierra de la que tanto hablaban los hombres blancos? De algún sitio, eso era seguro, tendrían que proceder… ¿Se alzaría quizá sobre grandes montañas nacidas desde el fondo del mar? ¿Estaría rodeada y oculta por nubes mágicas que la hacían para ellos, los taínos, totalmente imposible de ver?

—¿Vosotros os movíais con libertad por todo el barco? —quiso saber de pronto el jefe de la tribu, interrumpiendo el hilo de ensoñación de Tlaloc.

Sí, podían moverse y tocar libremente todo lo que les apeteciera, salvo la comida, que era racionada para el transcurso de muchos días, por lo que era escasa

la cantidad de "bizcocho" o pan, así como de carne ahumada que ingerían. Tampoco tenían acceso a las armas y el cajón de la pólvora, todo ello bien custodiado en una zona de la bodega. "Bodega", "pólvora", "caballo", "espada", "cruz", "dios", todas esas palabras y otras muchas ya eran muy conocidas por ellos después de tanto tiempo de contacto con los otros, los blancos barbudos. Incluso las cotorras repetían palabras muy nuevas, recién aprendidas, que esos seres tan raros celebraban con palmas y risas.

Poco a poco, cuando fueron quitándose algo de encima los recelos del principio, participaron también ellos de esa alegría colectiva. Con la excepción, claro, del antiguo jefe blanco, Cristóbal, y de sus dos hermanos, los cuales no dejaron de llevar en ningún momento los pesados grilletes en torno a las muñecas. Era desconcertante ver al gran navegante encadenado, sí. No podían comprender cómo alguien que había sido tan respetado estaba ahora siendo tratado como un criminal. Las cadenas de sus grilletes resonaban con cada movimiento: un sonido metálico que parecía un intermitente aviso entre el sempiterno ronroneo del gran pulmón del mar.

—¿Los azotaban? ¿Los castigaban tal vez sin comer? —volvió a intervenir el anciano jefe mientras sus dedos se ocupaban de liar dos hojas de tabaco, lo

que motivó a que varios hombres más hicieran lo mismo.

No, tan sólo esa era la diferencia externa, los grilletes, aparte de no poder dar ya ninguna orden a los demás. Se limitaban a llevar unidas las muñecas con una cadena todo el tiempo que durase la travesía. Se mostraban serios y orgullosos, porque no consentían que les quitaran dichos grilletes, los cuales no era necesario que los llevaran siempre. Rodeados por tanta agua, no podrían de ningún modo escapar. Pero daba igual: se les veía por completo ajenos al resto de los barbudos, entre quienes había una clara división sobre los prisioneros; aunque, eso sí, tenían pocos simpatizantes, y la mayoría, al parecer, se inclinaba por ir en su contra.

—No se puede entender eso. Un jefe no puede dejar de serlo de repente. No dejas de ser más fuerte y sabio de un día para otro —sentenció de improviso el chamán, entre grandes volutas de humo que instantes antes había desprendido su boca.

Tal vez todo tuviera que ver con los castigos que en ocasiones había impuesto en los poblados el antiguo jefe de los blancos. Esa fue la conclusión a que llegaron después de varias jornadas de navegación. A los jefes superiores, es decir, a los hijos del dios del paraíso al que pronto llegarían, parece que no les gustaba nada que

los tres hermanos Colón hubieran mandado cortar algunas narices y orejas de los taínos cuando se sentían traicionados por éstos. Así se lo hicieron dar a entender durante la travesía algunos barbudos a ellos mismos, los taínos, con gestos muy evidentes, siempre tocándose esas partes de la cara si hablaban del antiguo jefe, cautivo ahora de sus propios guerreros.

Muy pronto, las alboradas y crepúsculos, los días y las noches se sucedieron con extraordinaria rapidez. Y ello, a pesar de que llegaron a sentirse confundidos entre tanta rutina de limpieza y la monotonía del paisaje, a pesar de la gran belleza del entorno, siempre en movimiento y a la vez el mismo, sin novedad alguna en su inmensa soledad, enormemente plano hasta perderse por la línea del horizonte. La nostalgia de sus selvas exuberantes llegó a atenazarles el corazón. Las nubes parecían moverse en el mismo sentido en que lo hacían los barcos, y el dios de las tormentas en ningún momento se encolerizó; sólo creyó conveniente enviarles, ya casi al final del viaje, un frío obstinado desconocido por ellos y del que era necesario protegerse bien. Así llegaron a ser habituales en sus cuerpos las pellizas y calzones. A aquellos guerreros blancos no les gustaba nada el "invierno", ya muy próximo. Y mucho menos en alta mar.

El último día, poco antes de alcanzar tierra, fueron acompañados por varios barcos más pequeños que salieron de la costa a recibirlos. Los blancos se movían alegres y nerviosos por cubierta. Sí, existía el paraíso de esos seres superiores. Y no dejaban, mientras realizaban el trabajo, de rezar a su dios —el único, según ellos, que gobernaba el mundo—, salvo para gritar de vez en cuando "¡Viva Cádiz!, ¡viva San Fernando!, ¡viva Santa María!" al viento.

—¿Tienen esos nombres los poblados? —quiso saber un anciano al tiempo que les acercaba un cuenco con agua a los dos narradores.

Cádiz era el lugar al que primero arribaron. Era una gran población, rodeada en parte por agua y dominadora de otras muchas poblaciones más pequeñas, algunas de ellas con nombres que coincidían con el nombre de los blancos. En Cádiz descargaron numerosos sacos de maíz, batata, papas, tabaco y una gran variedad de plantas, raíces y especias. También abandonaron el barco unos cuantos hombres y caballos; pero no ellos. El viaje continuó al día siguiente remontando el curso de un gran río. Hasta llegar a otra ciudad aún mayor, Sevilla.

Una vez pisada tierra firme, todo era motivo de asombro: las incontables casas, de muros tan fuertes y altos; la multitud de hombres, mujeres y niños, todos

cubiertos de ropa, desde la cabeza a los pies, lo cual hacía que no dejaran de preguntarse cómo podían moverse con semejantes atuendos, tan diferentes a sus sencillas prendas en los poblados; también era admirable la gran cantidad de caballos y carros que en constante movimiento cruzaban por calles y plazas de suelo empedrado. Unos transportaban mercancías; otros, algo más lujosos, con personas dentro. Ante sus ojos se mostraba un gigantesco hormiguero humano. Una multitud que se agolpaba para ver el regreso de los barcos y que les estaba contemplando, admirados de su piel oscura y plumas coloridas, tal vez con el mismo asombro que mostraban ellos mismos al ver tantas rarezas y gentío.

Al final, montaron con los demás taínos de los otros poblados en uno de los carros descubiertos. Los caribes, sin embargo, subieron en otro carro distinto, bastante más vigilado por los blancos. Si temían que se fueran a pelear entre ellos, estaban muy equivocados. Unos y otros, taínos y caribes, una vez bajo el mando de los barbudos, y en aquel fantástico lugar, se sentían insignificantes, temerosos por completo de dar un paso siquiera por voluntad propia. Pero los blancos recelaban aún, se les notaba, sabían bien de sus luchas muy recientes con rebeldes de ambas tribus, de las emboscadas sufridas por ellos en las zonas cubiertas de

espeso arbolado, de los sacrificios que hacían algunos caribes y de cómo, en ocasiones, se comían el corazón de sus prisioneros para alcanzar más fuerza, incluido el de unos cuantos hombres blancos que cayeron en su poder. Su dios en este desconocido mundo podría dominar al resto de los dioses. También sus reyes descenderían de ese dios, sí. Todo eso podría ser; pero estaba claro que sus súbditos morían en emboscadas en la selva y no eran invencibles.

Nada más descender de los carros, asistieron a una larga ceremonia en un inmenso templo, de techos tan altos que no los alcanzarían varias palmeras, una encima de otra, y vieron el lujo de las capas con que muchos chamanes rezaban entonando los mismos cantos a ese único dios. Lo hacían, además, en una lengua nueva y más extraña que el castellano. Tan extraña que sólo era utilizada en el templo y dedicada para él. De modo que en este nuevo mundo, que al parecer se llamaba "España" sabían hablar, además del castellano, algunas otras lenguas en algunas partes de su territorio. Uno de los marineros les había pronunciado palabras de las "Vascongadas". Y ahora, para su dios, otra más.

Luego, fuera del edificio, rodearon la base de una gigantesca torre, que alcanzaba las nubes, "giralda", oyeron llamarla; y fueron llevados a un palacio de

paredes rojizas y decoradas con dibujos, en el que muchos jefes blancos, guerreros y mujeres les ofrecieron agua y fruta y los observaron con curiosidad, en medio de salas iluminadas por cientos de pequeñas antorchas my estrechas, dispuestas en pequeños grupos sobre todo tipo de mesas y muebles.

—Pero entonces… ¿os han tratado bien? ¿No os ataban? ¿No querían que hicierais duros trabajos para ellos? —preguntó asombrado el chamán, cuyo rostro parecía transfigurarse cubierto por el humo.

Nada de trabajos forzados, nada de castigos. La primera noche en tierra ya pudieron asistir algunos de ellos a un banquete en el que poderosos señores se sentaron en largas mesas cubiertas de manjares. Toda una opulencia que contrastaba con la sencillez de sus propios festines en la aldea, llenos de cantos y danzas bajo las estrellas. A pesar de que no disfrutaron mucho de su sabor, demasiado salado para su paladar, fueron testigos de la fiesta y de las risas que resonaban por todo el salón, mientras los comensales brindaban con copas de cristal llenas de un líquido rojo como la sangre. Lo nombraron como "vino". Las palabras de la nueva lengua se amontonaban y resonaban en sus oídos como una melodía extraña y compleja. Aunque habían aprendido ya bastantes durante el viaje, muchas otras

eran ininteligibles, como un río de sonidos que no lograban por completo descifrar.

No. Nadie fue maltratado durante todo ese tiempo en el paraíso de los blancos. Así se encargaron de dejarlo muy claro los reyes más poderosos de aquel lejano mundo, ante los cuales fueron llevados a los pocos días de su llegada a Sevilla. Tuvieron que viajar para ese encuentro hasta Granada, y subir allí una serpenteante colina cubierta por un denso bosque, sobre la que se levantaba su extenso palacio: la "Alhambra".

Cuando llegaron, al final de la mañana, en uno de sus patios, presidido por una fuente central rodeada de leones de mármol, había una expectación inusitada. El rumor de que aquellos hombres venidos de tierras lejanas serían presentados ante los monarcas había corrido como la pólvora por todos los rincones del reino. Los pasillos, repletas sus paredes con filigranas de yesería y zócalos de azulejos con trazados geométricos, resonaban con continuos murmullos y susurros, mientras los cortesanos se apresuraban para ser testigos de tan singular evento.

Tlaloc y sus compañeros indígenas, vestidos con sus mejores atuendos de trenzado de fibra de palma, anillos y brazaletes de plata y oro, caminaban con paso cauteloso, rodeados por un mar de rostros pendientes

de cada uno de sus movimientos y gestos. Los guardias, con sus armaduras relucientes y picas en alto, les guiaban hacia el salón del trono, situado en el centro de la torre más importante del palacio, un espacio imponente donde todo parecía haber sido diseñado para resaltar la magnificencia de los monarcas.

Al cruzar las imponentes puertas, Tlaloc sintió un escalofrío recorrer su espalda. El salón estaba adornado con ricos tapices y candelabros dorados que proyectaban una luz cálida alrededor. A lo lejos, en el centro de la estancia, se encontraban los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, sentados en sus tronos, con la mirada firme y serena. Sus vestimentas eran de una riqueza indescriptible, y las coronas que llevaban en sus cabezas brillaban con la luz de incontables gemas preciosas. Habían oído muchas veces hablar de ellos en el barco, pero la imagen que se habían hecho era demasiado pobre comparada con lo que contemplaban en la realidad.

En cuanto los indígenas se acercaron, la sala quedó en completo silencio. Todos los ojos estaban puestos en ellos. Tlaloc se sentía como una criatura exótica en una tierra extraña, pero llegó el instante preciso en que tomó valor y alcanzó a comprender que también estaban allí como representantes de su pueblo, cargando con la esperanza y el orgullo de su gente. Un

pueblo pequeño y pobre, sí, pero con deseos de aprender de otro más grande y rico. Bueno, eso si los blancos no cambiaban de postura. Si algún día les permitían volver, no habría sido todo un sueño y sería muy fácil el entendimiento, el intercambio de costumbres y, en definitiva, el progreso. También para los barbudos, que ya le habían ido cogiendo el gusto a comer bananas y papas. Incluso al humo de las hojas de tabaco.

Isabel, con una sonrisa amable pero curiosa, fue la primera en hablar. Su voz resonaba con una autoridad que imponía respeto. "Sed bienvenidos a nuestra corte. Nos han contado maravillas de las tierras que habéis dejado atrás, y nos sentimos honrados de vuestra presencia aquí hoy."

A continuación, uno de los marineros del barco, el que más había aprendido de su lengua, animó a Tlaloc y Cupuna para que hablasen. Aún entendían muy poco del idioma de los españoles, pero habían percibido el tono de amabilidad en las palabras de la reina, de modo que con la ayuda de dicho marinero comenzaron a hablar de sus tierras, describiendo las selvas interminables, los ríos caudalosos, los grandes peces y los pájaros. También quiso añadir que ellos tenían sus propias fiestas por los días alegres e importantes. Llenos de cantos y danzas vistosas que

enseñar a sus hijos. Fueron unas pocas frases con que intentaron transmitir la belleza de su pueblo.

Los cortesanos escuchaban con atención, algunos con genuina curiosidad, otros con una mirada de escepticismo. Las descripciones de Tlaloc y Cupuna pintaban un cuadro de un mundo exótico y lejano, lleno de riquezas y misterios que despertaban tanto admiración como, en algunos individuos, codicia.

Poco después, el rey Fernando, que había estado observando sus vestimentas atentamente, preguntó sobre las armas y los guerreros de aquellas tierras, mostrando un interés particular en entender las fortalezas y debilidades de los indígenas. Tlaloc, con la ayuda del intérprete español, explicó que sus guerreros luchaban con arcos, lanzas y mazas de madera, y que, aunque no tenían armas de fuego, eran hábiles y valientes en la batalla frente los invasores de otras islas.

Uno de los presentes en la sala era Juan de la Cosa, un marino español que habían visto en el poblado por haber acompañado a los blancos en las expediciones anteriores, aunque no en esta última. Sin embargo, sí que había regresado recientemente de otra expedición por aquellas remotas islas. Un viaje casi coincidente con el que había supuesto el arresto de los hermanos Colón. En este momento, su ayudante portaba un gran rulo de piel que desplegó ante los reyes

después de que éstos le hicieran una señal de aprobación para que lo mostrase. Por lo visto era el resultado de un encargo, el más reciente de una serie de encargos anteriores. Y aquel trabajo habría que calificarlo de maravilloso, todo un prodigio de dibujo con tintas de colores. Según explicó Juan de la Cosa, ante los ojos de los presentes se mostraba por primera vez el aspecto completo de todos los descubrimientos del ser humano, la suma del viejo y el nuevo mundo, además de una completa representación de rumbos marinos, rosa de los vientos y denominación de puertos. A continuación, la reina pidió que Tlaloc y Cupuna se acercaran a aquel gran mapa, más largo que la altura de un hombre, y expresó su deseo de conocer el sitio exacto de donde procedían ambos indígenas. Para aquel marino fue muy fácil señalar un punto concreto, una isla pequeña cercana a otras dos mayores. Tiempo después, sabrían que en el mapa eran llamadas La Española y Cuba. Pero en ese momento tan mágico, con toda la sala envuelta en murmullos, les bastó con hacerse una idea aproximada de lo enorme que era el mundo.

En el momento que se hizo de nuevo el silencio, el rey se interesó por conocer más aspectos de la cultura de esas nuevas tierras recién descubiertas, una pequeña demostración, por ejemplo, de esas danzas y cantos tradicionales que habían indicado. Sin embargo,

comprendía que tanto expedicionarios como indios deberían estar agotados de su desplazamiento desde Sevilla. Ya habría lugar más adelante, tras un merecido descanso, para organizar un festejo más completo de bienvenida.

A medida que la audiencia llegaba a su fin, Tlaloc sintió un alivio y un orgullo profundo. Habían mostrado la riqueza de su cultura, y aunque el camino de regreso a su hogar aún era incierto, sabía que habían dejado una huella en aquellos que les habían recibido. Mientras se retiraban del salón, con la imagen de los reyes grabada en su memoria, Tlaloc comprendió que, aunque eran diferentes, compartían la misma humanidad y el mismo anhelo por descubrir lo desconocido.

Estos reyes, hombre y mujer, hablaron con gran seriedad a todos, blancos e indios, y recordaron sus leyes de buen trato para los nuevos súbditos. Palabras que los blancos, cuando querían darles solemnidad, las marcaban con tinta en largas hojas muy blancas a las que añadían una tinta roja y espesa que, muy pronto, se quedaba sobre el papel más dura que una concha. Posteriormente, las enrollaban y ataban con finas cintas brillantes. Sobre todo, lo más importante a partir de ese momento, según los soberanos, era inculcar la religión verdadera a los

habitantes de las nuevas tierras descubiertas. Los indios regresarían a sus pueblos en el próximo viaje que se hiciera, y los hermanos Colón, si mostraban fielmente su arrepentimiento, serían perdonados.

—Esto vuelve a demostrar que los extranjeros son peligrosos; mucho peor: que están todos locos —soltó esta vez el chamán dominado por la rabia; las conchas de sus tres largos collares entrechocaron mientras tanto, formando agudos tintineos—. No tienen un solo rey, sino dos. Y… una mujer… Además, primero encadenan a sus jefes guerreros, y, poco después, sólo porque afirmen que se portarán bien, dicen que los vuelven a dejar en libertad. Su religión es maligna, y su único interés, por el que incluso llegan a perder la vida en los bosques, y que quiere ser superior al espíritu divino, está en poseer las pequeñas piedras de reflejos de sol, esas que ellos llaman "oro".

Dicho esto, el viejo chamán, tratando de apaciguar su furia, buscó en su bolsa una nueva hoja de tabaco. Los ojos de le achicaron con un guiño prolongado, con objeto de aclarar un poco la imagen borrosa que tenía de sus dedos y del torcido canuto de tabaco que liaba.

—No, eso demuestra lo contrario —le contestó Tlaloc harto de tanta desconfianza por parte del chamán—. El oro no lo quieren por vanidad, o por falta

de respeto a los espíritus de la madre tierra. El oro les da riqueza y poder, sí, pero gracias a él construyen mejores barcos, palacios, armas con que defenderse… Y cosas, por ejemplo, como ésta.

Y acto seguido sacó de su bolsa un objeto hecho con dos cristales redondos, sujetos éstos en sus bordes por un fino cordón de metal. Se levantó, se acercó al chamán y lo acomodó sobre la nariz de éste. El viejo indio no daba crédito al efecto que aquel artilugio mágico había obrado repentinamente en sus ojos: alejaba y acercaba sus manos una y otra vez, observaba las conchas más pequeñas de los collares, hasta las tobilleras coloreadas cerca de sus pies rugosos.

—Ellos tienen chamanes y físicos —aclaró en ese punto Cupuna, que hasta ese momento había intervenido en menor medida en el relato—. Unos te cuidan el espíritu y los otros tratan de curarte el cuerpo. No lo confían todo al poder de los conjuros de un solo hombre. Además, si fueran tan crueles, no habrían cumplido sus leyes, nos habrían tomado como esclavos y jamás nos hubiesen traído de vuelta. ¿No es así?

Hizo una pausa breve para mirar dentro de su propia bolsa. Acto seguido, sacó un pequeño libro forrado con piel. Lo levantó y abrió por la mitad para mostrar algunos de sus dibujos impresos.

—También nos han regalado este objeto, que llaman "libro", como símbolo de amistad. Ellos tienen lugares con montones de libros, cada uno para ir dejando en su interior la memoria de toso y cada uno de sus descubrimientos, sabedores de que así ese conocimiento no se perderá con el tiempo. Y nos dieron este libro porque tiene que ver con la experiencia maravillosa que un día tuvimos Tlaloc y yo. Resulta que fuimos en una expedición a un monte altísimo, que llaman "Mulhacén", nombre que tenía un antiguo rey de Granada; al parecer, dicen las leyendas que fue enterrado en el propio monte. Llegó a ser toda una aventura para nosotros, pues tuvimos que caminar muchísimo hacia lo alto, bien protegidos con calzado y ropa de abrigo, junto a un grupo de blancos con palas y picos y ocho caballos. Estos caballos portaban enormes cántaras de barro en las que podría caber incluso un niño de diez años. Lo cierto es que pasamos un intenso frío todo el día, pues el invierno aún no había finalizado. Llegó un momento en que vimos que todo el paisaje estaba cubierto por una especie de arena muy fina y blanca, más blanca que nuestras flores mariposa cubriendo el campo. Pero lo más admirable era lo fría que siempre estaba, tanto que, aunque parezca increíble, nos llegaba a herir después de un tiempo las manos si no las protegíamos con guantes de lana o piel. Mucho

más extraño aún: dentro de la boca se convertía en agua. Los españoles, muy acostumbrados a este fenómeno, llenaron las cántaras con "nieve" y "hielo", es decir, la arena fría y la más dura y apelmazada. Cuando regresamos a Granada, colocaron dichas cántaras en el fondo de una cueva bajo tierra, muy honda, oscura y comunicada siempre con el aire frío de un pasadizo que llevaba a otras cuevas. Lo más asombroso es que hacen todo este trabajo para que, tiempo después, cuando haga calor en el palacio, sus cocineros puedan mezclar un poco de esta nieve con zumo de naranja o limón, dos de las frutas allí más comunes. Además, le mezclan antes de de servirla algo de miel, para endulzar su sabor según el gusto de cada uno. Y al resultado final lo llaman "sorbete", algo que han aprendido y conservado del pueblo anterior, que lo conocían como "sharbat". Lo cierto es que está muy bueno y refresca la boca como jamás habíamos experimentado en nuestra vida. No les importa que nosotros también lo conozcamos. Aunque va a resultar difícil aquí, donde no hay tan altas montañas como aquellas.

—Quiero deciros, por último, dos cosas que nos parecen en verdad muy importantes —continuó Tlaloc, que no había dejado de observar durante todo el tiempo el rostro del brujo—: como es el hecho de que hemos regresado bajo el mando de Cristóbal Colón, ya

perdonado por sus reyes. Pero, por otra parte, lo que más nos llama la atención es que traten de ser nuestros hermanos y formar parte de nuestro pueblo. Incluso un blanco barbudo ha tomado desde hace tiempo como mujer a una taína, y los dos, junto con el hijo varón de ambos, han viajado a este mundo nuestro para quedarse.

UGT

Andalucía

Sevilla

Fundación | Cajasol

XII Concurso de Relatos para adultos

"Alberto Fernández Ballesteros"

Siendo Presidente del Jurado:

Dr. José Carlos Carmona Sarmiento,

profesor del Máster en Escritura Creativa de la

Universidad de Sevilla, escritor galardonado, con libros publicados en las editoriales Planeta y Alfaguara.

Y miembros del Jurado:

José Luis Ordóñez Fernández,

escritor y dramaturgo galardonado,

profesor del Máster en Creación Literaria

de la Universidad de Sevilla.

José Iglesias Blandón,

periodista y escritor, postgrado en Creación

Literaria y Escritura Creativa y ganador del

"III Concurso de Cuentos Alberto Fernández Ballesteros"

Clara de Lima Castillo,

escritora galardonada, comunicadora social,

editora y correctora de estilo